



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

**CUAJIMALPA**

**MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES**

**IDÓNEA COMUNICACIÓN DE RESULTADOS:**

**Masculinidades y violencias.**

**Un análisis cultural de la delincuencia juvenil de la Ciudad de México**

**LAURA TALINA HERNÁNDEZ BACA**

**MATRÍCULA: 2131802172**

**COMITÉ TUTORAL: DRA. DANIELA CERVA CERNA (DIRECTORA)**

**DR. SALVADOR CRUZ SIERRA**

**DRA. MARÍA ROCÍO GUADARRAMA OLIVERA**

**LECTORES: (Pendiente)**

**NOVIEMBRE 2014**

## ÍNDICE

•	Introducción .....	3
i)	Planteamiento del problema y justificación.....	4
ii)	Preguntas de investigación.....	8
iii)	Objetivos.....	8
iv)	Metodología.....	9
•	Capítulo 1. Jóvenes varones marginados. La construcción social de la identidad masculina relacionada con la violencia. ....	22
i)	Reflexiones teóricas sobre la cultura, la identidad y la autopercepción negativa.....	27
ii)	Masculinidades, marginación y violencias.....	33
iii)	Jóvenes varones marginados.....	42
•	Capítulo 2. Chavos expiatorios. Criminalización y violencia institucional.....	55
i)	De la marginación a la expulsión del ámbito escolar.....	59
ii)	Expulsión del ámbito laboral formal .....	65
iii)	Los pagadores. Criminalización de los jóvenes varones marginados.....	76
•	Capítulo 3. “Por sentirme valiente empecé a robar” Performatividad de la identidad masculina relacionada con la violencia.....	85
i)	El acto performativo. Las prácticas masculinas en la delincuencia juvenil.....	89
ii)	El espacio/escenario “El barrio” .....	101
iii)	La construcción del cuerpo “que da miedo”.....	110
•	Conclusiones.....	119
•	Nota.....	125
•	Anexo 1 “Características sociodemográficas de la población”.....	129
•	Anexo 2 “Análisis georreferenciado de las condiciones de marginación de la población en base a tres variables: grado de marginación urbana, promedio de escolaridad de la población masculina e índice de desocupación masculina.....	131
•	Bibliografía.....	134

## INTRODUCCIÓN

Se preguntó si era justo que la sociedad tratase así precisamente a aquellos de sus miembros peor dotados en la repartición casual de los bienes y, por lo tanto, a los miserables más dignos de consideración.

Presentadas y resueltas estas cuestiones, juzgó a la sociedad y la condenó. La condenó a su odio.

La hizo responsable de su suerte, y se dijo que no dudaría quizá en pedirle cuentas algún día.

(...) Así, de padecimiento en padecimiento, llegó a la convicción de que la vida es una guerra, y que en esta guerra él era el vencido. Y no teniendo más arma que el odio, resolvió aguzarlo en el presidio, y llevarlo consigo a su salida.

*Víctor Hugo, Los miserables*

El incremento en los índices de violencia en las ciudades latinoamericanas del Siglo XXI, ha encendido luces de alerta en los gobiernos locales, las organizaciones de la sociedad civil y los organismos internacionales, quienes buscan explicar el fenómeno y brindar soluciones desde la acción pública. Independientemente de los contextos locales, los protagonistas principales de la violencia social en la región son casi siempre jóvenes varones marginados, quienes hacen de sus barrios trincheras de significación y de la violencia una herramienta para reclamar el poder al que no pueden acceder por otras vías.

En esta investigación analizaré a la delincuencia juvenil de la Ciudad de México desde una perspectiva cultural que permita observar y describir los significados simbólicos que relacionan al ejercicio de la violencia social, en su forma de delincuencia juvenil, con la construcción social de la masculinidad. Para el análisis

será importante considerar el contexto histórico y económico que representa retos importantes para las condiciones de género de los jóvenes varones marginados.

## **PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA Y JUSTIFICACIÓN**

De acuerdo con el Informe Regional de Desarrollo Humano 2013-2014 del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2013), la región de América Latina tuvo un aumento del 12% en la violencia letal en la primera década del siglo XXI, lo que se traduce en más de un millón de personas muertas, la mayoría de ellas eran jóvenes varones. En México, el Informe del Banco Mundial sobre la violencia juvenil (Banco Mundial, 2012) demostró que, entre 2000 y 2010, el promedio anual de homicidios por cada 100,000 habitantes fue de 1.4 para las mujeres y 10.8 para los hombres. De 2007 a 2010<sup>1</sup>, esa cifra se multiplicó por 2.6 para las mujeres y 3.4 para los hombres.

Los jóvenes varones son también los principales victimarios de la violencia social. Según la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública 2013 (INEGI, 2013), el 86.5% de los delitos en México fueron cometidos sólo por varones<sup>2</sup>. El mayor porcentaje de infractores, 33.5%, tenía menos de 25 años, mientras que el 30.2% estaba entre los 26 y 36 años, y únicamente el 18.5% contaba con 36 años de edad o más.

Las estadísticas muestran que la delincuencia en México es un problema social relacionado con la juventud y la condición de género de los varones. Es éste,

---

<sup>1</sup> Periodo en el que se llevó a cabo la estrategia de seguridad para el supuesto combate al narcotráfico del Ex Presidente Felipe Calderón.

<sup>2</sup> El 5.3% fue cometido sólo por mujeres, el 5.5% fue cometido por varias personas entre las que había hombres y mujeres, y en el 2.7% de los casos las víctimas no pudieron especificar el sexo de la persona que cometió el delito.

sin duda, un fenómeno multifactorial; sin embargo, un análisis desde la perspectiva de los estudios de masculinidades como el que presentaré, permite superar las visiones que criminalizan a los jóvenes varones y observar la cercana relación entre la construcción cultural del género masculino y el ejercicio de la violencia, expresada en la delincuencia juvenil.

En la Ciudad de México, el delito por el que fueron detenidos la mayoría de los adolescentes durante 2012, periodo en el que se realizó el trabajo de campo de esta investigación, fue el robo. Según datos de la página web del sistema penitenciario del Gobierno del Distrito Federal, durante ese año el 90.5% de los jóvenes detenidos fueron procesados por robo, 3.13% por violación y 2.73% por homicidio<sup>3</sup>. Sin embargo, una vez que pude leer detalladamente los expedientes jurídicos de los adolescentes observé que una gran parte de las prácticas etiquetadas únicamente bajo el rubro de robo, eran en realidad una compleja combinación de actos relacionados con la estructura de género y la masculinidad, como peleas con grupos rivales, agresiones físicas a otros varones que habían ofendido a alguna mujer, o lealtad hacia algún varón por el que ‘había que saltar’, es decir, defender.

También observé con frecuencia las evidentes detenciones arbitrarias que tienen como única justificación lo que José Manuel Valenzuela llama “el delito de portación de cara” (Valenzuela Arce, 2012, pág. 166) una cara casi siempre masculina. Comprobé que existe una fuerte violencia institucional que criminaliza a los jóvenes varones marginados, por el simple hecho de estar sentados en una esquina de cualquier barrio. Pero también vi con sorpresa que una buena parte de

---

<sup>3</sup> Los delitos que describo corresponden únicamente a los cometidos por adolescentes que fueron detenidos y procesados jurídicamente por el sistema penitenciario del gobierno de la Ciudad de México, no representan a la totalidad de los delitos cometidos en la ciudad.

ellos y sus familias justificaban las detenciones arbitrarias, y creían que se lo habían ganado por estar en la calle o por juntarse con malas compañías.

Esta no es una investigación sobre políticas públicas, sin embargo, los elementos teóricos y empíricos que presentaré, buscan ofrecer mejores puntos de partida para la discusión sobre las acciones públicas enfocadas a la atención de la delincuencia juvenil y al abordaje de la cuestión de género. Quisiera centrar la atención en los aportes que los estudios de masculinidades y la antropología de la violencia pueden hacer, principalmente sobre dos visiones presentes en una gran parte de los programas que atienden a jóvenes en contextos de violencia, según pude observar en mi experiencia profesional.

La primera es una visión que deposita la responsabilidad del ejercicio de la violencia sobre el individuo y su entorno social cercano, es decir, su familia, su barrio, o su círculo de amigos. De aquí parten las acciones que explican la delincuencia desde el consumo de alcohol o drogas, de la pertenencia a familias que la institución considera violentas, o de problemas psicológicos. Esta forma de abordar el tema desde la política pública pierde de vista los condicionamientos culturales y estructurales a los cuales se encuentran sujetos los jóvenes, además fomenta la criminalización de la pobreza y del consumo de alcohol y drogas.

La segunda es una visión paternalista que victimiza. Produce programas y actitudes que se asemejan a la caridad y explican el fenómeno desde la condición de pobreza y violencia en la que viven muchos de los adolescentes; sin embargo, no busca la eliminación de la desigualdad sino que sólo atiende las necesidades más inmediatas. Al situar a los sujetos en el papel simbólico de la víctima (Scully, 2008), esta visión elimina las posibilidades de cambio ya que se niega a reconocer la

capacidad de autogestión, organización y toma de decisiones de los sujetos. Tampoco permite observar el significado simbólico que puede tener la violencia, para aquellos cuyas condiciones de existencia les orientan a ejercerla como la única forma de obtener prestigio y poder.

Los discursos institucionales que se construyen sobre el trabajo con adolescentes en conflicto con la ley, según lo que observé, parten de una explicación moral que asume que los jóvenes necesitan ser protegidos de sí mismos. Se adjudica el comportamiento delictivo a las características naturalizadas de la condición juvenil. Se asume que no han completado el proceso de maduración, que no alcanzan a comprender los riesgos a los que se enfrentan o los resultados de sus decisiones. Se supone que por su condición de marginación no tienen anhelos, sueños o aspiraciones.

Al contrario de lo que supone esa postura, en mi experiencia profesional y personal durante la convivencia con los adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México, me encontré con adolescentes líderes, carismáticos, inteligentes y con muchas expectativas de la vida. Las condiciones de desigualdad y no su falta de capacidad, eran las que frustraban sus sueños. En su mayoría son personas conscientes de los riesgos y deciden asumirlos porque saben que, ante la falta de oportunidades para hacerlo por las vías legales o reconocidas por el sistema, esa es la manera de ubicarse en la jerarquía social masculina que se ha construido en sus propios espacios, bajo sus propios códigos y con sus propios recursos.

Teóricamente, mi tesis se ubica en uno de los ejes centrales de los estudios de masculinidades: la relación entre masculinidad y violencia. Parto desde el axioma básico de que la identidad masculina relacionada con la violencia es una

construcción cultural y no el resultado biológico o esencialista de la condición masculina. Los tres términos que conforman este supuesto –identidad, masculinidad y violencia- dependen de procesos culturales, es decir, de esquemas de significados transmitidos históricamente. Por lo tanto, una investigación como esta, que pretende hacer un análisis cultural de la delincuencia juvenil, no puede ser una investigación experimental en busca de leyes que expliquen el comportamiento delictivo de los jóvenes varones, sino un trabajo interpretativo en busca de significaciones (Geertz, 2003).

## **PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN**

Son muchas las líneas de investigación que podrían desprenderse del fenómeno que expongo. Sin embargo, me limitaré a analizar cuál es la lógica de género y masculinidad que se observa en la delincuencia juvenil de la Ciudad de México. De manera particular, busco distinguir cómo se observa en los procesos subjetivos de los individuos que cometen delitos en la Ciudad de México y cómo es que se refleja en los diferentes ámbitos institucionales con los que estos jóvenes se relacionan.

## **OBJETIVOS**

Al responder estas preguntas, pretendo explicar la relación entre la construcción cultural de la masculinidad y la conformación de una identidad masculina relacionada con el ejercicio de la violencia, especialmente en los jóvenes varones; visibilizar el estigma social que discrimina y criminaliza a los adolescentes en conflicto con la ley por su condición de clase, género y edad; y describir la lógica



de género que los ubica en una situación de vulnerabilidad y que exige el diseño de acciones públicas de prevención y tratamiento, que trabajen sobre sus propias condiciones de género.

## **METODOLOGÍA**

La investigación que presento sigue una lógica inductiva que parte de la experiencia empírica hacia la búsqueda de una teoría que permita explicarla y, en el proceso, aporte elementos empíricos para la construcción de nuevas discusiones teóricas. Utilizo una metodología cualitativa que se auxilia de algunas técnicas cuantitativas como la estadística y los estudios georreferenciados, sobre todo para confirmar algunas de la tesis de las que parto, como la condición de marginación de los jóvenes y su exclusión de los ámbitos educativos y laborales.

Este trabajo surgió de una actividad profesional que realicé gracias a la invitación que recibí en 2012 para diseñar e implementar un taller de sensibilización sobre violencia de género, en una de las comunidades de atención para adolescentes en conflicto con la ley que pertenecen al sistema penitenciario del Gobierno del Distrito Federal. En dicha comunidad se atienden jóvenes con edades entre los 14 y los 18 años, que fueron acusados de cometer algún delito en cualquiera de las delegaciones de la Ciudad de México, específicamente a aquellos que después de ser procesados jurídicamente, recibieron una sentencia en libertad o externación.

Para recibir este tipo de sentencia, después de ser detenidos los adolescentes pasan por un proceso de evaluación con especialistas en áreas como psicología y trabajo social, quienes otorgan elementos para ayudar en la decisión sobre la

culpabilidad, la gravedad del delito del que se les acusa y la medida o sentencia que amerita. La Ley de Justicia para Adolescentes del Distrito Federal vigente en 2012, establecía que la medida de internamiento para menores de edad sólo sería dictada como último recurso para la sanción de delitos graves. Por esa razón, la comunidad externa atendió a más de 4,000 adolescentes ese año, mientras que la comunidad especializada en los delitos más graves atendió ese año únicamente a 10 jóvenes. El resto de la población de la Dirección General de Tratamiento para Adolescentes estaba compuesta por menos de 600 personas y se encontraba distribuida en las otras cuatro comunidades de internamiento.

Los datos que acabo de presentar, demuestran que la población de la comunidad externa es representativa de la población adolescente atendida en el sistema penitenciario de la Ciudad de México, lo que permite tener un panorama realista de los delitos por los que son procesados los adolescentes en conflicto con la ley en el Distrito Federal, fuera del dramatismo y la exaltación de la violencia con la que se aborda comúnmente el tema cuando se hace a partir del análisis de los casos más graves. Es necesario aclarar que, aunque estoy segura de que es posible encontrar muchas similitudes, este estudio no pretende ser representativo de la situación de los adolescentes en conflicto con la ley del resto del país, donde la convivencia cotidiana con la violencia del narcotráfico y la militarización, han generado prácticas distintas en el ejercicio de la violencia.

Para responder a las preguntas de investigación utilicé tres tipos de fuentes. En primer lugar, los materiales obtenidos en los grupos de discusión que desarrollé en el taller de producción radiofónica que diseñé e implementé con adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México. En segundo lugar, los datos registrados

en el diario de campo a partir de la observación participante que realicé durante un año en la comunidad externa de atención para adolescentes, y que me permitió tener una convivencia cercana con los adolescentes, sus familias y las autoridades de la institución. Y finalmente, la información de los expedientes jurídicos de los adolescentes que participaron en el taller.

### *Sobre el taller de producción radiofónica*

El taller de producción radiofónica se realizó de marzo a diciembre de 2012, aunque la documentación e investigación para el diseño inició desde enero del mismo año. En total se implementaron 18 talleres con una duración de 12 sesiones de dos horas cada una, en los cuales participaron 84 adolescentes varones, 3 adolescentes mujeres y 7 tutores y tutoras. La mayoría de los adolescentes varones tenía entre 15 y 17 años de edad, contaban con secundaria o preparatoria incompleta y su actividad principal era estudiar. El mayor porcentaje de colonias de origen de estos adolescentes se concentraba en Iztapalapa o el Estado de México (Ver anexo 1).<sup>4</sup>

Una vez que los adolescentes han recibido una sentencia en externación, se elabora un programa personalizado que establece las actividades que el adolescente tendrá que realizar para cumplir con su sentencia, así como la temporalidad de las

---

<sup>4</sup> Los datos personales de los adolescentes en conflicto con la ley son protegidos por la Ley de Justicia para Adolescentes, que en su artículo XI establece:

“Que se respete su vida privada y la de su familia. Queda prohibido divulgar la identidad del adolescente investigado, sometido a proceso o sancionado, el nombre de sus padres o cualquier rasgo u otro dato que permita su identificación pública.

Los órganos especializados deberán garantizar que la información que brinden sobre estadísticas judiciales no contravenga el principio de confidencialidad ni el derecho a la privacidad consagrado en esta Ley.” Por esa razón, en esta investigación sólo se nombrarán de manera global los datos demográficos más relevantes, de tal manera que no se permita la identificación individual de ninguno de los participantes. Tampoco se especificarán nombres ni apodos en la exposición de los testimonios y entrevistas.

mismas. Las actividades incluyen terapias psicológicas individuales o familiares, talleres formativos o culturales y cursos de regularización escolar. El personal encargado de asignar las actividades toma en cuenta diferentes criterios como las recomendaciones del juez, el perfil psicológico o los horarios que el adolescente tiene disponibles. Las personas encargadas de diseñar los talleres también elaboran perfiles deseables de los participantes, para que sean cotejados con los perfiles de los adolescentes.

El taller de producción radiofónica únicamente excluía a aquellos adolescentes que no tuvieran conocimientos básicos de computación, aunque el criterio no siempre era tomado en cuenta por el personal de la institución encargado de asignar las actividades que conformaban el programa personalizado de los adolescentes y sólo se consideraba la concordancia entre las fechas de inicio de su proceso con la fecha de inicio del taller. Por lo tanto, la muestra para esta investigación se conformó de manera heterogénea y al azar.

Quienes participaron en el taller recibieron capacitación técnica para la elaboración de materiales radiofónicos y sensibilización en materia de género. Se realizaron dos sesiones semanales con cada grupo, una de sensibilización y una práctica. En la primera sesión se hacían dinámicas individuales y grupales que servían para la reflexión y aprendizaje, mientras que la segunda sesión se trabajaba en la grabación y edición de un material radiofónico que abordara el tema de la semana. Los temas que se abordaron fueron los siguientes: violencia en los medios de comunicación, violencia contra las mujeres, masculinidades y violencia comunitaria.

Los adolescentes elaboraron cápsulas, radio novelas, programas grabados, programas en vivo y entrevistas que fueron difundidos en el blog *expressionadolescente.blogspot.mx*. De mayo a octubre de 2012, el blog recibió 1561 visitas, varias de ellas de países como Estados Unidos, Alemania y Canadá. El trabajo de los muchachos llegó a oídos de los medios y se reflejó en una nota del periódico *La Jornada* y entrevistas radiofónicas en el IMER y Radio Educación, donde además se retransmitieron varios de los materiales elaborados en el taller. También recibimos la visita de intelectuales, artistas y profesionales de los medios, quienes acudieron a ser entrevistados y entrevistadas por los adolescentes.

A pesar de las advertencias del personal de la institución respecto a la indiferencia e indisciplina de los adolescentes, y la certeza con la que aseguraban que el equipo tecnológico utilizado en el taller no duraría mucho en sus manos, la posibilidad de manejar la computadora, la consola de audio, de tomar la palabra, de ser escuchados y de compartir sus materiales con amigos y familiares, hizo que los adolescentes se interesaran de manera particular en el taller. A diferencia de otras actividades, ésta tenía muy baja deserción e inasistencia, además varios de ellos siguieron asistiendo después de concluir las sesiones obligatorias, para realizar actividades extras y grabar cápsulas de radio o sus propias canciones.

Contar con una gran cantidad de grupos permitió que los materiales fueran diversos. Algunos grupos eran más nerviosos o desconfiados, por lo que respondían con frases cortas y no lograban o no querían mantener un debate prolongado que les permitiera profundizar en los temas. Otros decidieron colaborar positivamente y aportaron relevantes datos a las discusiones, a través de la narración de sus propias experiencias o de la reflexión sobre lo que ven en su entorno social.

Alfredo Nateras reconoce la dificultad metodológica de trabajar con “actores circunscritos en las relaciones sociales asimétricas de poder y en los territorios al límite o al borde, es decir, en climas de violencia y de muerte que los sitúan en escenarios de lo “ilegal” o de la “paralegalidad”...” (Nateras, 2013, pág. 79). El trabajo con estas poblaciones implica replantear algunas de las técnicas y herramientas tradicionales de recolección de datos, así como el manejo cuidadoso de los mismos y su presentación. Nateras acepta que las investigaciones se desarrollan en lo que él llama “un clima cultural de sospecha” (IDEM) que dificulta el establecimiento de relaciones de empatía y confianza entre los informantes y quien hace la investigación.

En mi caso, ser identificada por los adolescentes como parte de la institución penitenciaria fue un obstáculo que tuve que manejar para reducir hasta donde fue posible la fricción. Todos los grupos fueron diferentes, en algunos casos las primeras sesiones fueron complicadas por los despliegues de poder que los adolescentes hacían para impresionar a los otros y establecer jerarquías en un ambiente que esperaban que fuera hostil. Otros grupos fueron dóciles y participativos al principio, cuando buscaban generar una buena impresión que suponían les traería beneficios para su proceso jurídico, pero después se mostraron apáticos y conflictivos. Otros más se mostraron interesados desde el principio, elaboraron materiales muy interesantes y tuvieron cambios positivos en sus vidas y sus relaciones familiares.

El hecho de ser mujer también fue un reto interesante. Desde que tomé los cursos inductivos para ingresar a la institución, lo primero que escuché fueron los rumores sobre el hostigamiento sexual que ejercían los adolescentes como forma de intimidación hacia las trabajadoras. Se hablaba del riesgo de tener grupos grandes o

de quedarse sola con pocos adolescentes sin vigilancia de los guardias de seguridad. Había quien decía que constantemente los adolescentes hacían exhibiciones de sus genitales para intimidar a las maestras, o que incluso las enamoraban para conseguir beneficios, sobre todo en las comunidades de internamiento.

Nunca comprobé ninguno de esos rumores. Sólo en un par de ocasiones, dos de los adolescentes más conflictivos intentaron incomodarme con piropos y comentarios aduladores, sin embargo desistieron rápidamente cuando no vieron respuesta de mi parte. El resto del año transcurrió sin ningún problema, de hecho, ser mujer trajo también algunos beneficios. Por ejemplo, los adolescentes sentían que con una mujer podían expresar con más confianza sus emociones o sentimientos sin la presión de la mirada masculina. En algunos casos me buscaban fuera del horario de las sesiones para platicar sobre algún problema familiar o simplemente para decirme cómo se sentían respecto al proceso judicial. Las relaciones entre ellos también se construían de manera diferente a lo que sucedía cuando los instructores eran varones, las bromas pesadas y los chistes feminizantes eran menos frecuentes. Además, al estar fuera de esa lógica masculina que se vuelve invisible después de experimentarla cotidianamente, yo tenía más capacidad de detectarla.

Los materiales que utilizo para esta investigación consisten en testimonios en los cuales los adolescentes narraban su experiencia al ser detenidos y grupos de discusión que se generaban sobre uno de los temas que proponía la investigadora y que ya enumeré anteriormente. Como describen Canales y Peinado(2007), los grupos de discusión permiten observar el discurso de los sujetos en el contexto de

una situación discursiva, lo que los hizo la estrategia ideal para esta investigación donde interesaba conocer los discursos sociales de la masculinidad en el contexto del grupo de pares.

“el grupo de discusión equivaldrá a una situación discursiva, en cuyo proceso este discurso diseminado se reordena para el grupo. Situación de grupo equivale, entonces, a una situación discursiva. El grupo actúa así como una retícula que fija y ordena, según criterios de pertenencia, el sentido social correspondiente al campo semántico concreto en el que se inscribe la propuesta del prescriptor.” (Canales & Peinado, 2007, pág. 290).

Otra razón por la que los grupos de discusión con intervención mínima de la investigadora fueron una buena opción metodológica para este trabajo, es que los adolescentes en conflicto con la ley han atravesado por constantes interrogatorios y entrevistas -psicológicas, jurídicas, de trabajo social- que los vuelven desconfiados y renuentes a colaborar. Además, no es para nada inusual que reciban la visita de periodistas, documentalistas o antropólogas que buscan reunir información para alguna investigación. Es muy frecuente escucharles decir que están cansados de contarle su vida a desconocidos, que les aburre o simplemente no entienden de qué va a servir. Esto es comprensible sobre todo porque existe una gran insistencia desde quienes les entrevistan a cuestionar sobre la violencia en sus vidas y familias, a evidenciar su condición de pobreza, a culparlos por su situación, a cuestionar su forma de vida o a preguntar por qué cometieron el delito, como si existiera una respuesta simple para eso.

En reconocimiento de la violencia simbólica que implica la entrevista, sobre todo en el contexto que acabo de describir, y siguiendo las recomendaciones de



Bourdieu respecto al establecimiento de una comunicación “no violenta”(Bourdieu, 1999, pág. 529) con los informantes, para la realización de los grupos de discusión se consideró la estructura de la interacción y el formato del grupo. Según Bourdieu “...la proximidad social y la familiaridad aseguran dos de las condiciones principales para una comunicación no violenta” (IBID), por lo que busqué reducir la asimetría social al permitir que fueran los mismos adolescentes los que funcionaran como moderadores de la discusión y que se entrevistaran entre ellos mismos. La investigadora planteaba los temas y hacía una breve reflexión sobre ellos en la sesión anterior, y en la sesión de grabación se realizaba el grupo de discusión en formato de mesa redonda radiofónica sin ninguna intervención de la investigadora, por lo que en los fragmentos de testimonios que presento en el texto, los adolescentes aparecen como entrevistadores y como entrevistados.

Este ejercicio resultó provechoso en varios sentidos. En primer lugar, los adolescentes hicieron preguntas que yo no hubiera considerado inicialmente, ya que tienen un conocimiento más profundo del entorno social al que se estaban refiriendo en las discusiones. Además, los temas tomaron direcciones inesperadas sobre fenómenos sociales que observan en sus comunidades y que son relevantes para ellos pero no tienen espacios para discutirlos, como la discriminación que reciben de los adultos, el impacto que tienen sobre ellos los eventos violentos que suceden en sus colonias, y la relación con la policía. Finalmente, me parece significativo resaltar la modificación en la relación de poder, donde ellos dejaron de ser los entrevistados pasivos y se convirtieron en entrevistadores activos. Los adolescentes sintieron que su opinión era relevante y la actividad se volvió digna, a pesar de haberla realizado

en el contexto del sistema penitenciario, a tal grado que publicaron en facebook y compartieron con sus amigos los audios que elaboraron.

### *Sobre la revisión de expedientes jurídicos*

Aunque durante mi desempeño profesional en la comunidad externa tuve oportunidad de revisar muchos más expedientes, los que retomo para esta investigación son los expedientes jurídicos de los 84 adolescentes varones que participaron en el taller. Es importante recordar que la información jurídica de los menores de edad está protegida por la ley, por lo que no expondré detalles particulares sino que presentaré un análisis general de la información encontrada en ellos.

En un primer momento, el análisis de los datos se hizo a partir del modelo de codificación abierta propuesto por Strauss & Corbin (2002). Este es un proceso que permite identificar los códigos compartidos y descubrir en los datos sus propiedades y dimensiones. Primeramente, los materiales fueron descompuestos en partes para analizarlos de manera minuciosa y compararlos para encontrar similitudes y diferencias en los códigos que aparecieron. Posteriormente los agrupé en categorías y subcategorías, y relacioné los hallazgos con los conceptos generados en las investigaciones ya existentes.

Las dimensiones en las que coloqué las categorías fueron construidas a partir de los cuatro elementos propuestos en la definición clásica de la categoría de género de Joan Scott (1996): símbolos, conceptos normativos, instituciones y organizaciones sociales, e identidad subjetiva. Para profundizar en el último elemento, retomo la propuesta teórica de Raewyn Connell (2003) sobre masculinidades y el concepto de

violencia simbólica de Pierre Bourdieu (1998), ambos me permiten explicar la conformación del ámbito subjetivo de los varones que se encuentran en una situación de opresión o marginalidad. Finalmente, incorporé la dimensión performativa sugerida por la Teoría *Queer* (Butler, 1998;2007), (Nuñez Noriega, 2008) para analizar el acto performativo de la masculinidad en el ejercicio de la violencia.

En el siguiente cuadro presento las categorías encontradas y las dimensiones en las que fueron agrupadas. La revisión de los expedientes incluye los testimonios de los adolescentes y sus tutores, la dinámica del delito y las evaluaciones psicológicas y de trabajo social, elaboradas por el personal de la institución.

<b>Dimensión simbólica</b>	<b>Dimensión normativa</b>	<b>Dimensión institucional</b>	<b>Dimensión subjetiva</b>	<b>Dimensión performativa</b>
Apropiación de espacios masculinos: el espacio público (la calle) y la noche	<b>Prescripciones:</b> Ser proveedor Ser protector	Criminalización	Incorpora estructuras de percepción que los relaciona con la violencia, la agresividad y la delincuencia.	Pelear entre pares
Superioridad respecto a lo femenino	<b>Características:</b> Honor Lealtad (complicidades y alianzas) Valentía Heterosexualidad Liderazgo Competencia	Detenciones arbitrarias	“Los eliminados se eliminan” de las esferas educativas y productivas, y se orientan hacia aquello para lo que sienten que fueron hechos.	Pelear entre grupos rivales
Trascender a partir de sacrificar la vida o la libertad	<b>Prohibiciones:</b> Prohibición de demostrar afecto	Expulsión de la escuela	Emociones, sentimientos y conductas: agresivas,	Consumo excesivo de alcohol

	Prohibición para pedir ayuda Prohibición de expresar sentimientos		frustración, enojo, ira.
Derechos sobre los cuerpos femeninos o feminizados		Dificultad para encontrar trabajo	Abuso y violencia sexual
Poder			Uso de armas
			Conductas de riesgo
			Uso del cuerpo y la fuerza física: chineros

Utilizo las dimensiones encontradas para organizar la exposición del trabajo. Ordené el texto en tres apartados que pretenden abordar tres de las dimensiones que corresponden a los temas centrales de las preguntas de investigación auxiliares, es decir, los procesos subjetivos incluyendo la performatividad y las relaciones institucionales de los adolescentes en conflicto con la Ley de la Ciudad de México. La pregunta principal, respecto a la lógica de género presente en la delincuencia juvenil –las dimensiones simbólicas y normativas– se encuentra de manera transversal en los tres capítulos y espero que sea posible responderla al entrelazar las conclusiones del trabajo en general.

En el primer capítulo presento el marco conceptual que expone las principales discusiones teóricas que utilizaré para analizar mi tema de estudio. Analizo particularmente las referentes a los procesos subjetivos de conformación de una

identidad masculina relacionada con la violencia y las implicaciones simbólicas que tiene la condición de marginación y juventud. En él se concentrará la discusión teórica sobre la construcción de la identidad con base en tres categorías de marginación - edad, género y clase- y su relación con el ejercicio de la violencia. En el segundo capítulo se describirá el contexto histórico, económico y social en el que se desenvuelven y son estigmatizados y criminalizados los adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México. Me enfoco principalmente en el papel de las instituciones escolares, el mercado laboral y las dependencias de seguridad pública. En el tercer capítulo se analizará la puesta en escena de la identidad masculina violenta en el espacio/escenario, la construcción del cuerpo para el performance de la violencia, y el acto o las prácticas delictivas como performance de la masculinidad, según los propios testimonios de los adolescentes.

Considero que la identidad y la performatividad del género están entrelazadas dialécticamente y se construyen una a la otra de manera constante; sin embargo, decidí separarlas como una estrategia de análisis que me permita describir sus especificidades. Además, situé la discusión sobre la performatividad al final con la intención de que al llegar a ella, las personas que lean este trabajo cuenten con las herramientas analíticas que ofrezco en el segundo capítulo sobre las relaciones institucionales, y así puedan comprender mejor el ejercicio de la performatividad masculina como una protesta simbólica que los adolescentes en conflicto con la ley ponen en escena, frente a las condiciones estructurales que los oprimen y los discursos sociales negativos que se construyen en torno a ellos.

## Capítulo 1. Jóvenes varones marginados.

La construcción social de la identidad masculina relacionada con la violencia

*El problema no es “cambiar la conciencia” de las gentes  
o lo que tienen en la cabeza,  
sino el régimen político, económico, institucional  
de la producción de la verdad.*  
M. Foucault

*La única realidad biológica de la violencia  
es que las heridas sangran y la gente muere.*  
C. Nordstrom

El feminismo ha desarrollado grandes avances para la comprensión del género y la asignación de significados simbólicos que éste hace sobre los cuerpos sexuados. La misión de esta teoría ha sido visibilizar los fenómenos que naturalizan y vuelven socialmente aceptables las conductas que mantienen oprimidas a las mujeres (Amorós Puente, 2005). Lo femenino fue cuestionado, documentado e investigado para llegar a la conclusión de que estas diferencias no eran biológicas sino que correspondían a una serie de “relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos” (Scott, 1996).

Sin embargo, los estudios feministas dejaron de lado durante mucho tiempo la otra parte del binomio. La poca presencia de los hombres en los estudios feministas era justificada bajo la consigna de que ellos ya habían sido protagonistas durante mucho tiempo y ahora era necesario compensar la ausencia de las mujeres en la historia. Además, ya que los hombres mantenían una posición privilegiada en el sistema de patriarcado, resultó complicado que ellos mismos empezaran a cuestionarse sobre sus propias condiciones de género.

En algunos casos, el análisis que se hacía sobre la condición masculina partía de una desafortunada concepción de lo femenino y lo masculino que exponía una relación binaria sin posibilidad de matices: hombres victimarios y mujeres víctimas. Tanto los trabajos teóricos como las políticas públicas que se generaron a partir de esta visión, y que en algunos casos siguen existiendo, reproducían esa imagen social que victimizaba a las mujeres, criminalizaba a los varones y eliminaba la posibilidad de indagar sobre los costos que representa para los hombres el cumplimiento cabal de la condición masculina, hasta entonces comprendida como un sólo ente homogéneo.

En 1995 se publicó la primera edición de “Masculinidades” de Raewyn Connell. Aunque no fue el primero en abordarlo, este libro sigue siendo el más citado sobre el tema a nivel internacional, sobre todo porque ofrece una definición de la masculinidad que no abarca solamente a los varones y permite distinguir las relaciones jerárquicas al interior de lo masculino. La autora refina en esta publicación su trabajo teórico previo en el que afirmaba que el género es una estructura social amplia y no sólo una cuestión de personalidad (Connell R. , 1987).

Los estudios de masculinidades tienen ya una larga trayectoria a nivel internacional, sin embargo todavía no hay un consenso sobre sus bases conceptuales (Amuchástegui Herrera, 2006). Una de las limitaciones que la misma Connell (2006) ha identificado, es la fuerte carga etnográfica de carácter local y descriptivo que existe en los trabajos que se han realizado hasta ahora. Por otro lado, el enfoque hacia los varones adultos de clase media se presenta en mayor medida en las investigaciones, en comparación con las condiciones de los jóvenes pobres y marginados. De acuerdo con la autora, uno de los retos principales de los

estudios actuales sobre masculinidades es involucrar, en el análisis y la práctica activista, a los jóvenes de las clases trabajadoras o clases bajas, sobre todo porque son ellos quienes están involucrados en la violencia social y de género de manera más frecuente (Connell R. , 2012).

Para comprender las condiciones sociales y simbólicas de la violencia es necesario poner atención sobre quienes la ejercen, la viven, la cargan de significado y significan sus propias vidas a partir de ella. Los victimarios son casi siempre varones jóvenes de zonas marginadas, por eso, una discusión teórica que describa la relación entre masculinidad, marginalidad y violencia, es necesaria y urgente sobre todo frente al panorama que se dibuja no sólo en México sino también en el resto de Latinoamérica.

En el contexto local, de acuerdo con los datos de la Dirección General de Tratamiento para Adolescentes (DGTPA) de la Ciudad de México durante 2012, el año en el que se realizaron las entrevistas para esta investigación, las delegaciones de procedencia de los adolescentes en conflicto con la ley con mayor incidencia fueron: Iztapalapa con 21.93%, Cuauhtémoc con 10.3% y Gustavo A. Madero con 9.65%<sup>5</sup>. Para el primer semestre del 2014 los porcentajes no cambiaron significativamente, aunque la GAM superaba a Cuauhtémoc: Iztapalapa 29%, Gustavo A. Madero 11% y Cuauhtémoc 10%<sup>6</sup>. Es notable la distancia entre Iztapalapa y las otras delegaciones porque ésta cuenta con el índice más alto de población en condiciones de marginación altas o muy altas en la Ciudad de México

---

<sup>5</sup> Consultados en la página web de la institución en diciembre de 2012.

<sup>6</sup> Datos otorgados a la autora por la Dirección General de Tratamiento para Adolescentes.



(369, 716 personas), lo que representa el 20.6% de la población total de la delegación (CONAPO, 2010). (Ver Anexo 2, mapa 1).

Es importante evitar entender la relación entre la marginación y la violencia como un elemento de prueba para la criminalización de la pobreza. Por el contrario, mi intención es utilizar el análisis cultural de los estudios de masculinidades para comprender los esquemas de significados que se construyen a partir de las condiciones de marginación por clase, edad y género.

En este apartado retomaré la propuesta de Raewyn Connell (2003) para ofrecer un análisis teórico sobre la relación entre masculinidad y violencia, uno de los temas que más preocupan a los estudios sobre género y masculinidades. En el desarrollo de la discusión abordaré tres conceptos básicos: identidad, masculinidad y violencia. Cada uno de ellos aporta elementos fundamentales que atraviesan el tratamiento de las categorías sociales de juventud y marginación, que discutiré en las siguientes páginas, y que dan sustento al resto de la investigación.

Abordaré el tema desde la antropología de la violencia (Sluka, 1992), (Nordstrom & Robben, 1995), esta plataforma permite un acercamiento cualitativo y simbólico hacia los datos duros presentados antes. También es una herramienta útil para evitar las explicaciones esencialistas tanto de la cultura como de la identidad masculina, ya que reconoce su naturaleza histórica, contextual y relacional. Los conceptos básicos que trabajaré en este apartado –identidad, masculinidad y violencia- implican relaciones simbólicas de poder, de dominación y de resistencia que se presentan en el escenario de las interacciones sociales, utilizaré las posturas teóricas que se han especializado en este aspecto de la vida social para sustentar mis reflexiones.

El objetivo principal de este apartado es presentar un marco conceptual que ofrezca un terreno común desde el cual, quien lo lea, pueda tener claro que la identidad masculina relacionada con la violencia es una construcción cultural, histórica y contextual. Es una imagen social que asigna las percepciones sobre los actores sociales, las categorías de distinción y los elementos simbólicos a partir de los cuales los dominados comprenden su mundo, a sí mismos y al lugar que les corresponde dentro de la estructura. La autopercepción de los jóvenes varones marginados se encuentra, por lo tanto, orientada por la imagen que la sociedad construye sobre ellos y les dificulta comprenderse a sí mismos de otra forma.

Presento la discusión en tres secciones: la construcción de la identidad desde la condición de marginación; la propuesta teórica de las masculinidades hegemónicas y las masculinidades marginadas; y finalmente, la condición específica de la identidad masculina relacionada con la violencia en la etapa de la juventud.

El tema de la identidad masculina ha sido discutido ampliamente por los estudios de masculinidades, sin embargo el primer apartado de este capítulo se centra en algunas reflexiones teóricas que abordan el tema de la identidad específicamente en relación con la condición de marginación y en la configuración de una autopercepción negativa. Después expondré la propuesta teórica sobre las masculinidades hegemónicas, las masculinidades marginadas y el concepto de protesta masculina, que muestra los elementos culturales relacionados con la violencia que los varones utilizan para distinguirse y contraponerse al modelo hegemónico de masculinidad, del cual se encuentran marginados. Por último, aterrizaré las discusiones teóricas en el caso de los jóvenes varones marginados

donde, además de las ya mencionadas, converge la categoría de juventud en la configuración de la identidad.

### **I. Reflexiones teóricas sobre la cultura, la identidad y la autopercepción negativa**

El análisis de la violencia como un fenómeno cultural implica, por un lado, el rechazo de la asociación entre los actos violentos y la biología o esencia de un grupo social o de individuos y, por otro lado, el reconocimiento de los contenidos simbólicos generados y transmitidos históricamente, que se construyen a partir de las condiciones de vida y los procesos sociales de producción de conocimiento, que le otorgan a los sujetos los códigos para comprender al mundo y para comprenderse a sí mismo, es decir, la cultura. Por lo tanto, la discusión sobre la identidad masculina que presento en esta investigación no intentará definir las características consideradas masculinas, sino el proceso simbólico que vincula a la masculinidad con el ejercicio de la violencia, en otras palabras, la construcción cultural de la identidad masculina relacionada con la violencia.

La definición clásica de cultura de Clifford Geertz permite comprender la dimensión simbólica de la misma al reconocerla como “un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medio de los cuales los hombres se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida.” (Geertz, 2003, pág. 88). Así, la cultura implica un proceso histórico de transmisión de símbolos que deben ser compartidos entre los diferentes miembros del grupo para poder permitir una comunicación pero que, además,

constituyen relaciones de poder al establecer las formas simbólicas que orientan las actitudes, roles, deseos y expectativas de los sujetos que la comparten.

Para entender las posturas teóricas de las masculinidades marginadas y la construcción de las autopercepciones negativas, es fundamental aclarar que las culturas no son entes homogéneos ni estáticos, sino que existen tensiones, divisiones, jerarquías y constantes cambios en ellas. Gilberto Giménez retoma a Cirese (1976) para mostrar las diferencias que existen al interior de las culturas como resultado de las desigualdades sociales:

En la tradición neomarxista que se inspira en Gramsci se suele contraponer, grosso modo, las culturas dominantes, "legítimas" o hegemónicas a las culturas populares o subalternas, bajo el supuesto de que la desigualdad social genera una desigual distribución del poder, lo que, a su vez, condiciona diferentes configuraciones o "desniveles internos culturales"(Giménez, 2004, pág. 80).

Podemos observar, entonces, que incluso al interior de cada cultura se generan formas de conocer el mundo distintas, que dependen del lugar que cada grupo ocupe en la jerarquía social. Las condiciones de vida, de desigualdad y de dominación moldean las explicaciones que cada grupo tiene sobre el entorno, sobre el otro y sobre sí mismo. Tanto para el grupo dominante como para el dominado, se establecen discursos sociales compartidos que les dicen a quién temer, a quién rechazar, quién tiene derechos y quién no. Los sujetos de cada grupo conforman sus identidades a partir de esos discursos -o formas de ver el mundo- y de sus propias experiencias.

Como la cultura, la identidad es una categoría que se modifica, se transforma y se reelabora constantemente. Charles Taylor la define como "la interpretación que

hace una persona de quién es y de sus características definitorias fundamentales como ser humano.” (Taylor, 1993, pág. 43). Esa interpretación sin duda depende del lugar que ocupe en la jerarquía social.

Existen “niveles de identidad” (Aguado & Portal, 1991) que explican que la identidad se mueve y que, aunque es una sola, cada nivel aparece en determinado momento dependiendo de la situación. Es decir que se puede ser mexicano, pobre, de un poblado determinado, hombre, joven o estudiante, y cada nivel será utilizado dependiendo de la situación en la que se encuentre el sujeto y de la característica que le interese resaltar.

Los referentes contruidos en torno a cada uno de los niveles pueden llegar a tener "usos" diferentes en diversos momentos, en donde se jerarquicen unos frente a otros, dependiendo de las necesidades grupales o individuales (...) Siendo que cada uno de estos referentes se construye a partir de prácticas sociales específicas: formas de hacer, de hablar, de pensar, de concebir el mundo, de organizar sus vidas en espacios y tiempos, etc.(Aguado & Portal, 1991, pág. 43).

En algunos casos, uno o varios de esos niveles pueden ser considerados inferiores o inaceptables por los grupos hegemónicos. Dependiendo de la situación, los sujetos pueden establecer estrategias identitarias que oculten o exalten estos niveles. Goffman nombró ‘estigma’ a la serie de relaciones que se construyen entorno a un atributo “profundamente desacreditador” (Goffman E. , 2006, pág. 13). Aclara que lo importante es identificar que cada cultura puede comprender de diferente manera a los mismos atributos, por lo tanto, lo que realmente interesa es

observar el lenguaje de relaciones que se presentan en la interacción social con los sujetos estigmatizados.

Para esta investigación es relevante recuperar dos elementos de la postura de Goffman. En primer lugar, que quienes se encuentran fuera del grupo estigmatizado - que él llama normales- adoptan conductas específicas respecto a las personas que poseen un estigma y deciden tomar medidas que generen cambios en ellas, de acuerdo con las expectativas hegemónicas. Como no se les considera totalmente humanos, se les discrimina de diferentes maneras al construir explicaciones discursivas sobre su inferioridad y mostrar el peligro que representan.

En segundo lugar, observamos que los sujetos estigmatizados generalmente responden a la discriminación y su respuesta es frecuentemente considerada como una afirmación de la imagen que se tiene sobre ellos: “podemos percibir su respuesta defensiva a esta situación como una expresión directa de su defecto, y considerar entonces que tanto el defecto como la respuesta son el justo castigo de algo que él, sus padres o su tribu han hecho, y que justifica, por lo tanto, la manera como lo tratamos”(Goffman E. , 2006, pág. 15).

Ambas posiciones pueden describir las relaciones que se construyen entre los jóvenes y las figuras de autoridad, ya sea docentes, familiares o instituciones gubernamentales, sobre todo cuando hablamos de jóvenes varones marginados. De antemano se les considera un problema y una amenaza sobre la que hay que actuar, mientras que ellos generan una respuesta defensiva ante el control y la vigilancia excesiva que se busca imponer sobre ellos. Las figuras de autoridad buscan controlar su sexualidad, apariencia, sus amistades, la música que escuchan, su

futuro y su presente. Cuando los jóvenes responden o resisten, se les considera agresivos o apáticos y se justifica por lo tanto la intervención.

La propuesta de Goffman demuestra también la importancia de la heteropercepción en la conformación de una autodefinición, en otras palabras, la manera en la que los otros observan y definen al individuo o al grupo al que pertenece, constituye un papel fundamental en la percepción que éste tendrá de sí mismo y de su papel en el mundo. El reconocimiento negativo que los discursos sociales hegemónicos y las instituciones hacen sobre los sujetos marginados, por lo tanto, genera autopercepciones negativas:

La tesis es que nuestra identidad se moldea en parte por el reconocimiento o por la falta de éste; a menudo, también, por el falso reconocimiento de otros, y así, un individuo o un grupo de personas puede sufrir un verdadero daño, una auténtica deformación si la gente o la sociedad que lo rodean le muestran, como reflejo, un cuadro limitativo o degradante o despreciable de sí mismo. El falso reconocimiento o la falta de reconocimiento puede causar daño, puede ser una forma de opresión que aprisione a alguien en un modo de ser falso, deformado y reducido. (Taylor, 1993, págs.43-44).

Una buena parte de la investigación sobre el reconocimiento se ha enfocado en las relaciones multiculturales; sin embargo, la exclusión social ha establecido divisiones también entre los grupos sociales que habitan en las diferentes zonas de los centros urbanos. De acuerdo con Rubio y Monteros (2002) éste es un proceso social que separa individuos o grupos según sus posibilidades laborales, económicas, políticas y culturales. Las pautas predominantes de la sociedad utilizan términos como desviación, inadaptación o segregación para referirse a las conductas

y estilos de vida de quienes son excluidos históricamente según el imaginario colectivo.

Los estudios subalternos permiten observar la formación de sujetos, como un proceso histórico que configura las condiciones estructurales para los grupos marginados y no sólo como resultado de una anomia o falta de interés de los individuos. De acuerdo con Dube, “Las identidades se definen en relaciones históricas de producción y reproducción, apropiación y consumo, imperio y modernidad y nación y globalización. Aparecen mediadas críticamente por configuraciones cambiantes de género, casta, raza, edad, oficio y sexualidad, dominación y subordinación.” (Dube, 2010).

Frantz Fanon (1973) sostenía que los oprimidos utilizaban los códigos de valores de los dominadores para resignificar su propio mundo y que esas categorías de inferioridad sólo podrían surgir a partir de las construcciones externas y discriminadoras que los colonizadores hacían de ellos.

Si él es malgache ello se debe a que ha llegado el blanco, y si en un momento dado de su historia se ha visto conducido a preguntarse si era o no era un hombre, ello se debe a que se le ha discutido esta realidad de hombre. O dicho de otra manera, yo comienzo a sufrir el no ser un blanco en la medida en que el hombre blanco me impone una discriminación, hace de mi un colonizado, me usurpa todo valor, toda originalidad, me dice que parasito el mundo, que tengo que ponerme lo más rápidamente al paso del mundo blanco. (...) Entonces, sin más, intentaré hacerme blanco, es decir, obligaré al blanco a reconocer mi humanidad (Fanon, 1973, pág. 80).



Las identidades de los jóvenes varones marginados de la Ciudad de México están condicionadas por la percepción que se tiene de ellos desde las conceptualizaciones hegemónicas. Mientras la percepción sea negativa, estos jóvenes no contarán con otras categorías para definirse a sí mismos ya que, como describe Bourdieu: “La lógica de la relación de dominación es la que consigue imponer e inculcar [...] todas las propiedades negativas que la visión dominante imputa a su naturaleza...” (Bourdieu, 1998, pág. 46). Los jóvenes varones se perciben bajo los propios esquemas de la dominación y se comprenden desde una compleja combinación de atributos estigmatizados: pobreza, masculinidad, delincuencia, violencia.

Como veremos en los capítulos siguientes, esta autopercepción negativa establece las pautas para su propia exclusión de las esferas productivas, de educación y para la justificación de las acciones represivas en su contra. Igualmente, aporta los elementos que conforman la puesta en escena de una identidad masculina relacionada con la violencia, desde la construcción del cuerpo, las prácticas violentas y la apropiación del espacio donde se realiza el performance de género.

## **II. Masculinidades, marginación y violencias**

Para Connell (2003), la masculinidad no es una esencia producto de la biología exclusiva de los varones, sino un lugar en las relaciones de género que forja prácticas y tiene efectos en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura. La propuesta de esta autora permite observar las relaciones de poder y el conflicto al interior de la masculinidad, ya que no la presenta como un ente homogéneo sino

como un escenario donde convergen diferentes tipos de relaciones entre la masculinidad hegemónica y las masculinidades subordinadas o marginadas.

No debe ser suficiente con reconocer que la masculinidad es diversa, sino que también debemos reconocer las relaciones entre las diferentes formas de masculinidad: relaciones de alianza, dominio y subordinación. Estas relaciones se construyen a través de prácticas que excluyen e incluyen, que intimidan, explotan, etc. Así que existe una política de género en la masculinidad. (Connell, 2003, pág. 61).

Para la autora, la masculinidad hegemónica se define “como la configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico, al problema de la legitimidad del patriarcado, lo que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres.” (Connell, 2003: 117). No debe entenderse como la manifestación más tradicional de la masculinidad, sino como la que es reconocida y fomentada por las instituciones, respetada socialmente y la que otorga prestigio a quienes logran cumplir con las normas que ella exige. La característica que más interesa para este trabajo es que su autoridad está tan arraigada que no requiere de la violencia directa para legitimarse.

Connell especifica que este modelo hegemónico no es capaz de explicar todas las formas de masculinidad. La diversidad en las prácticas sexuales y las definiciones de lo masculino desde las diferentes culturas que comparten un territorio (masculinidades subordinadas), así como las diferencias económicas (masculinidades marginadas), limitan las posibilidades que tienen la mayoría de los varones para cumplir con la normatividad hegemónica. Para esta investigación quiero

retomar específicamente la relación jerárquica que existe entre las masculinidades de las clases dominantes y las subordinadas, conocida como masculinidad marginada.

Connell utiliza los aportes que se hicieron desde el psicoanálisis radical para sugerir la existencia de una masculinidad marginada que protesta. Recupera la frase “protesta masculina” que Alfred Adler utilizó para describir la reacción agresiva y la necesidad de enfatizar las conductas consideradas masculinas, que desarrollaban aquellos varones considerados débiles o con características femeninas, como una compensación ante su incapacidad de cumplir con las características propias de la masculinidad.

La autora australiana utiliza esta definición psicoanalítica para explicar la reacción violenta que usan los varones de las clases subordinadas para reclamar su posición de poder en el patriarcado, a partir de la exageración de las convenciones masculinas que reconforman en su contexto de pobreza. A diferencia de la masculinidad hegemónica, la masculinidad marginada no cuenta con la autoridad que brinda el cumplimiento de los roles elementales como el de ser el proveedor principal de la familia o tener poder político o económico. Para mantener el poder que le corresponde según el orden de género, en algunos casos debe recurrir al ejercicio de la violencia y las conductas de riesgo.

El proyecto de la masculinidad que protesta se desarrolla en una situación de clase marginal en la que el reclamo del poder central para la masculinidad hegemónica, se niega constantemente debido a la debilidad económica y cultural. [...]

Debido a su situación de clase y de práctica (por ejemplo de la escuela) estos hombres han perdido la mayor parte de los dividendos

del patriarcado. [...] Si aceptan esta pérdida, aceptarán la justicia de su propia carencia. Si tratan de resolverlo con acciones directas, el poder estatal los detendrá.

Una manera de resolver esta contradicción es por medio de exhibiciones espectaculares, asumiendo la marginación y el estigma y mostrándolos. A nivel personal, esto se traduce como una preocupación constante por la fachada o la credibilidad, lo que no es necesariamente defender la masculinidad obrera tradicional [...] (Connell, 2003: 166).

La propuesta de Connell ofrece mucha luz para comprender la relación entre las masculinidades marginadas y el ejercicio de la violencia como una forma exagerada de las convenciones masculinas. Los adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México buscan acceder al poder del patriarcado y transitar de la condición de infancia a la jerarquía masculina de los varones adultos, a través de la demostración exagerada de las características masculinas que ofrecen prestigio en su propio entorno. La condición de marginación establece sus propios códigos culturales para la adquisición de prestigio y poder de acuerdo a los recursos a los que tiene acceso, los cuales muchas veces se limitan al ejercicio de la violencia.

Es importante distinguir los significados del término marginación, según el contexto económico del país desde el que se está hablando. Por ejemplo, a diferencia de lo que observa Connell en Australia, las condiciones de precarización en México y Latinoamérica excluyen a los grupos marginados incluso de la clase obrera, característica fundamental para la definición de Connell. Tampoco pueden ser entendidos como el ejército industrial de reserva descrito por la teoría clásica marxista ya que no tienen -ni tendrán- la posibilidad de acceder al mercado laboral

legal porque están excluidos de la formación profesional cada vez más especializada que requiere la esfera productiva.

A diferencia de la teoría de la modernidad, que explicaba a la marginación como un resultado de los procesos de industrialización que se corregiría una vez que se lograra incorporar a los marginados al proceso de producción (Germani, 1980), la teoría de la dependencia establecía en la década de los años setenta del siglo XX, que la marginación no es coyuntural sino estructural (Cardoso, 1970) y reformula la postura marxista sobre el ejército industrial de reserva, que fluctuaba entre el empleo y el desempleo dependiendo de las necesidades del capital, para explicar que en realidad cada vez más personas se incorporan a una masa marginal completamente excluida de los procesos del sistema económico (Nun, 1999).

Para finales del siglo XX, Nun explicaba que el modo de producción capitalista había entrado en una fase monopolista que segmenta los mercados de trabajo, impulsa la internacionalización de los mercados y genera modificaciones en la estructura ocupacional (Nun, 1999). Estas condiciones tuvieron como resultado altas tasas de desempleo en los países subdesarrollados en un primer momento pero, conforme se agudizan, también se extienden a los países desarrollados y afectan principalmente a los jóvenes que no tienen acceso a los niveles de educación requeridos por el mercado laboral y que, gracias a las políticas de privatización de la educación, cada vez son más.

Actualmente, las condiciones de desigualdad y de profundización en la brecha entre ricos y pobres establecen un panorama aún más grave para los jóvenes de las zonas marginadas, quienes se suman al gran porcentaje de desempleados excluidos de las relaciones de producción del sistema capitalista. Los campos laborales para

estos jóvenes se reducen cada vez más a la criminalidad y la informalidad (OIT, 2013).

Todas estas condiciones estructurales de marginación histórica que permean y dificultan la planeación de las trayectorias de vida para los jóvenes varones en América Latina, configuran un escenario en el cual la protesta masculina se presenta con mayores niveles de violencia, con costos sociales mucho más altos y que involucran a un porcentaje mucho más elevado de la población.

#### *La antropología de la violencia en el análisis de la masculinidad*

Los entornos de violencia extrema permean las estructuras culturales y sociales, la antropología de la violencia permite tener una postura cualitativa del fenómeno. Sin perderlo de vista, pone menos énfasis en lo político o económico – estudiado principalmente por otras disciplinas como la ciencia política, la economía o las relaciones internacionales- y se traslada al territorio de las palabras, creencias y significaciones. Esta aproximación pone atención en la dimensión simbólica, emocional y cotidiana de dolor, crueldad, sufrimiento y vida cotidiana, pero también observa la resistencia, las estrategias de sobrevivencia, la esperanza y la creatividad.

Más allá de establecer una definición estricta de la violencia, las personas que se han especializado en el estudio antropológico de la misma, coinciden en que debe comprenderse como un fenómeno resbaladizo, construido socialmente y por lo tanto flexible, contextual y situacional, dependiendo del entorno cultural en el que se presente. Sobre todo, existe el acuerdo de que cualquier intento de reducir la violencia a un concepto básico universal representaría una imposición etnocéntrica

que se contrapondrá con las diferentes formas culturales de vivirla (Nordstrom y Robben, 1995).

La propuesta de la antropología de la violencia es entender a esta última como un texto social que permita comprender los significados simbólicos de los actos, desde la perspectiva de quien la ejecuta y de quien la sufre. De acuerdo con Elsa Blair:

Más allá de las condiciones objetivas-materiales de la violencia, el análisis cultural exige mirar el campo de las representaciones mentales que acompañan los actos de violencia, es decir, su dimensión simbólica: sentidos, representaciones, imaginarios, significaciones, tramas discursivas de los fenómenos violentos; dimensiones que no sólo tienen una existencia real sino que se alientan en los mismos procesos violentos de nuevas significaciones (Blair, 2005, pág. 15).

Según Rita Laura Segato (2004), el mensaje en el texto social de la violencia se emite en dos ejes, uno vertical en el que el agresor habla hacia la víctima y otro horizontal en el que se dirige a sus pares. A partir de esta comunicación con los pares, el agresor solicita el ingreso en su sociedad y compite con ellos para mostrar que merece ser parte del grupo y adquirir una posición destacada en la jerarquía. En este sentido podemos comprender los códigos comunicativos de masculinidad que los jóvenes varones emiten hacia sus pares en el acto performativo de la delincuencia juvenil que revisaré en el capítulo 3.

Jeffrey Sluka (1992, pág. 23-27) propone cuatro axiomas básicos para el estudio de la violencia desde la antropología:

- a) La negación de la hipótesis biologicista que define a la violencia como una necesidad biológica humana. Sostiene que la violencia se compone de formas de conducta aprendidas culturalmente y no es producto de los genes o las hormonas.
- b) El conflicto es un universal de la cultura, pero también es culturalmente relativo. Este axioma muestra la necesidad de analizar la violencia en los ámbitos de la interacción social, tomando en cuenta los contextos culturales.
- c) La relación entre formas de estructura social y formas de intensidad del conflicto, es decir que no ve a la sociedad como una estructura fija sino como un proceso histórico, pero tampoco deja de lado las relaciones estructurales.
- d) El reconocimiento de la naturaleza dual o ambigua del conflicto. El conflicto puede ser positivo o negativo según la postura que se tenga sobre la estabilidad o el cambio social.

Estos axiomas me permiten enmarcar el análisis en el campo de la cultura, por lo que en esta investigación con enfoque antropológico no abordé el tema desde las definiciones biologicistas que relacionan el ejercicio de la delincuencia juvenil con trastornos hormonales característicos de la adolescencia. También ofrecen la posibilidad de distinguir las diferencias culturales en las que se presenta la delincuencia juvenil y reconocer el proceso histórico de construcción y transmisión de códigos culturales de masculinidad y violencia. El reconocimiento de la naturaleza dual del conflicto admite la observación del ejercicio de la violencia en el entorno cultural específico de los adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México, como algo que otorga reconocimiento y prestigio entre el grupo de pares, y que regula la movilidad la jerarquía masculina en la que se desenvuelven.



Otro acuerdo importante respecto al concepto de violencia es la necesidad de referirse a ella en plural (Ferrándiz Martín y Feixa Pampols, 2004), es decir, reconocer la diversidad de violencias y de actores que pueden confluir en ellas. En el caso de los jóvenes varones marginados es posible observar la presencia de al menos tres tipos de violencias: la simbólica, la estructural y la social o cotidiana. Sobre la primera ya hemos hablado más arriba en este capítulo y la desarrollaré con más detalle en el siguiente, pero la entiendo como la incorporación, por parte de los dominados, de las estructuras simbólicas que ordenan el mundo social donde ellos se encuentran en desventaja; la segunda es la que se ejerce en su contra desde las condiciones de desigualdad social, producto del sistema económico global y del modelo hegemónico de masculinidad; y la tercera se refiere a la que ellos ejercen en forma de delincuencia juvenil.

De acuerdo con Salvador Cruz, el principal indicador de la violencia social es la delincuencia:

En términos estrictos, la violencia social incluiría una infinidad de expresiones correspondientes a cada dimensión de la vida social; sin embargo, en su acepción más general, parece asimilarse a la actividad pública, a lo que pasa en las calles, a lo que acontece en el espacio público y atemoriza a la población en su conjunto. Por lo que la violencia social, vista en su vertiente urbana, tiene como indicadores más evidentes los actos delictivos acontecidos en la ciudad (Cruz Sierra, 2011: 242).

En el siguiente apartado observaremos cómo estas violencias participan en la construcción de la imagen social y el estigma que existe sobre los jóvenes varones marginados, orientan su autopercepción en sentido negativo y definen su visión del

mundo según las categorizaciones que se construyen sobre ellos, a consecuencia de la edad, la clase social y el género.

### **III. Jóvenes varones marginados**

Los estudios sobre juventud coinciden en situar este concepto como una construcción cultural que les otorga diferentes significados a los sujetos a partir de su edad y que, como tal, se reconstruye de manera histórica y será diferente dependiendo del contexto cultural en el que se encuentre. Sin embargo, la globalización de la información ha propiciado la creación de un sujeto social ideal basado en los estereotipos difundidos por los medios de comunicación, la mercadotecnia, la industria musical y las mismas ciencias sociales, al cual se le atribuyen una serie de características y conductas relacionadas con el consumismo, los riesgos, la rebeldía y la apatía política.

La incorporación del modelo de la educación pública obligatoria a principios del siglo XX, fue un momento decisivo para la construcción de un nuevo sujeto social llamado joven, que ahora tenía tanto el derecho como la obligación de estudiar. A esta nueva situación de otorgamiento de funciones y obligaciones para los jóvenes, se sumaron las exigencias cada vez mayores hacia los padres obreros, quienes tenían que trasladarse distancias más largas de su casa a las fábricas y cumplir con horarios largos que impedían estar pendiente de lo que hacían sus hijos después de clases.

Como describe Urrea Giraldo, el barrio se convirtió en un espacio de socialización privilegiado para los jóvenes y las actividades ilegales se volvieron comunes como una manera de protesta ante un sistema que los mantenía

marginados y que les ofrecía un futuro de explotación y carencias como el presente que estaban viviendo sus padres.

Aparece entonces la figura del joven obrero que dispone de su tiempo libre a su antojo, al lado de sus pares de modo más autónomo. De esta manera aumenta la importancia de los espacios de sociabilidad, diferenciados por género, más centrípetos en torno al espacio residencial como el grupo de amigos barrial para las nuevas generaciones masculinas de las clases populares. A lo largo del siglo XIX hasta bien entrado el XX, la juventud de las clases populares urbanas en las sociedades capitalistas estaba así asociada al desorden (Urrea Giraldo, 2003, pág. 98).

Según este autor, los medios de comunicación jugaron un papel central para la clasificación de este grupo de jóvenes –bautizados como apaches por sus actos violentos que recordaban a las prácticas (también exageradas mediáticamente) de este grupo de indígenas norteamericanos- y fueron identificados como “una plaga” incontrolable a la cual el Estado tenía que poner un alto con ayuda de la seguridad pública y los castigos penitenciarios.

Posteriormente, el modelo de juventud rebelde fue catapultado por la floreciente industria cinematográfica con su capital en Hollywood, al presentar a los ídolos juveniles de la época como trasgresores de la ley y de las instituciones sociales, atractivos físicamente, valientes, y enamoradizos. Las películas mostraban una imagen estereotipada de la juventud que pronto llegó a todo el mundo y globalizó esa manera de ser joven, que ponía de moda y exaltaban características específicas entre los adolescentes, al tiempo que el resto de las instituciones sociales las criminalizaba y criticaba.

Durante estos años, el contexto económico mundial se encontraba seducido por el espejismo del desarrollo y el Estado de bienestar, que permitía generar un proyecto de vida relativamente estable en la que los jóvenes sabían que si terminaban de manera satisfactoria su educación, tendrían prácticamente asegurado un trabajo con prestaciones de ley que les permitiera conformar su propia familia hasta que, después de trabajar muchos años, llegarían a la jubilación y podrían descansar y cuidar a sus nietos. Este proyecto de vida permitía tener una categorización de las edades sociales bastante clara y sólo bastaba con “hacer las cosas bien” para recibir los beneficios del desarrollo (Pérez Islas, 2010, pág. 78).

Pronto se acabaría el encanto y serían las contraculturas juveniles urbanas, que surgen con fuerza a finales de los años setenta y principio de los ochenta, en plena crisis del Estado de bienestar, las encargadas de demostrar la incapacidad del modelo económico imperante para llevar el prometido desarrollo a todos. Este impacto fue particularmente revelador, ya que las principales contraculturas –rockers, skinheads, punks, entre otros- se generaron al interior de los países que supuestamente se encontraban disfrutando de los privilegios del capitalismo.

En el caso de México, los llamados *chavos banda* representaron la sacudida de hombros que permitió que las ciencias sociales se dedicaran a analizar las desigualdades que excluían a una buena parte de la población del mercado laboral y el desarrollo, como describe Maritza Urteaga:

A diferencia de los estímulos emergidos en la Gran Bretaña del *welfarestate* de los años setenta, las bandas juveniles emergen como consecuencia de la crisis del Estado de bienestar mexicano (mediados de los años setenta en adelante), ya sin la capacidad para la absorción de los numerosos contingentes de jóvenes a la educación, el empleo, el

consumo, etcétera, e inicia el proceso de expulsión de los jóvenes de los sectores medios y populares de las instituciones que tradicionalmente se encargaban de su socialización. (...) La crisis los fuerza a prolongar su juventud al no poder acceder a la esfera del trabajo y tampoco a la escolar, sino sólo circunstancialmente (Urteaga, 2010, pág. 24).

Fue con el ingreso de la lógica del libre mercado y la culminación de la globalización capitalista, que el sistema económico (ahora más mundial que nunca) se reestructura y busca la generación de nuevos mercados, pero ya no en términos territoriales como lo había hecho durante la mayor parte del siglo XX.

Naomi Klein describe en su libro *No Logo*, la perversidad con la que el neoliberalismo convierte a los jóvenes en su mercado prioritario. Los creativos de las empresas se dieron cuenta de que las amas de casa que habían comprado sus aspiradoras y detergentes durante el auge del modelo anterior, ya no satisfacían sus necesidades de ventas y voltearon la mirada hacia los hijos de estos sectores beneficiados por el desarrollo. La fórmula perfecta fue una mezcla entre la abrumante necesidad de reconocimiento del grupo de pares que tienen los adolescentes y la cegadora necesidad de los padres de demostrar su capacidad de proveer, al darle a sus hijos lo que ellos no habían tenido.

Gradualmente a los sectores manufactureros y de entretenimiento comenzó a ocurrírseles una idea: tal vez las ventas no caían porque los consumidores fueran “ciegos a las marcas”, sino porque las empresas tenían los ojos puestos en el sector demográfico equivocado. No era época para vender *Tide* y *Snuggle* a las amas de casa, sino de lanzar la *MTV*, *Nike*, *Hilfiger*, *Microsoft*, *Netscape* y *Wired* a los adolescentes de todo el mundo y a sus imitadores. Sus padres podían haber cuidado su dinero, pero los hijos estaban dispuestos a pagar para ser aceptados.

Por medio de este proceso, la presión de los coetáneos se convertía en una poderosa fuerza del mercado que dejaba pálido el consumismo de los padres. Como dijo la minorista de la vestimenta Elise Decoteau sobre sus jóvenes clientes, “se mueven en manada. Si les vendes a uno, les venderás a todos los de su clase y a todo su colegio” (Klein, 2001, pág. 87).

Pero no bastaba con convertir a los adolescentes en consumidores compulsivos, había que evitar que, una vez convertidos, dejaran de serlo. Así, el mercado modificó toda la lógica de mercadotecnia y consumo para generar sujetos ideales que, sin importar si tuvieran 7 o 40 años, consumieran como si tuvieran 17. Las marcas diseñaron ropa, tecnología, zapatos, carros, joyas y música con imágenes juveniles y atractivas, generando así nuevas necesidades de consumo que pronto lograron posicionarse como un elemento indispensable para la constitución de las identidades juveniles.

Nuevamente la globalización, ahora potenciada con las nuevas tecnologías de la información, difundió estos modelos de consumo en una especie de identidad juvenil globalizada que constantemente se reconstruía ante las críticas de los jóvenes que intentaban salir de ella. Los movimientos grunge, alternativos, punk, pronto se pusieron de moda, dejando muy pocas opciones para los jóvenes que no se sentían identificados o no estaban de acuerdo con esta juventud globalizada. El ataque directo de la mercadotecnia hacia los jóvenes y la construcción de una identidad juvenil globalizada basada en el consumo, choca de manera frontal con una cantidad cada vez mayor de jóvenes imposibilitados para cubrir esas exigencias.

La caída del modelo de desarrollo dio paso al modelo neoliberal que se basa en la privatización, la desregulación de la economía, y la reducción del gasto público. Estas medidas han tenido como consecuencia los recortes que han dejado desprotegidos a los sectores más vulnerables de la población, quienes dependían de las responsabilidades constitucionales del Estado respecto a la salud, educación, alimentación, vivienda, trabajo y otros derechos humanos básicos que ahora han quedado abandonados.

El Estado cada vez se preocupa menos por asegurar el desarrollo de la principal función otorgada a la juventud desde el momento de su conformación como un sujeto social: la educación. Para el año 2006, en México sólo el 15.3% de los jóvenes accedía al nivel superior, 41% abandonaba la escuela con 15 años o menos de edad, y 20% antes de cumplir los 18 años (Pérez Islas, 2010: 75). Alrededor del noventa por ciento de los jóvenes que aspiraban a ingresar a la licenciatura en la Universidad Nacional Autónoma de México en 2012 fueron rechazados. De 62 mil 682 estudiantes que presentaron el examen a principios de junio de ese año, sólo 6 mil 500 (10.3 por ciento) obtuvieron lugar, es decir, 56 mil 182 jóvenes con intención de estudiar fueron excluidos de la educación pública.<sup>7</sup>

A pesar de que el discurso oficial del neoliberalismo plantea una mejoría entre las posibilidades de educación superior de las nuevas generaciones en comparación con las de sus padres, cada vez son más los jóvenes que se quedan sin acceso a las universidades públicas. Algunos recurren a las famosas universidades “patito” que tienen poco reconocimiento académico pero precios más bajos y se han multiplicado en los últimos años, al convertirse en la única alternativa de educación para los

---

<sup>7</sup> Ver La Jornada, 16 de julio de 2012.

jóvenes que son excluidos de la universidad pública gratuita y no tienen suficientes recursos para pagar una universidad privada de prestigio.

Otros se refugian en el comercio informal ya que es la única opción de empleo que tienen con tan poca preparación profesional, pero también porque les da la posibilidad de obtener bienes codiciados por la imposición del consumo, aunque no sean marcas originales, tal como lo describe Rossana Reguillo:

Del ya legendario Chopo en la Ciudad de México, al Tianguis Cultural de la ciudad de Guadalajara, pasando por los innumerables “puestecitos” de ropa, accesorios y música pirata en el país, estos lugares, densamente cargados de significados múltiples, se constituyen en espacios fundamentales para las operaciones de acceso, negociación y afirmación de muchos y múltiples sujetos juveniles (Reguillo, 2010, pág. 421).

No hay que dejar de lado la importancia que tiene para la construcción de la identidad juvenil el bombardeo de imágenes masculinizantes proveniente de los medios de comunicación y relacionadas con la violencia. Encontramos en los medios impresos, la televisión y el internet, imágenes que envían mensajes encontrados a los jóvenes respecto al éxito, la riqueza, la masculinidad y la paralegalidad. Los noticieros presentan a los narcotraficantes que entran y salen de la cárcel con total impunidad, rodeados de mujeres, joyas y dinero, quienes incluso imponen modas con la ropa que visten al momento de su detención.

### *Juventudes y masculinidades*

A pesar del importante desarrollo de los estudios culturales sobre la juventud mexicana, la profunda descripción etnográfica y la visión “desde los jóvenes” que han



ofrecido estos aportes teóricos, como Maritza Urteaga describe “poco se ha realizado por problematizar, desde los desarrollos teóricos sobre juventud y género, la relación juventud/género. [nos hemos limitado] sólo a dar cuenta de la existencia de las muchachas o de grupos de homosexuales o de las condiciones de desigualdad e inequidad en que las mujeres jóvenes se desenvuelven en el país” (Urteaga, 2010: 45). El enfoque de género en los estudios juveniles se ha dedicado a resarcir la falta de visibilidad de las mujeres jóvenes en las investigaciones de las décadas anteriores, profundizando muy poco sobre la opresión generada hacia los jóvenes varones por su propia condición de género.

Los estudios de juventud en México reconocen tres momentos importantes, según Rossana Reguillo: en un primer momento, se enfocaron en la juventud como un actor político, sobre todo a partir de los movimientos estudiantiles del 68; después, a finales de los ochenta, pusieron atención en la emergencia de un joven popular urbano que se organizaba en bandas y que fue el reflejo del fracaso del llamado milagro mexicano. Más recientemente, los estudios sobre jóvenes se han dedicado a estudiar las llamadas “culturas juveniles” que “a través de modos diferenciados de autorreconocimiento y heterorreconocimiento, dieron cuenta de la globalización de las identidades, la cual ponía en evidencia que el mundo ya no se agotaba en las adscripciones o fidelidades locales” (Reguillo, 2010, pág. 10).

La autora propone un nuevo momento que surge en el contexto discutido en páginas anteriores y que ella describe de la siguiente manera:

Erosionados los principios de inserción y participación privilegiados por la modernidad, como el trabajo o la escuela, en contextos de fragilidad democrática y exacerbamiento de la violencia, y frente al creciente

descreimiento y desconfianza en la política como espacio para la negociación y el pacto, puede afirmarse que emerge un cuarto momento (...): la mirada que intenta develar simultáneamente la heterogeneidad cultural y la desigualdad estructural que delinean la condición juvenil en el México contemporáneo (Reguillo, 2010: 12).

La condición inestable de la economía mundial genera altos índices de desempleo y condiciones laborales precarias, esto afecta a los hombres adultos pero también es un impacto fuerte para los jóvenes varones que observan con desconfianza el futuro laboral. Hay que sumar, además, la imposibilidad de abandonar el hogar paterno ante la falta de solvencia económica, lo que pone en jaque a la propia identidad masculina que se mantiene subordinada a la autoridad paterna (Pérez Islas, 2010).

Estos varones jóvenes en teoría deberían encontrarse en una posición privilegiada dentro del patriarcado respecto a las mujeres jóvenes, sin embargo, como describe R.W. Connell, los hombres se ven tan afectados como las mujeres (aunque de maneras distintas) por la turbulencia del orden de género global, “la investigación internacional sobre la situación de las mujeres lo documenta ampliamente, aunque las consecuencias que todo esto tiene en los hombres han sido ignoradas. Tales dividendos no son equitativos para todos los hombres: algunos obtienen mucho y otros poco o nada.” (Connell, 2006: 203).

Es necesario comprender la condición de juventud en su nuevo contexto histórico, que ha tenido consecuencias en la economía pero también en las relaciones sociales y en los significados simbólicos de la existencia. Las responsabilidades sociales del Estado de Bienestar fueron trasladadas a los

individuos, de quienes se espera ahora que se hagan responsables de su propio éxito o fracaso. Se crean “biografías normales que cada vez corresponden menos a la realidad” (Beck, 1998, pág. 170) en otras palabras, se construyen identidades virtuales a las que cada vez menos individuos tienen posibilidades de acceder, sin importar los esfuerzos biográficos que hagan.

Los discursos oficiales culpan a los individuos de su propia incapacidad de cumplir con los modelos hegemónicos y sitúan sobre ellos las responsabilidades sociales e institucionales:

Por consiguiente, se abren las compuertas para la subjetivización y la individualización de los riesgos y contradicciones originados socioinstitucionalmente. Para el individuo, las condiciones institucionales que le determinan ya no son sólo sucesos y relaciones que se le imponen, sino también *consecuencias de las decisiones tomadas por él* y que ha de ver y asumir en cuanto tales. Esto también lo facilita el hecho de que varíen las típicas circunstancias que marginan al individuo. Si antes lo que le ocurría era un «golpe del destino» enviado por Dios o por la naturaleza (...) hoy las circunstancias se interpretan como «fracasos personales», desde el suspenso en un examen hasta el paro o el divorcio (Beck, 1998, p. 172).

Bauman (2007) dice que la definición social del individuo ya no llega como regalo, sino que es su responsabilidad convertirse en lo que uno es. La perversidad del sistema neoliberal radica en que los logros personales que antes daban prestigio y estabilidad, ahora son volátiles e inalcanzables. Las transiciones de la juventud a la vida adulta ya no son tan claras, lo que complica la elaboración de trayectorias de vida para los jóvenes.

La preocupación principal y que más destroza los nervios no es cómo encontrar un lugar dentro del sólido marco de una clase o categoría social, ni -una vez encontrado- cómo conservarlo y evitar el desalojo; lo que causa preocupación es la sospecha de que ese marco,

arduamente conquistado, pronto se romperá o se fundirá (Bauman, 2007, pág. 169).

Se responsabiliza al individuo de sus fracasos biográficos pero también de las condiciones estructurales que lo acechan. Los problemas sociales se explican desde la pérdida de valores morales, la modificación de las estructuras familiares tradicionales, la irresponsabilidad de los sujetos, la indiferencia de los jóvenes o su inmadurez. Los individuos marginados terminan buscando las causas de la desigualdad en su propia existencia y sus incapacidades. Los jóvenes ahora deben hacerse responsables de sí mismos, de su propia educación, su propia capacidad adquisitiva y su salud; sin embargo, es imposible (y frustrante) dar *soluciones biográficas a las condiciones sistémicas*, es decir, resolver con los actos individuales las contradicciones del sistema.

...a uno por una parte le hacen responsable de sí mismo, pero por otra "depende de unas condiciones que escapan constantemente a su aprehensión" (Beck, 1995) (y en la mayoría de los casos también a su conocimiento); en dichas condiciones, "la manera en que uno vive se convierte en *la solución biográfica de las contradicción sistémicas*" (Beck, 1998). El apartar la culpa de las instituciones y ponerla en la inadecuación del yo, ayuda o bien a desactivar la ira potencialmente perturbadora o bien a refundirla en las pasiones de la autocensura y el desprecio de uno mismo o incluso a recanalizarla hacia la violencia y la tortura contra el propio cuerpo (Bauman, 2007, pág. 16).

Siguiendo esta misma línea de pensamiento, Rossana Reguillo (2010) propone comprender la condición juvenil en el México contemporáneo bajo el concepto de la "desapropiación del yo", el cual hace referencia a la continua tensión por constituirse que padece la subjetividad juvenil. De acuerdo con la autora, en su lucha por "reapropiarse" del yo, los jóvenes mexicanos buscan nuevas instancias de

reconocimiento más estables como “1) las estructuras del crimen organizado o narcotráfico; 2) la diversidad de ofertas y ofertadores de sentido, y 3) el mercado a través de sus ofertas de identidad.” (Reguillo, 2010, pág. 403).

Como vemos, la relación de los jóvenes varones marginados con la masculinidad hegemónica gira entorno a dos categorías definidas por Connell: la subordinación y la marginación. Por un lado, su condición de juventud los ubica en una posición subordinada respecto al resto de los varones, ya que no han logrado completar los ritos de paso para ser considerados hombres en lugar de niños. Pero por otro lado, la condición de marginación y precariedad les plantea un panorama desolador que les hace suponer que la masculinidad hegemónica está fuera de su alcance, a causa de su incapacidad individual para acceder a ella.

Las discusiones teóricas descritas en este capítulo, conforman la base conceptual que permitirán comprender las relaciones de marginación que dictan las pautas para la construcción cultural de una identidad masculina relacionada con la violencia. Como revisamos en las páginas anteriores, la identidad es un proceso de definición de los sujetos que depende de las condiciones materiales de existencia, de los códigos culturales y de la definición que grupos hegemónicos hacen de ellos. Las nuevas condiciones de desigualdad, el modelo de privatización neoliberal y el consumismo impuesto desde los medios, representan retos importantes para la conformación de las identidades juveniles. En esta investigación importan sobre todo los desafíos que estas condiciones económicas establecen para las masculinidades marginadas, ya que les despojan cada vez más de las posibilidades de acceder a la masculinidad hegemónica por otras vías que no se relacionen con la violencia; pero también porque estas nuevas condiciones han generado una fuerte modificación en

los modelos tradicionales de masculinidad y las relaciones de género, sin ofrecer nuevas vías más equitativas. En el siguiente capítulo, enmarco la discusión en las condiciones estructurales de marginación específicas que condicionan la conformación de las masculinidades de los adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México.

## Capítulo 2. Chavos expiatorios

### Criminalización y violencia institucional

Hoy encendí el televisor, miré mi rostro y el de otros homies.  
En el reportaje del día el reportero decía:  
“Jóvenes marginados, agrupaciones, pandillas de alto riesgo”  
¿Son o se hacen los ciegos?  
¿Qué saben ellos de crecer en barrios humildes?  
Que por tu aspecto te hagan sentir que no sirves,  
de esperar a que los contrarios bajen,  
o que te nieguen un buen empleo sólo por los tatuajes.  
¿Delincuente yo? Delincuente tú, nosotros somos de barrio.

*C Kan, Somos de Barrio<sup>8</sup>*

En *La Dominación Masculina*, Bourdieu expone su intención de descubrir algo que le ha llamado la atención desde siempre y que llama la paradoja de la *doxa*, es decir, el hecho de que el orden del mundo, con sus relaciones de dominación, sea casi siempre respetado y perpetuado. Para explicar cómo esto sucede en el orden de género, aclara que la diferencia entre lo masculino y lo femenino tiene un carácter arbitrario y contingente, y que esta dominación no reside fundamentalmente en la unidad doméstica sino en instancias como la escuela o el Estado que son “lugares de elaboración y de imposición de principios de dominación.” (Bourdieu, 1998: 15).

En los casos de los jóvenes varones marginados que atraviesan un proceso judicial en la Ciudad de México, estos lugares a los que se refiere Bourdieu han construido discursos específicos que se expresan en las acciones públicas y las actitudes de quienes forman parte de las instituciones. Existe, por un lado, un

---

<sup>8</sup> C Kan ft Togwy, 2013, Somos de barrio. Álbum: Voy por el sueño de muchos. <http://www.youtube.com/watch?v=PzXjCGeVma8>

discurso oficial que considera a los jóvenes marginados apáticos, flojos y poco productivos (Valenzuela, 2012), por lo tanto se les culpabiliza de su propia exclusión y de la “precariedad de sus propias vidas” (Reguillo, 2010, pág. 399), además se les construye como “sujetos problema” que concentran los miedos colectivos y justifican las acciones represivas, al reducir los problemas sociales de la juventud a un tema de seguridad pública (Martel Trigueiros, 2013).

Por otro lado, se les abandona en los programas sociales y las políticas públicas de género, que se enfocan casi siempre en las condiciones de las mujeres. Pamela Scully (2008), critica la manera en la que el Consejo de Seguridad de la ONU, en sus resoluciones sobre la violencia sexual como crimen de guerra en la primera década del siglo XXI, presenta la vulnerabilidad de las mujeres y omite los temas referentes a los varones. La autora reflexiona sobre el lenguaje institucional que sitúa a las mujeres en el papel de víctimas vulnerables, que requieren protección y las define como madres y esposas, mientras ubica a los hombres como soldados e individuos con aspiraciones de libertad pero sin posibilidades de sufrimiento.

Scully afirma que este tipo de definiciones tienen implicaciones en el periodo de la postguerra, ya que bloquean las posibilidades de las mujeres de tomar posiciones de liderazgo sólidas, y dejan abandonados a los hombres al considerar que ellos no necesitan ser protegidos o atendidos. Esta es una reflexión relevante para el contexto mexicano, en el que la mayor parte de la acción pública para la atención de la violencia está dirigida sobre todo a mujeres y niñas bajo la misma premisa que Scully critica, pero los varones que se encuentran inmersos en las relaciones de violencia y delincuencia son abandonados por los programas institucionales, a excepción de las acciones de seguridad pública.



Las políticas de juventud están encaminadas a suavizar el presente, pero no atienden las condiciones estructurales que permitan la generación de un futuro deseable para los adultos en los que esos jóvenes se convertirán. Más grave aún, la fundación IDEA, el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJUVE) y el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA)<sup>9</sup> mostraron que más de la mitad de las políticas y programas sobre juventud del gobierno federal, no sólo no habían sido evaluadas sino que ni siquiera cuentan con la documentación mínima que permita su evaluación.

Se muestra también en el mismo estudio que los programas federales de apoyo para los jóvenes son dispersos, que no existe una política integral y transversal que atienda el tema de juventud, y que las intervenciones de política pública en México no reconocen a los jóvenes como sujetos de derecho ni los involucran en sus procesos de diseño, implementación y evaluación. Sobre los temas que competen a esta investigación, resalta el hecho de que mientras el gobierno federal asigna una cantidad importante de recursos para el combate a las adicciones en los Centros de Integración Juvenil, no hay un programa destinado a la atención de la delincuencia juvenil o la reducción de la mortalidad juvenil causada por lesiones o accidentes.

El objetivo de este capítulo es explicar cómo la lógica de género que relaciona a los jóvenes varones marginados con la violencia y la delincuencia, permea su relación con las instituciones y la construcción de su propia identidad a partir de la conformación de las expectativas de vida y de los condicionamientos construidos socialmente por el orden de género y la estructura económica. Busco demostrar que

---

<sup>9</sup><http://www.fundacionidea.org.mx/index.php?id=122#sthash.lvtM3JoY.dpuf>

existe una lógica de género que sitúa a estos jóvenes en una condición de vulnerabilidad, que merece ser abordada desde las ciencias sociales y las políticas públicas.

Parto de dos supuestos: el primero es que la construcción social de masculinidad establece a su vez discursos que, al ser adoptados por las instituciones, criminalizan a los jóvenes varones marginados y agravan su condición de marginación al vulnerar sus derechos y excluirlos de las esferas educativas y productivas. El segundo supuesto es que los discursos de criminalización que generan las instituciones tienen un impacto en la conformación de la identidad, en las conductas y las aspiraciones de los jóvenes varones marginados, que los excluye de la competencia por la masculinidad hegemónica y los orienta hacia las actividades para las cuales se consideran destinados.

Organizo la discusión en torno a tres temas: 1) cómo el estigma social que clasifica a estos jóvenes como agresivos y apáticos, propicia su expulsión del ámbito escolar como una medida de sanción de las autoridades, y la deserción escolar por la percepción de la escuela como un espacio que no les corresponde; 2) cómo las condiciones de género y lugar de origen, sumadas a la criminalización y el estigma, dificultan su acceso al mercado laboral formal; y 3) cómo la criminalización hacia los jóvenes varones marginados los vuelve vulnerables a ser detenidos y a sufrir violaciones de derechos humanos aun cuando no hayan cometido ningún delito.

En las siguientes páginas presentaré un análisis teórico enlazado a los testimonios de los adolescentes. A partir de ese ejercicio busco explicar los discursos que se construyen desde el poder, pero sobre todo cómo éstos son incorporados en las narraciones de los adolescentes, la construcción de su identidad

y la percepción del mundo a partir de sus propias experiencias. Así será posible identificar la violencia simbólica que la estructura de género ejerce contra los jóvenes varones marginados y los orienta hacia la delincuencia, como una manera de reclamar el poder de la masculinidad hegemónica al que no tienen acceso por las vías legales del mercado laboral y la formación profesional.

### **I. De la marginación a la expulsión del ámbito escolar**

R.W. Connell (2003) explica, a partir de estudios etnográficos, que las definiciones de masculinidad están íntimamente ligadas a la historia de las instituciones. En el ámbito escolar, observa la construcción de una masculinidad considerada respetable a partir del cumplimiento de ciertas normas, como la impecable presentación del uniforme escolar, el buen comportamiento y, sobre todo, el hecho de sobresalir en las competencias deportivas o académicas. Los varones que tenían dificultades para cumplir con esas normas a causa de sus condiciones de clase, desarrollaban una masculinidad opositora –conductas agresivas o apáticas- que los alejaba de la competencia académica y los conducía al trabajo obrero.

Al llevar este ejemplo a un nivel macro, podemos observar que las condiciones de flexibilidad laboral del neoliberalismo global hacen que los jóvenes con oportunidades limitadas para la competencia académica, observen con mayor desconfianza a la educación como un medio para la movilidad social. Su visión no está muy lejana de la realidad si tomamos en cuenta que, de acuerdo con el Informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre las Tendencias Mundiales del Empleo Juvenil 2013 (OIT, 2013), la mayoría de los jóvenes con niveles más altos de educación ocupan trabajos para los cuales se encuentran sobreeducados, y

desplazan hacia el desempleo o la informalidad a quienes tienen menores niveles educativos.

Con datos del Instituto Mexicano de la Juventud, José Manuel Valenzuela describe esta situación desde los índices de deserción escolar en México: “Sólo siete de cada diez jóvenes de quince años asiste a la escuela y de ellos la mitad desertará de la educación media superior debido a la falta de ingresos y a carencias económicas, y entre quienes logren continuar estudiando, sólo tres de cada diez seguirán en la escuela al cumplir 20 años...” (Valenzuela Arce, 2012: 128).

Llama la atención que el 29% de las personas que participaron en la Encuesta Nacional de Juventud 2005, respondieron que dejaron de estudiar ‘porque ya no les gustaba’. Esta situación es particularmente preocupante en el grupo de adolescentes varones: el 81.8% de los hombres con edades entre los 12 y los 14 años de edad y el 44.3% de los varones de 15 a los 19 años respondieron así (Instituto Mexicano de la Juventud, 2014). Valenzuela supone que este fenómeno corresponde a la percepción negativa que tienen los jóvenes respecto a la educación como una herramienta para la movilidad social, mientras que Suárez Zozaya (2010) considera que es el resultado de una relación llena de tensiones entre la escuela y la juventud.

A partir de los datos empíricos de esta investigación propongo observar otros tres elementos que, bajo el análisis de los estudios de masculinidades, visibilizan las condiciones sociales, culturales y materiales de existencia que propician la expulsión de estos varones de los espacios escolares, así como las causas por las que ellos mismos deciden dejar la escuela: 1) el estigma social que presenta a estos jóvenes como agresivos o rebeldes, por lo que se considera difícil y poco deseable trabajar con ellos; 2) los condicionamientos asociados a la condición de marginalidad y que,

al ser incorporados por los adolescentes, hacen que entiendan a la escuela como un lugar que no les corresponde (Bourdieu, 1990; 1998); y 3) el efecto del hábitus<sup>10</sup> en las orientaciones y expectativas laborales de los adolescentes.

La masculinidad que protesta -de la cual hablé ampliamente en el primer capítulo y se refiere a conductas agresivas y de riesgo relacionadas a la masculinidad, que los varones marginados suelen exagerar para reclamar el poder del patriarcado- se presenta en el ámbito escolar en forma de actos performativos que buscan demostrar indiferencia, falta de respeto a la autoridad, e incluso conductas de riesgo que pueden terminar en situaciones de violencia, casi siempre en forma de riñas con otros varones.

Los adolescentes que participaron en esta investigación cuentan que fueron expulsados de las escuelas o que ya no regresaron porque son 'irresponsables y desmadrosos' y los maestros no los aguantan. Quienes intentaron regresar a la escuela después de haber sido detenidos, se volvieron objeto de humillaciones y acusaciones falsas relacionadas con el delito que cometieron. En algunos casos fueron expulsados por ser considerados mal ejemplo y en otros ellos mismos decidieron no regresar por temor al rechazo.

También comentaron que dejaron de estudiar porque ellos o sus familiares consideraban que eran 'burros' porque siempre habían tenido problemas en la escuela, o porque tenían reacciones agresivas al sentirse intimidados por otros adolescentes -o incluso por los mismos maestros- al momento de exponer en público o tener que participar en clase. Otros dijeron que decidieron dejar la escuela

---

<sup>10</sup> Entiendo hábitus como sistemas de disposiciones, estructuradas y estructurantes, relacionadas a una clase particular de condiciones de existencia que producen prácticas, representaciones y condicionamientos. (Bourdieu, 2007: 86-89)

porque reprobaron un año y les dio vergüenza regresar. La mayoría estaban seguros de que entrar a las universidades públicas es muy difícil y que, si los jóvenes que tienen una buena formación académica no pueden entrar, ellos no tendrían ninguna oportunidad.

Los adolescentes veían los cuatro años de licenciatura como una pérdida de tiempo ante sus necesidades económicas urgentes. Algunos de ellos asumían el rol masculino de ser proveedores en sus familias, otros dijeron que a pesar de considerarse inteligentes, decidieron abandonar la escuela para trabajar y tener dinero para pasear con su novia o para poder impresionar a las chicas que les gustaban. En algunos casos, los jóvenes tenían planes de trabajar por un tiempo determinado para juntar dinero que les permitiera pagar la escuela, sin embargo, el tiempo que se habían planteado seguía extendiéndose porque las necesidades cotidianas no les permitían ahorrar.

Respecto a la orientación profesional, es muy frecuente encontrar en sus narraciones el gusto por actividades relacionadas con la violencia y la defensa personal, como el box y las artes marciales; o expectativas profesionales que se relacionan con el manejo de armas y el ejercicio del poder. Las actividades laborales que más se mencionaron como deseables fueron policía, judicial y militar. En algunos casos eligieron profesiones que se relacionaban con su proceso judicial, como abogado o psicólogo; fueron menos los que se decidieron por otro tipo de profesiones a las que se dedica alguna persona cercana.

En varios de los grupos de discusión, los adolescentes se refirieron al robo como un oficio y dijeron que ya no se hace por necesidad sino como un hábito, que

después de varias veces es por diversión y porque 'todo mundo' en sus colonias lo hace, como lo describe el siguiente testimonio:

Bueno, en mi colonia, la verdad al ver a todos los chavos, todos son iguales, todos han crecido con esa mentalidad de que por vivir en ese barrio vamos a ser iguales. Ahora sí que por querer llevar como la tradición de los grandes, de los padres, los tíos, los abuelos. Como crecen y ven que todos ellos 'ora sí que roban, venden, pelean, matan, discuten, pues el hijo, el sobrino quiere ser igual que ellos por pensar que van a ser mejores o para ganar un respeto.

Los condicionamientos sociales de la marginalidad se incorporan en la identidad de los adolescentes a partir del ejercicio de la violencia simbólica, ese proceso a partir del cual los excluidos se autoexcluyen y se perciben bajo los propios esquemas de la dominación, que los orientan a ocupar los lugares que les corresponden en la estructura social (Bourdieu, 1998). Estas estructuras generan una autopercepción negativa, tanto individual como de su entorno, y se reflejan en el cuerpo en forma de ansiedad, vergüenza, nervios y agresividad cuando se enfrentan a retos académicos para los cuales no se consideran aptos. Es la incorporación de la estructura y la puesta en escena de una masculinidad que protesta, ante la imposibilidad de acceder a las condiciones de bienestar y poder de la masculinidad hegemónica.

Las estructuras incorporadas orientan a los jóvenes varones marginados a dejar la escuela, para dedicarse a las actividades que se encuentran dentro del sentido de los límites que establece la visión que tienen del mundo social (Bourdieu, 1990); pero también permea la visión de las autoridades escolares y docentes, quienes hacen una generalización a partir del estigma que existe sobre ellos y los expulsan directamente como una medida de castigo, o indirectamente gracias al

rechazo y la humillación que los adolescentes perciben del trato discriminatorio que reciben.

La población masculina de la mayoría de las colonias de las que provienen los adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México que participaron en esta investigación, tienen un grado promedio de educación bajo que está en el promedio nacional y equivale a 8.7 años, es decir que el promedio de la población masculina de esa colonia estudió hasta segundo de secundaria. Unos más cuentan con grado promedio de educación media, que corresponde al promedio del DF, es decir, 10.5 años o primero de preparatoria. Sólo uno de los adolescentes proviene de una colonia cuyo promedio de educación alcanza la educación superior. (Ver anexo 2, mapa 2.)

La expulsión del ámbito escolar entra en conflicto con las expectativas sociales asociadas a la juventud y las identidades sociales construidas a partir de ellas. A pesar de que la idea de juventud es reconocida desde épocas antiguas (Valenzuela Arce, 2005), la mayoría de las personas que trabajan el tema reconocen como punto de partida para la configuración de las identidades juveniles actuales la construcción de un nuevo sujeto social a partir de la adopción de un modelo educativo obligatorio que clasificó a la población de acuerdo al ciclo escolar.

Desde 1888, la Ley de Instrucción Obligatoria en México designó la edad de 6 a 12 años para recibir la educación primaria y en 1940, la Secretaría de Educación Pública volvió obligatoria la secundaria, fijando ese nivel para las edades de la adolescencia, es decir, de los 13 a los 15 años (Pérez Islas, 2010). Así, una parte de las personas que antes pasaban de manera directa de la infancia al mercado laboral,



ahora tenían un camino trazado para la formación especializada que los preparara para ingresar al trabajo profesional.

Sin embargo, como ya hemos visto en este capítulo, las condiciones sociales, económicas y culturales del grupo social aquí investigado le dificulta cumplir con este modelo. Esto tiene repercusiones simbólicas en el proceso de construcción de una identidad que obtiene las exigencias pero no los beneficios que corresponden al modelo hegemónico. Pero también establece condiciones materiales específicas, ya que la interrupción de la trayectoria formativa se traduce en menos oportunidades de competir en el ámbito laboral formal del mercado internacional, que exige cada vez más especialización.

## **II. Expulsión del ámbito laboral formal**

La función de proveedor, la autonomía económica y el poder adquisitivo, han sido algunos de los elementos pilares de la identidad masculina hegemónica en el capitalismo. La autoestima y el reconocimiento social de los varones dependen en gran parte del éxito que tengan para cumplir con estas características. En ese sentido, el trabajo ha sido observado como una herramienta para la conformación de la identidad masculina pero, además, el ingreso al mercado laboral formal es una de las transiciones más importantes para dejar de ser niños y convertirse en hombres. En el caso de los varones que participaron en esta investigación, esa transición se observa desde lejos con recelo e inseguridad, dadas sus propias condiciones económicas y las modificaciones en el sistema económico mundial.

En este apartado expondré la carga simbólica que ha tenido el trabajo en el proceso de construcción de la masculinidad, reflexionaré sobre las condiciones

laborales neoliberales que exigen modificaciones al modelo hegemónico de masculinidad, principalmente de los jóvenes, y haré visible la dificultad que tienen los sujetos que participan en esta investigación para acceder al mercado laboral formal a partir de su condición de jóvenes varones marginados que, además, están sujetos a un proceso judicial.

La relación entre el espacio público y el espacio privado ha sido central para comprender la lógica de dominación que históricamente ha mantenido a las mujeres aisladas de las actividades que les son permitidas a los varones, y para exigir que los beneficios de la ilustración y de la modernidad sean accesibles también para ellas. La división entre estos ámbitos se ha presentado como una relación de exclusión que no permite la movilidad de sujetos de un espacio a otro, sino que conforma un orden simbólico que mantiene el orden social de las relaciones de género, a partir de una diferenciación jerárquica de los espacios.

Retomando a Mabel Burín, María Lucero Jiménez afirma que la modernidad ha establecido estas divisiones en la familia nuclear, característica del capitalismo. Incorpora el tema de la producción y reconoce esta jerarquización de espacios como un principio ordenador de la división sexual del trabajo: “Masculino y femenino han sido excluyentes y contruidos en relación con una división sexual del trabajo fundada en la separación de la vida social en dos esferas: la pública, de dominio masculino y centrada en la producción, y la privada, centrada en la reproducción y asignada a las mujeres.” (Jiménez y Tena, 2007, pág.101).

Además de la salida del espacio simbólico privado/femenino para apropiarse del espacio público/masculino, otro aspecto relevante del ingreso al mercado laboral para la conformación de la identidad masculina de los jóvenes es la transición de la

niñez a la vida adulta. Las teorías clásicas de la juventud establecían cuatro condiciones necesarias de las transiciones hacia la adultez: independencia económica, autoadministración de los recursos, autonomía personal, constitución de un hogar propio (Pérez Islas, 2010). Otras investigaciones incluyen también el fin de la carrera educativa, el inicio de la primera unión conyugal y el nacimiento del primer hijo (Mancini, 2012).

En el mundo occidental, la adolescencia es una etapa de transición entre la niñez y la etapa adulta. En este periodo, las personas han dejado la infancia pero todavía necesitan atravesar por una serie de pruebas o rituales que les permitan ser consideradas adultas. La masculinidad adulta se tiene que ganar, pero además se debe probar constantemente para poder mantenerla, “es una demostración continua de la distancia, de la lejanía que se tiene que guardar sobre cualquier influencia feminizante.” (Ramírez Rodríguez, 2010, pág. 353).

Esta condición de demostración que tiene la masculinidad, hace que los hombres constantemente reciban exigencias y presiones para mostrar su hombría, es por eso que las pruebas cobran especial importancia en la juventud temprana, cuando el varón todavía se siente con la necesidad de probar que ha dejado de ser niño y está listo para ser un hombre. “La hombría (...) es un estatus que todo hombre debe alcanzar para ganar el título de hombre de bien, respetable, honorable. Se obtiene al ingresar al orden institucional del trabajo y de la familia. Es decir, que un joven se vuelve hombre cuando trabaja y es padre de familia.” (Fuller, 2003, pág. 73).

La construcción de la identidad masculina no acepta puntos intermedios, “El hombre oscila entre el triunfo y el fracaso, un hombre es lo que logra, no tanto lo que es.” (Jiménez y Tena, 2007, pág. 105). El fracaso tiene serios efectos en la

estabilidad emocional, la seguridad y la autoestima de los varones que no logran cumplir con estos mandatos del orden de género. La culpa, la inseguridad, el miedo al fracaso (Seidler, 2008), la desesperanza, las tensiones y “un sentimiento masculino de ineptitud” (Flood, 2008, pág. 168), son las emociones que reflejan la reacción a la incapacidad de cumplir con la estructura incorporada y, en muchas ocasiones, se traduce en el ejercicio de la violencia –hacia otros y hacia sí mismo– como una manera de aliviar la frustración.

Las condiciones laborales del mercado internacional neoliberal presentan retos importantes para el orden de género. En épocas recientes hemos presenciado la flexibilización, precarización y feminización del trabajo, los índices de desempleo juvenil alcanzan cifras alarmantes y cada vez más personas son desplazadas a la informalidad. Todos estos elementos tienen consecuencias en la identidad masculina de los jóvenes que, además, se ven bombardeados por una exigencia de consumo de lo que Connell llama “modelos de masculinidad integrados a las instituciones y culturas del imperialismo y el capitalismo global” (Connell, 2006, pág. 192).

La precarización laboral se ve reflejada en las formas de contratación por honorarios que imposibilitan la estabilidad económica, la pérdida de prestaciones, servicios de salud y otros derechos laborales ganados por las luchas obreras del pasado. La competencia por el trabajo ha traído consigo lo que los sindicatos han llamado “la carrera hacia abajo” (Solórzano, 2012, pág. 34) una competencia entre trabajadores y trabajadoras de todo el mundo por ver quién acepta las peores condiciones de trabajo y los salarios más bajos. La incorporación de las mujeres al mercado laboral en empleos precarios, temporales e informales también contribuyó a acelerar la carrera.

Las mujeres fueron sustituyendo a los hombres en los puestos de trabajo de baja calificación, y así “se produjo el fenómeno de que mientras subía la tasa de participación global de las mujeres en el empleo, la de los hombres disminuía.” (Standing, 1999 citada por Gómez Solórzano, 2012). La identidad masculina tradicional se vio retada y tuvo que asimilar nuevas realidades como la necesidad de compartir con otros miembros de la familia la función de proveer, la posibilidad de que las mujeres o los hijos fueran los principales proveedores, o de depender totalmente del ingreso de otros y otras para su propia subsistencia mientras se mantuviera desempleado. Estas condiciones laborales afectan a la juventud de manera particular:

Como “sector laboral” los jóvenes (junto con los niños, las mujeres y los diversos grupos étnicos de todo el planeta) se han vuelto las nuevas víctimas del capitalismo salvaje: del capitalismo de los salarios o ingresos más bajos, de los riesgos y de las condiciones laborales más regrógradas, de la trata –interna e internacional- de personas, y en la medida en que se ilegalizan sus actividades, de la criminalidad en todas sus expresiones. Los jóvenes entran así en el mundo de la precariedad laboral y, por consiguiente, de la vida precaria, de riesgo, de incertidumbre y, finalmente como reacción, de desafío y rebeldía (Gómez Solórzano, 2012, pág. 32).

Como ya mencioné antes, el Informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre las Tendencias Mundiales del Empleo Juvenil 2013 (OIT, 2013), revela que la población juvenil se encuentra ocupando empleos para los cuales está sobreeducada. También calcula que en 2013, hubo 73 millones de jóvenes sin empleo en el mundo, tanto en las economías en desarrollo como en las

desarrolladas. En las primeras, dos tercios de la población juvenil están desempleados, trabajan en empleos ocasionales o no forman parte de la fuerza productiva ni están en la escuela. En los países desarrollados, después del 2008, la tasa de desempleo juvenil aumentó hasta un 24.9%.

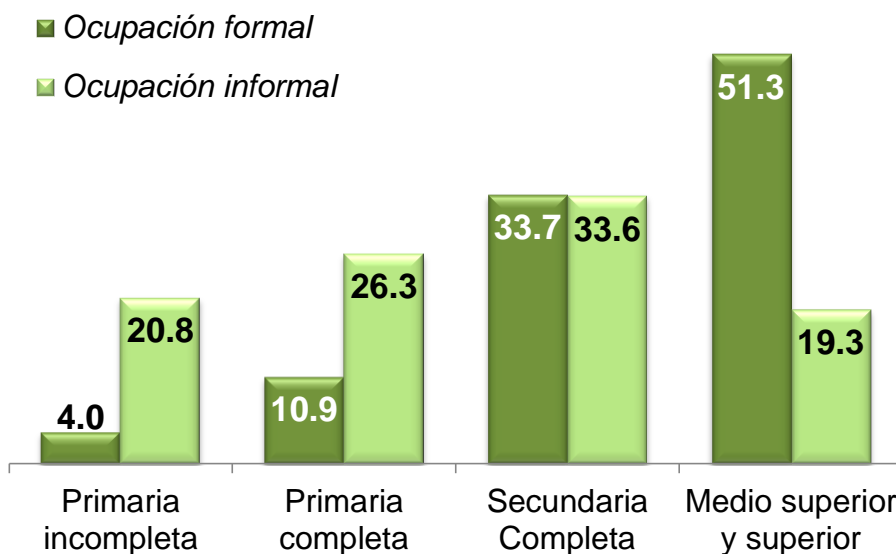
En julio de 2012, el índice de desempleo en México llegó al 5.12%. Resultó alarmante, tanto para la academia como para los medios de comunicación, que el porcentaje más amplio se ubicara en el sector de la población con educación media superior y superior (38%)<sup>11</sup>. Sin embargo, quienes tenían estudios completos de secundaria significaron el 36.5% y los que sólo estudiaron primaria el 25.5%, es decir que el 62% de la población desempleada en el país ha estudiado hasta la secundaria o menos.

Además debemos tomar en cuenta que la mayoría de estos últimos están empleados en la infomalidad o en empleos ocasionales precarizados, como se puede observar en la tabla que aparece a continuación, donde se observa el contraste entre el porcentaje de población ocupada en México de manera formal e informal de acuerdo con su nivel de escolaridad. La Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2013 (INEGI, 2013) revela que a menor nivel de preparación escolar existe mayor informalidad laboral. La misma encuesta muestra que, en el grupo de 14 a 24 años de edad, es mayor el nivel de ocupación informal (22.5%) que el de ocupación formal (13.6%).

---

<sup>11</sup><http://www.cnnexpansion.com/economia/2013/08/22/desempleo-universitario-toca-record>

## OCUPACIÓN INFORMAL POR NIVEL DE INSTRUCCIÓN



Fuente: INEGI, Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2013.

Aunque la educación superior no asegura el empleo, las personas que acceden a esos niveles tienen más probabilidades de obtener trabajos formales que quienes no completan la educación básica.

Al menos desde las percepciones sociales, lo que antes fungía como puente o trampolín hacia un estado mayor de bienestar hoy actúa simplemente como amortiguación, como una especie de paracaídas que puede llegar a hacer más suave la caída pero que de ninguna manera la impide. Es el fenómeno que en ciencias de la educación se conoce como “el efecto fila” donde la educación ya no generaría tantas posibilidades de ascender automáticamente en el trabajo pero que, al menos, coloca en primera fila a los buscadores de empleo (Mancini, 2012, pág. 133).

Las condiciones de vulnerabilidad de las juventudes y la falla de las instituciones tradicionalmente encargadas de asegurar la movilidad social, como la escuela y el mercado laboral, contribuyen a que los jóvenes varones marginados tengan la percepción de que los ámbitos legales de empleo y socialización requieren mucho sacrificio y no aseguran una mejoría para sus condiciones de vida. Rossana Reguillo sostiene que estas condiciones son el contexto perfecto para que las organizaciones criminales se conviertan en instancias receptoras de los jóvenes excluidos del ámbito laboral y escolar:

Mucho más allá del consumo [de drogas], la situación del país –el quiebre de la institucionalidad, el crecimiento de la impunidad, el aumento de la pobreza y la exclusión- resultaría en un caldo de cultivo harto propicio para que las estructuras del narco comenzaran un trabajo tan callado como eficaz en el reclutamiento de un ejército de jóvenes desencantados, empobrecidos y en búsqueda de reconocimiento (Reguillo, 2010, pág. 405).

Los jóvenes varones marginados resultan gravemente afectados por todas las condiciones de violencia estructural que he descrito en este apartado. Su propia condición de marginalidad, el lugar de origen, la criminalización y el estigma que reciben por el proceso jurídico que atraviesan, son factores que los ponen en una situación de vulnerabilidad que se suma a la ya de por sí dura condición juvenil. La mayoría de los adolescentes que participaron en el taller proviene de colonias donde el porcentaje de desocupación masculina supera la media nacional (5.12% en julio de 2013) (Ver anexo 2, mapa 3).

Llama la atención que la mayor excepción sea la delegación Cuauhtémoc, sobre todo en el área de la colonia Doctores, la Obrera y los alrededores del centro



histórico como las colonias Peralvillo y Morelos. Estos espacios han sido históricamente relacionados con la delincuencia, la inseguridad, la piratería y el comercio informal. Los adolescentes que habitan estas zonas ven afectadas sus posibilidades de acceder al empleo formal a causa de lo que Rodrigo Arim denomina “efecto territorio”, un fenómeno independiente de las personas que las imposibilita de acceder a buenos puestos de trabajo a causa de las zonas donde habitan, “la pobreza polariza la ciudad y esa polarización desencadena fenómenos de exclusión que se expresan en el mercado de trabajo” (Arim citado por Ziccardi, 2008, pág. 18).

La dificultad de acceder al mercado laboral se vuelve más radical después de haber pasado por un proceso judicial por varias razones. En primer lugar, los adolescentes son rechazados de los empleos cuando los empleadores, vecinos o conocidos saben que han estado detenidos. Aunque a diferencia de los adultos, los adolescentes en conflicto con la ley de México no acumulan antecedentes penales, es inevitable que sus círculos sociales cercanos se enteren del proceso. Esto es problemático sobre todo cuando son estas redes sociales las principales fuentes de empleo.

Además, varios de los adolescentes comentaron que cuando se enteran de que son de colonias marginadas, las personas esperan que sean violentos, agresivos e irresponsables y por lo tanto no les dan trabajo. Dicen que no les tienen confianza y que cuando han querido dejar de robar, nadie los quiere contratar porque saben que han estado asaltando o consumiendo drogas. En otros casos, la tendencia a ponerse en situaciones de riesgo y las discriminación que sufren por parte de los compañeros de trabajo, generaron conflictos que les hicieron perder sus empleos.

Ser menores de edad y tener que cumplir con la medida legal eran algunas de las trabas que más limitaban sus posibilidades de ser contrados en empleos estables o formales. En el primer caso porque la mayoría de los trabajos exigen que los solicitantes tengan más de 18 años, y en el segundo porque las actividades a las que tenían que asistir para cumplir con la medida legal les dificultaban mantener un trabajo con horarios fijos.

Una buena parte de los adolescentes trabajaba con familiares en empleos temporales u ocasionales: ayudaban en puestos de comida o de ropa, en talleres mecánicos, vendían dulces en el transporte público, eran choferes de carga o de microbus. En otros casos, aceptaban trabajos de riesgo pero que les permitía ganar bien, por ejemplo uno de ellos tuvo que dejar de trabajar con su abuelo en un taller de hojalatería y pintura después de ser detenido, porque las actividades asignadas por el juez ya no le permitían cumplir con el horario de trabajo. Consiguió un empleo por las noches en un lugar donde hacían peleas de gallos, su función era recoger las apuestas y llegaba a ganar \$1,400 a la semana por trabajar cuatro días.

Las dificultades para acceder al trabajo formal estable tienen fuertes impactos en la conformación de una identidad masculina que tradicionalmente se encuentra ligada a la capacidad de ser (o llegar a ser) el principal proveedor o de tener autonomía económica. Habría que preguntarse en este contexto, qué efectos tiene para los jóvenes el reciente cambio cultural en los roles de género, que ha implicado la eliminación del papel masculino como único proveedor, en una cultura que rechaza simbólicamente la vida privada.

Mi intención principal en este apartado era reflexionar sobre el trabajo como institución social conformadora de discursos sociales e identidades masculinas, sin

embargo no quisiera cerrarlo sin mencionar que la capacidad de consumo ha adquirido una importancia similar al trabajo para la obtención de estatus social. Este tema será abordado con mayor profundidad en el siguiente capítulo, sin embargo, en este momento es importante mencionar que la mercadotecnia y los medios globales de comunicación generan exigencias de consumo, imposibles de cumplir por vías legales para quienes no han logrado insertarse en el mercado laboral formal, ya sea por sus condiciones económicas o porque su actividad principal debido a su edad es la educación.

De esta manera observamos que la relación que establecen los jóvenes varones marginados con el ámbito laboral está llena de tensiones. Por un lado, la inserción en este ámbito se dificulta para estos jóvenes a raíz de la criminalización que existe entorno a ellos, las condiciones económicas globales y las reformas neoliberales que dificultan la estabilidad laboral. Pero por otro lado, estas mismas condiciones generan que el trabajo formal sea observado con recelo por los jóvenes varones marginados, quienes dudan de la capacidad que éste pueda tener para brindarles las condiciones de vida que ellos desean y que el sistema global les exige.

Las fallas de las instituciones escolares y del mercado laboral para asegurar la movilidad social, han tenido repercusiones en las trayectorias de vida de los jóvenes, quienes ven el futuro como algo incierto. Los nuevos escenarios económicos dificultan las transiciones necesarias para acceder a la vida adulta, alargan los periodos de juventud y exigen nuevas trayectoras laborales para los jóvenes. Todo este panorama ha sido aprovechado por las organizaciones criminales, para ofrecer

a los jóvenes formas ilegales de cumplir con las exigencias de las estructuras de género y del sistema económico global.

### **III. Los pagadores. Criminalización de los jóvenes varones marginados**

Aunque con los datos de esta investigación no es posible conocer con certeza la cantidad de adolescentes detenidos arbitrariamente en la Ciudad de México, sí se puede observar el contexto económico, social y cultural que justifica este tipo de detenciones (Ver anexo 1). Con ese objetivo, en este apartado sostengo que la imagen colectiva que existe sobre aquellos sujetos considerados delincuentes, está ligada a los discursos sobre la masculinidad relacionada con la violencia, a la edad y a la condición de marginalidad. Esta idea construida socialmente criminaliza y justifica la represión contra los jóvenes varones marginados.

Para desarrollar mis argumentos analizaré los trabajos teóricos que describen los procesos de construcción de sujetos sociales considerados peligrosos, que concentran los miedos sociales y cuyas detenciones sirven como medios para brindar la sensación de seguridad entre las poblaciones. Estos discursos oficiales generan aparatos institucionales-físicos y subjetivos- que establecen las formas de trabajar, atender y tratar a los sujetos que entran en dichas categorías y a la vez que los criminalizan, limitan y condicionan las posibilidades de comprenderse a sí mismos de otra manera y de concebirse como sujetos de derecho, a causa de su conducta fuera de la ley.

Las condiciones estructurales que describí en el apartado anterior, demuestran que las modificaciones en las funciones del Estado del modelo

neoliberal, dejan desprotegidos a los sectores más vulnerables de la sociedad y se suman a la incapacidad que presentan los Estados-nación para resolver nuevos problemas globales, como la devastación ambiental y el cambio climático “porque actúan en nombre de sus intereses propios o de los grupos de votantes. Sin embargo esto hace que los ciudadanos los vean como débiles e inviables” (Castells, 1997, pág. 295).

Los gobiernos neoliberales, como han hecho otros gobiernos en épocas de crisis de credibilidad, han formulado políticas de seguridad de mano dura como parte de la estrategia para recuperar la autoridad perdida junto con la soberanía. Lejos de resolver los problemas sociales los criminalizan y separan en guettos a los grupos considerados residuales, porque representan un amenaza a la seguridad (Bauman, 2005). La separación no es sólo física sino también simbólica, se construye una imagen social de sujetos peligrosos que concentran los miedos, la responsabilidad de los problemas sociales y cuya eliminación aparentaría la solución de los mismos.

Boaventura de Sousa Santos asegura que el proceso de colonización estableció líneas abismales de distinción entre lo civilizado y lo natural. Las líneas son tanto cartográficas como epistemológicas, todo lo que estuviera del lado de lo natural era incomprensible, incivilizado y subhumano. Sostiene que esta división se ha mantenido hasta la actualidad y es posible observarla en la inequidad social. Describe la separación de la que habla Bauman, como un proceso de apartheid social:

[El fascismo del apartheid social] se refiere a la segregación social de los excluidos a través de una cartografía urbana que diferencia entre zonas “salvajes” y “civilizadas”. Las zonas urbanas salvajes son las zonas del estado de naturaleza de Hobbes, las zonas de guerra civil

interna como en muchas megaciudades a lo largo del sur global. Las zonas civilizadas son las zonas del contrato social que se ven a sí mismas más y más amenazadas por las zonas salvajes. Con el objetivo de defenderse, se convierten en castillos neofeudales, enclaves fortificados que son característicos de las nuevas formas de segregación urbana (Sousa Santos, 2009, pág. 45).

Se establece entonces una línea que divide la realidad social y los espacios urbanos en dos universos: el de los sujetos peligrosos y el del resto de la sociedad. La imagen colectiva del sujeto social peligroso urbano es casi siempre la del hombre joven que habita en las zonas marginadas. Éstos son percibidos como individuos salvajes que actúan de maneras incomprensibles e irracionales, casi totalmente manipulados por la biología masculina, exaltada a causa de las hormonas de la edad. Los aparatos institucionales buscan controlarlos y generar clasificaciones negativas que justifiquen las acciones violentas en su contra, tal como afirma Bauman: “tiende verse a los delincuentes como «intrínsecamente malvados»; «no son como nosotros»” (Bauman, 2005, pág. 114).

Ian Hacking, en el apartado sobre enfermedades mentales de su libro *“The social construction of what?”* (Hacking, 1999), aclara que el proceso de clasificación de los grupos sociales no se hace sólo a partir de lo que los individuos comprenden conciente o inconcientemente, sino que sucede también en las instituciones y los objetos destinados para cada categoría. Le preocupan sobre todo las clasificaciones que, al aplicarse en las instituciones, cambian las formas en las que las personas experimentan su propia existencia y modifican sus conductas, a causa del efecto que tiene sobre el grupo la clasificación que se ha hecho de él.

Hacking también aclara, en otro de sus trabajos, que el proceso de elaboración de categorías constituye una ontología histórica a partir de la cual las instituciones establecen y delimitan las posibilidades de existencia de los grupos sociales que entran en las categorías establecidas: “La ontología histórica se refiere a las formas en las que las posibilidades de elección, de ser, emergen en la historia” (Historical Ontology, 2002, pág. 23 La traducción es mía). Los procesos históricos de marginación y criminalización que rodean a las personas, delimitan las posibilidades de formación de identidades, así como de experiencias comunitarias e individuales.

Los barrios marginados, los guettos y las periferias, están permeados por estas visiones de su propia realidad, pero las condiciones reales de incertidumbre y precariedad, resultados del abandono estatal, también juegan un papel importante en la construcción de identidades en esos espacios y establecen una relación antagónica con los representantes del Estado, sobre todo de los de seguridad pública.

En un contexto de deterioro institucional, falta de credibilidad política y desconfianza en la aplicación de la ley, los barrios funcionan como espacios de significación “paralegales”. Según Rosana Reguillo, “no es un orden ilegal lo que ahí se genera, sino un orden paralelo que construye sus propios códigos, normas y rituales. Al ignorar olímpicamente las instituciones y el contraro social, la paralegalidad se constituye en un desafío mayor que la ilegalidad.” (Reguillo, 2010, pág. 408).

En estos espacios, según las narraciones de los adolescentes, los policías son los malos y los ladrones los buenos. En el imaginario de los adolescentes, los agentes de seguridad pública y los políticos no solucionan los problemas, son el

problema; son una amenaza para su seguridad y para la tranquilidad del espacio, mientras que los grupos delictivos brindan respaldo, protección, prestigio y respeto. En los grupos de discusión donde el tema central era la violencia comunitaria, los adolescentes dijeron que la delincuencia se explicaba por las facilidades que ofrece el espacio sin servicios, gracias a las deficiencias de las autoridades y que las injusticias se deben a los abusos de poder.

A veces cuando se inunda, la gente tiene que rodear y tienen que pasar por donde están los que asaltan.

Mi conclusión sería que hubiera más vigilancia pero con policías más honestos, que no sean corruptos.

Que a los adolescentes y las personas se les ofrezcan trabajos, para que ya no sigan asaltando y secuestrando.

Que en las esquinas hubiera más policías, más vigilancia, para que hubiera menos asaltos y venta de drogas. Hace falta luz, drenaje y mucha vigilancia. Donde hay asaltos es en las partes donde hay menos luz.

Por mi colonia hay una barranca que no tiene luz y por las noches hay muchos chavos que se la pasan ahí. [Los policías] les dan facilidades para poderlo hacer.

Muchos dicen que [para acabar con la delincuencia] hay que empezar desde abajo, yo digo que hay que empezar desde arriba. Hay que sacar a todo este gobierno de basura que tenemos y poner gente decente. A la mejor no todos somos decentes, por algo estamos aquí, pero yo creo que si cambiamos a las personas más corruptas, el país sería un poquito mejor.

Necesitamos un gobierno honesto que sepa manejar esto de la delincuencia



La habitabilidad es un concepto utilizado para describir las condiciones de bienestar, infraestructura y seguridad en las zonas urbanas; José Manuel Valenzuela invierte el concepto y propone el de inhabitabilidad para describir las condiciones de vida en las zonas que han atravesado por procesos históricos de violencia o de marginación:

La ruptura de la habitabilidad, por tanto, alude a un sentimiento generalizado de temor, sobresalto, desconfianza, intolerancia y agresión. Situación más o menos constante para muchos jóvenes de las colonias populares que viven situaciones cuasipermanentes de sobresalto frente a las redadas o las razzias. La inhabitabilidad implica la ruptura de la cotidianeidad, donde el temor se convierte en compañero habitual en la calle, el camión, los espacios abiertos, las playas, los restaurantes e, incluso, las casas particulares (Valenzuela Arce, 1997, pág. 43).

Los resultados de este proceso histórico de criminalización hacia los jóvenes varones marginados están presentes en los medios de comunicación, las autoridades escolares, el sistema de justicia, los elementos de seguridad pública y la población en general. Justifican las detenciones arbitrarias y el uso excesivo de la fuerza, pero también se encuentran incorporados en los discursos de los propios adolescentes y sus familias. En las sesiones de sensibilización, cuando les pedí que hicieran una lista con las características que consideraban parte de la personalidad de los hombres, los grupos definieron la identidad masculina a partir de categorías como rateros, drogadictos, borrachos, viciosos y peleoneros.

La criminalización jurídica y social del consumo de drogas o alcohol, es una razón por la que los adolescentes son detenidos con frecuencia. En uno de los casos, un joven dijo que lo detuvieron cuando estaba sentado en la banquetta

'moneando'<sup>12</sup> y que por eso, cuando la policía se acercó, corrió pensando que estaba cometiendo un delito. Después se enteró de que se había utilizado la fuga como una prueba de su culpabilidad en el asalto a un camión repartidor de gas. Otros comentaron que los policías saben a dónde van a comprar las drogas y cuando los ven cerca del lugar los detienen para revisarlos, pero no hacen nada contra las personas que las venden.

Iba saliendo de una vecindad en Tepito y me vio un policía. Dijo que me veía sospechoso, me revisó y me encontraron la marihuana. Y así me detuvieron.

Los propios policías están unidos con los que venden la droga, hasta saben a quién atorar y a quién no. Con sólo ver el hecho de salir de una colonia, te agarran y te meten lo que quieren ellos.

Muchas de las familias se mostraron indignadas y molestas por las detenciones arbitrarias. Algunas buscaron recursos legales para denunciarlas, otras simplemente no tenían los recursos para hacerlo. Sin embargo, en algunos casos, los adolescentes y sus familias no denunciaron los abusos porque no se consideran sujetos de derecho, debido a sus condiciones de marginalidad o a que consumen drogas o alcohol con frecuencia. Se culpan a sí mismos y asumen la responsabilidad de su detención, como muestran los siguientes testimonios:

Cuando estaba detenido le dije a mi mamá que me sacara de ese lugar, pero mi mamá me dijo que no iba a estar conmigo y que no me iba a apoyar porque me dijo: “*eso te pasa por estar drogándote en la calle*”.

Cuando me detuvieron no lo esperaba, puesto que me iba a ir de fiesta saliendo de la escuela. Fue en ese momento cuando los policías me interceptan y me revisan. Cuando encontraron la marihuana y me llevaron, me sentí triste, pues me habían quitado mi libertad. Allá adentro, mientras empezaba mi proceso, estaba triste, decepcionado, no lo podía

---

<sup>12</sup> Consumiendo solvente

creer. Y un gran dolor que es al ver a tu padre ahí, dando la cara *por algo que yo me gané*.

“Pagador” es el término con el que se conoce en la ‘cana’<sup>13</sup> a las personas que fueron detenidas sin haber cometido un delito. Casi siempre sucede cuando los policías consideran a alguien sospechoso por encajar en la imagen colectiva de sujeto peligroso. Pagan con su libertad las culpas sociales, los estigmas y la criminalización que se hace sobre otros sujetos que lucen como ellos y comparten las categorías que se han construido sobre sus condiciones de vida. El simple hecho de ser un joven varón marginado y estar en la calle de algún barrio pobre te hace sospechoso y corres el riesgo de ser detenido. Los adolescentes han llegado a normalizar esta situación:

Luego los de las patrullas ya no les hacen nada a los chavos, nada más les dan unas vueltas y los dejan. Como que se acostumbran a ir por ellos, como si fuera una rutina. Nada más los suben, les dan una vuelta, les quitan el dinero y ya, los sueltan.

Unos días después de mi ingreso a la CEAA, uno de mis compañeros de trabajo me explicó que los “pagadores” son los que “sólo iban pasando por ahí” y los detuvieron, pero creía que eran pocos y que se debía a la manera en la que se vestían. Dijo que un tiempo fueron los rockeros de pelo largo, después los chavos banda y que ahora los estigmas caen sobre los reggaetoneros que usan peinado de casco (rapado de la punta de las orejas para abajo, pero largo y parado de arriba), ropa y calzado de la marca *Ed Hardy*. Me contó que él aconseja a los chicos que no

---

<sup>13</sup> Cárcel

se vistan así, si no quieren que los detengan. Los adolescentes también perciben la discriminación que sufren por su aspecto.

El reggaetón no es tan malo como creen, le han creado mala fama. No porque escuchemos eso discriminamos a las mujeres. O no por vestirnos así y escuchar esa música, o por el estilo y el corte de pelo nos detengan y nos hagan una revisión los puercos, nada más por los errores que han cometido otras personas.

-¿Qué harías para combatir la delincuencia?-

Pues agarrar a los delincuentes, porque a veces los policías pues, luego va pasando uno y por la forma en que viste uno o como lo ven, dicen: no pues tú fuiste. No deberíamos juzgar a la gente por su personalidad o su apariencia.

La carga negativa del proceso de identificación y de asignación de significados hacia los sujetos marginados, se determina a partir del modelo hegemónico considerado positivo. Sin embargo, los testimonios de los adolescentes muestran que el acto de retar a las instituciones y el ejercicio de la delincuencia en un modelo económico, político y social desgastado, cuya credibilidad es cuestionada y donde la protesta masculina es utilizada como un medio para acceder al poder del patriarcado, terminan siendo elementos de reconocimiento social que otorgan prestigio entre los sujetos que se desenvuelven en el entorno criminalizado:

Tu vida es distinta ya cuando sales [del proceso judicial de internamiento], a veces porque la gente te ve diferente y piensa que por haber estado ahí ya eres peor, o no sé. A veces tus amigos, algunos piensan que está padre o no sé, quisieran estar ahí, pero ya cuando vives eso, ya ves que es diferente.

Hay muchos que roban por sentirse Superman, asociados o acoplados entre sus amigos. Por tener la mejor ropa, el mejor carro, porque quieren lo mejor para su novia.

Mis amigos, cuando supieron que iba a salir, decían que iba a salir bien parado de culo<sup>14</sup>.

En varias de las colonias se ve cómo las distintas bandas que se juntan en las esquinas se pelean con los de otras colonias para ganarse su respeto. También algunos sólo se dedican a robar o a vender droga, por lo que a mucha gente luego les da miedo pasar por donde están ellos. Pero a veces los niños más chicos los ven como sus ídolos y quisieran ser igual que ellos.

En este capítulo hemos observado que las políticas de estandarización generadas desde el Estado, niegan y ocultan las diferencias biológicas, sociales y económicas al interior de las categorías construidas (Leigh Star, 1991). Tal es el caso de la construcción de la condición juvenil y de la masculinidad que establece modelos hegemónicos. Sin embargo, las políticas educativas nacionales han estandarizado las edades que se reconocen como infancia, adolescencia y juventud, y les han asignado obligaciones y expectativas de vida, diferenciadas en base al género, que no todos los jóvenes tienen posibilidades de cumplir.

La mayoría de las intervenciones con población en contextos de violencia, tanto gubernamentales como de la sociedad civil, se basan en conceptos como la autoestima o la resiliencia y ofrecen como causa de la delincuencia lo que en realidad son consecuencias de la desigualdad social: el consumo de drogas o alcohol, la desintegración familiar o los problemas psicológicos de los adolescentes. Todas estas posturas ubican a la delincuencia juvenil en un nivel individual, responsabilizan a los sujetos de su propio éxito o fracaso en la vida, e invisibilizan la dimensión estructural de desigualdad y criminalización de la pobreza, que convierte a los jóvenes varones marginados en sujetos vulnerables a involucrarse en actos

---

<sup>14</sup> Engreído

delictivos. En el siguiente capítulo describiré cómo el ejercicio de la delincuencia juvenil está relacionada con la performatividad de la identidad masculina relacionada con la violencia. Esto implica que lejos de estar en el terreno individual, la violencia social ejercida por los adolescentes en conflicto con la ley es un acto social atravesado por códigos culturales de masculinidad.

### Capítulo III. “Por sentirme valiente empecé a robar”

Performatividad de la identidad masculina relacionada con la violencia

*Esperaba este recibimiento –dijo el demonio-. Todos los hombres odian a los desdichados; ¡cuánto, entonces, debo de ser odiado yo, que soy mucho más miserable que criatura viva alguna! Incluso tú, mi creador, me detestas y me insultas, a mí, tu criatura, a la cual estás ligado por lazos que sólo la aniquilación de uno de nosotros puede destruir.*

Frankenstein, Mary Shelley

*Si me pongo mis Jordan me veo bien, si me pongo mi GoGa me veo bien, si me visto Ed Hardy me veo bien. Somos corregendos y andamos al cien.*  
La correccional, El Habano<sup>15</sup>

La novela de Mary Shelly, Frankenstein, describe a una criatura cuyas acciones criminales y malévolas no son producto de su naturaleza, sino de experiencias específicas que le hicieron sentirse rechazado y que le impidieron convivir en sociedad, como lo hacían los otros. Producto de la ambición de su creador, es después negado, temido y perseguido por él cuando éste vio afectados sus propios intereses.

Como al monstruo de Frankenstein, la sociedad, el Estado y el sistema económico rechazan al producto de una construcción, un ser que por su aspecto y condición es comprendido como alguien temible y peligroso. Este rechazo le dificulta la posibilidad de comprenderse, actuar y relacionarse de otra forma que no sea la que se espera de él, así como la capacidad de quienes lo rodean para entender sus actos separados del prejuicio que sobre él recae. El sistema busca la aniquilación de la amenaza, mientras que la única manera de eliminarla es aniquilando las condiciones del sistema que generan la desigualdad que le dan origen.

---

<sup>15</sup>[https://www.youtube.com/watch?v=EBv0M94M\\_0U](https://www.youtube.com/watch?v=EBv0M94M_0U)

En este capítulo, revisaremos los productos de la exclusión que se presentan como elementos de un performance en la actuación social de los jóvenes varones marginados y el entorno en el que se desenvuelven. En otros momentos, estos productos han sido considerados causas en lugar de consecuencias y se han utilizado como elementos para la criminalización; sin embargo, en las siguientes páginas presentaré algunas reflexiones teóricas que, vinculadas a los testimonios de los adolescentes, muestran que los espacios, cuerpos y acciones criminalizadas, son el resultado de un entramado de significaciones relacionadas con la valentía, la fuerza, el reconocimiento, el poder y la violencia. Todos ellos son códigos culturales de masculinidad que los jóvenes varones marginados utilizan para obtener reconocimiento, abandonar la infancia y ubicarse en la jerarquía masculina.

En los siguientes 3 apartados me enfocaré en describir, en primer lugar, el acto performativo que involucra el ejercicio de la violencia social en forma de delincuencia y que se vincula con la condición de marginación en la que se construyen las identidades de los adolescentes en conflicto con la ley. Observaremos la presencia de una dimensión normativa del orden de género que indica el sentido del acto, en este caso el acto delictivo o las conductas de riesgo que pueden orientar a los jóvenes a la delincuencia. En segundo lugar describiré cómo la construcción de una identidad negativa relacionada con los discursos de estigma y criminalización, orienta la construcción del escenario en el que se desenvuelve la acción, es decir, el barrio, así como en el cuerpo de los actores, tema que abordaré en el apartado final.



## I. **El acto performativo. Las prácticas masculinas en la delincuencia juvenil**

La dimensión normativa del orden de género es la encargada de establecer prescripciones y prohibiciones de acuerdo al lugar que se ocupe en las relaciones de género. Éstas pueden ser sancionadas o premiadas socialmente y, según Scott, “manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos. Esos conceptos [normativos] se expresan en doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas, que afirman categóricamente y unívocamente el significado de varón y mujer, masculino y femenino.” (Scott, 1996 pág.23). De acuerdo con José Olavarría, en el caso de los varones el cumplimiento de dichas prescripciones y prohibiciones asegura la pertenencia del sujeto al mundo masculino; por otro lado, salirse de la norma puede significar el rechazo tanto de los otros varones como de las mujeres (Olavarría, 2006).

La existencia de una normativa del orden de género demuestra que los actos que los sujetos ponen en escena para cumplir con las normas, están envueltos en una red de significados sociales y relaciones de poder que van más allá del sujeto y que le anteceden en la vida social. “Sin duda, existen maneras matizadas e individuales de hacer su propio género, pero que uno lo haga, y que uno lo haga de acuerdo con ciertas sanciones y prescripciones, no es, claramente, un asunto plenamente individual.”(Butler, 1998, pág. 306).

Butler propone que las operaciones políticas que construyen a los “sujetos jurídicos” (Butler, 2007, págs. 47-48) a través de la estructuración de las mismas, van naturalizando estos actos hasta que son capaces de generar sujetos. Es decir,

que no son los actos repetidos los que naturalizan una conducta, si no que las normativas de género establecen lineamientos que son naturalizados socialmente para ser seguidos por los sujetos quienes, al seguirlos, se construyen y comprenden a sí mismos.

Así, dentro del discurso legado por la metafísica de la sustancia, el género resulta ser performativo, es decir, que conforma a la identidad que se supone que es. En ese sentido, el género es siempre un hacer, aunque no un hacer por parte de un sujeto que se pueda considerar preexistente a la acción. (...) no existe una identidad de género detrás de las expresiones de género; esa identidad se construye performativamente por las mismas «expresiones» que, al parecer, son resultado de esta (Butler, 2007, pág. 85).

La juventud es una etapa particularmente importante para los varones, ya que deben atravesar por una serie de pruebas que les permitan el ingreso a la vida adulta y 'hacerse hombres'. Norma Fuller entiende a la adolescencia como una etapa liminal -en términos de Víctor Turner- en la que los jóvenes todavía no cuentan con los atributos necesarios para ser reconocidos como hombres, pero ya no son niños. En esta liminalidad, "la masculinidad se define como un status a lograr y ciertas cualidades a desarrollar por medio de pruebas y del modelamiento de la sensibilidad de los niños formados por la madre, es decir domésticos, para convertirse en hombres." (Fuller, 2003, pág. 73).

La masculinidad no se obtiene de manera directa sino que se tiene que ganar y probar constantemente. Los hombres reciben exigencias y presiones para mostrar su hombría, Olavarría asegura que, en respuesta, pueden llegar a justificar algunas prácticas que son contradictorias con sus propios valores morales de buena

conducta, bajo los argumentos de la responsabilidad o el honor. Durante la etapa de la juventud, esta contradicción se presenta de manera más frecuente.

La adolescencia es quizá una de las etapas de la vida de los varones en la que las encrucijadas se presentan con más fuerza, porque es el periodo de las pruebas iniciáticas que les permiten el paso a la adultez. Los mandatos de la masculinidad dominante/hegemónica comienzan a encarnar conscientemente y los impelen a probarse frente a ellos mismos y frente a otros/as.

Ésta es una de las etapas de la vida de los varones en la que se justifica una serie de comportamientos violentos como prácticas responsables (Olavarría, 2006, pág. 124).

Como vimos en el capítulo 1, según Connell, aquellos varones que por su condición de clase se ven marginados del poder del patriarcado, generan una respuesta que se manifiesta en actos performativos que exaltan las características de la masculinidad a las que sí tienen acceso y que generalmente se relacionan con la violencia contra sí mismos, contra otros hombres y contra las mujeres. La propuesta de R.W. Connell coincide con la de Judith Butler cuando afirma que esta puesta en escena de la normativa del orden de género no es algo individual, sino social. Sin embargo, la frustración y la impotencia de no poder cumplir con los mandatos de la masculinidad, sí tienen efectos a nivel individual y en la construcción de la identidad.

La diferencia es que se trata de una práctica colectiva, no de algo que está dentro de una persona. [en las pandillas callejeras de clase obrera] no parece existir ningún patrón de desarrollo igual, excepto, claro, el nivel de tensión ocasionado por la pobreza y un medio violento. A través de la interacción con este contexto, el niño

que aprende a mostrar una fachada tensa, extraña, reclamando un poder en donde es evidente que no hay recursos reales para obtenerlo.

Estos jóvenes tienen una gran preocupación por mantener dicha fachada, gastan muchas energías en exhibir cierto aspecto. (Connell, 2003, pág. 160).

Los jóvenes varones marginados de la Ciudad de México hacen enormes esfuerzos para mantener la fachada, pero además toman grandes riesgos. La conciencia de los riesgos es lo que le da valor al acto, si no fueran conscientes de los beneficios que pueden obtener y del capital simbólico que implica asumirlo -como aseguran algunos estudios y discursos oficiales sobre la juventud-, no tendría sentido arriesgar la vida y la libertad. Como discutimos en el primer capítulo con la propuesta de Segato (2004), este acto es dirigido en dos vías, una hacia la víctima y la otra hacia el grupo de pares quien es el encargado de evaluar y premiar con capital simbólico a quien ejecuta la violencia.

En los testimonios y los debates que se presentaron entre los adolescentes en conflicto con la ley que participaron en esta investigación, las pruebas masculinas que más preocupaban a los jóvenes eran los relacionados con tener dinero para ellos o para aportar a la familia, la capacidad de proteger, la fortaleza física y emocional, el respeto del grupo de pares y el ejercicio de la violencia.

El trabajo no significa lo mismo para las nuevas generaciones, no tiene la misma valorización que le daban sus padres o abuelos, sin embargo, sigue siendo relevante en términos de independencia. Los jóvenes quieren trabajar para no depender de sus padres, para poder tener novia, para no obedecer las reglas o para

abandonar el hogar paterno, pero también persiste la idea de apoyar a la familia en el contexto de precariedad. Esto representa una diferencia entre el trabajo infantil - que es un apoyo a la economía familiar- y el ingreso al mercado laboral para cubrir necesidades más amplias o la conformación de una familia propia.

Los jóvenes explicaron varias veces que muchos roban por ambición, por querer tener dinero 'fácil' para gastar en ropa o para poder pagar cosas caras cuando salen con sus novias. También dijeron que tener dinero les hacía sentirse independientes y libres de sus padres. La capacidad adquisitiva, más que el trabajo, les brindaba la opción de sentirse adultos.

Quieren tener la mejor ropa, o quieren tener el mejor carro. O lo hacen por su novia, que estaba embarazada y se ponen a robar.

Más que por necesidad, la gente que asalta lo hace por obtener dinero fácil y el gobierno los está haciendo así porque ya no les está dando trabajos estables, y ellos buscan cómo conseguir su propio dinero.

El trabajo estable sigue presente en el discurso y el imaginario de los jóvenes en la construcción de una masculinidad virtual, es decir, que existe en el discurso pero no en la práctica. Es la característica que los distingue a ellos de los hombres 'honrados' y 'responsables', y los separa de los 'buenos hombres' que llevan vidas 'decentes'. Por eso había una creencia compartida de que el dinero 'mal habido' que ellos ganan se va rápido. Decían que a veces hasta se les desaparecía de las bolsas o simplemente lo gastaban en invitar a los amigos a comer o a beber, pero que debían hacerlo porque cuando ellos no tenían, sus amigos los invitaban.

Ser honrado es ser alguien que trabaja y que guarda su dinero.

Un hombre honrado sabe repartir su dinero, una parte para su esposa, una parte para sus hijos. Tener su dinero bien repartido y él que organice bien su vida.

El dinero mal habido mal se va. Luego, luego se te va. Con el dinero bien habido se lo das a tu mamá y no tienes que andarte escondiendo de la policía.

Los adolescentes que se acercan a la mayoría de edad o los primogénitos, manifestaron la necesidad de cumplir con la exigencia de aportar económicamente al hogar. Sobre todo los aquellos que tienen hijos, se sienten incómodos de vivir en la casa de sus padres y que fuera el papá, en lugar de ellos mismos, quien aportara la mayor cantidad de dinero para la manutención de la esposa e hijos del adolescente. La precarización del trabajo, la exclusión y la falta de oportunidades dificultan las posibilidades de obtener dinero 'por la derecha', es decir, legalmente.

Porque yo desde chiquito, como no tengo a mi papá y tengo un hermanito discapacitado: no habla, no camina. ¿Sí entienden? O sea, ¿se imaginan la situación en la que me encuentro? Pero yo día tras día trato de luchar, de darle la vuelta. Muchas veces la gente no se da cuenta de las cosas (...) yo rejuntaba cartones, botes de disco, quitaba puestos. Yo le chambeaba con mi mamá y no nada más para mí, más me daba cuenta por mi hermano. Yo quiero cambiar y quiero comentar mi vida tal vez de cómo fue y por qué fue, pues porque nací en un lugar donde mis tíos eran drogadictos (...). Andaban buscando en la basura, unos están en la cárcel, mi papá está en el [reclusorio] oriente, lleva diez años. O sea, no es cualquier cosa y nada más estoy yo solo, mi mamá y mis hermanos nada más dependen de mí porque soy el mayor.

El cambio de prácticas en los roles de género también está presente de manera virtual en los discursos de los jóvenes, la mayoría coincidía en que las parejas deben comunicarse para compartir los gastos y que cada vez es más común que las mujeres participen en la economía del hogar. Pero una gran parte de ellos veía las cosas diferentes cuando se trataba de llevarlo a su propia vida; decían que aunque

ellos lo entendieran, la sociedad veía mal que no se siguieran los roles de género en cuanto al aporte de dinero y las actividades en el hogar y, por lo tanto, su imagen se vería afectada si ellos desobedecían.

No siempre es el hombre el que sostiene a la familia pero cuando lo hace la mujer, lo vemos mal.

Otra cosa es que tu chava te discuta los helados, eso ya sería diferente. Yo pago el cine, yo pago todo ¿cómo que va a poner la mitad mi chava? ¡Pos' no! Si para eso está el hombre, para pagar. Para eso se hicieron [las mujeres], para tratarlas con ternura, con amor. Mi chava nunca ha pagado, hasta la fecha, pero no estaría mal porque es un apoyo.

Así como una mujer se ve mal tomando cerveza, un hombre se ve mal lavando los trastes. ¿Qué van a pensar los vecinos si me ven?

El acto de proteger está fuertemente vinculado a la masculinidad y a la demostración de fuerza, valor y responsabilidad. Varios de los adolescentes fueron detenidos por riñas con otros varones al responder agresivamente ante lo que consideraron un insulto, amenaza o riesgo para alguna mujer ya sea desconocida, novia, amiga o madre. Uno de ellos platicó en el taller que estaba en la calle con sus amigos, cuando vieron que una chava que caminaba sola en la calle fue atacada por otro grupo de chavos. Él y sus amigos decidieron defenderla pero los otros reaccionaron y provocaron una pelea campal que atrajo a la policía. Otro dijo que iba en el coche con su familia cuando otro carro los chocó, el otro conductor insultó a la mamá del joven y éste la defendió, el señor los acusó a los dos de lesiones.

Algunos de los adolescentes cometieron el delito por lealtad, temor o imitación a quienes se ubican en una posición superior de la jerarquía masculina en la que se desenvuelven y que representan los modelos de masculinidad que desean reproducir. Casi siempre se trata de familiares cercanos como padres, tíos o

hermanos mayores. Por ejemplo, dos de los jóvenes fueron detenidos porque el hermano mayor de uno de ellos asaltó a un señor en la calle. Ellos intentaron detenerlo pero el hermano les dijo que ya era hora de que fueran aprendiendo y les llamó 'chamacos'. Ante la amenaza de la infantilización, ambos decidieron dejarlo cometer el delito pero fueron detenidos. En otros casos, los adolescentes defendieron a otros hombres menores que ellos, a quienes consideraban que debían proteger.

Me agarraron por andar con mi primo, él se metió en problemas porque tenía pleito con un chavo y el chavo le metió un celular en la mochila para decir que se lo había robado. Cuando llegué, la policía lo estaba golpeando y me detuvieron por defenderlo.

El ejercicio de la violencia y la adopción de prácticas de riesgo para la demostración de la valentía y la obtención de respeto por parte del grupo de pares, son características elementales para la identidad masculina. Son exigidas socialmente desde las diferentes esferas en las que se desarrollan los adolescentes pero también representan un reto personal, que requiere ser demostrado constantemente.

La mayoría de los adolescentes dijeron ser conscientes de que la violencia no necesariamente te hace valiente, una frase recurrente en los grupos focales era que alguien valiente es quien se atreve a decir 'no', se referían sobre todo a negarse a ceder a la presión de sus amigos para robar, tomar o consumir drogas. Nuevamente esto se encontraba solamente en el discurso, pero en sus prácticas se hacía evidente la presión social para 'no dejarse', 'hacerse respetar' o 'sacar las garras'. Hablaron de una gran necesidad de mostrar que nadie se puede 'meter contigo' y que, si lo hacen, deben tener consecuencias.



Como expliqué en párrafos anteriores con la propuesta de Judith Butler, la acción es lo que produce la sensación de cumplir con las exigencias de la normatividad de género y, por lo tanto, da identidad. Así lo muestra el testimonio que aporta el título de este apartado, donde el acto de robar es el que genera el sentimiento de valentía que exige el orden de género. De la misma forma sucede con el acto de la pelea, el consumo de alcohol y drogas, los insultos feminizantes y la defensa de la honra.

Por sentirme valiente empecé a robar, sentí que nunca me iban a agarrar o que si me agarraban y me metían donde me metieran, pues no me iba a dejar ¿no? pues me sentía valiente. [...] cuando andaba drogado y acá, me sentía valiente, me sentía chingón, me ponía en peligro porque iba y robaba, no sabía lo que iba a pasar. Valiente porque pasaban unos chavos y se me quedaban viendo, les decía de cosas o los golpeaba.

Iba caminando cuando vi a un chavo con el cual yo traía problemas, nunca pensé lo que hacía y le pegué. Y empezó a gritar que lo estaba robando. Llegaron los policías y a uno de ellos lo descalabré. De ahí me trasladaron a la 57<sup>16</sup> y llegó un chavo que era corregendo<sup>17</sup> y me estaba diciendo que la iba a vivir. Y me molestó y lo golpeé de la desesperación.

Una vez me encerraron tres chavos en el baño y uno me dijo que se quería pelear. Y yo para no ser tan agresivo, para ser valiente, le dije que no quería problemas pero él se negó a eso y me respondió con un golpe. Ya fue cuando saqué mi enojo y sí nos peleamos.

-Pero tú te sentiste valiente por decirle que no querías, pero él también se sintió valiente por ir a decirte que te quería pegar, son dos tipos de ser valiente, ¿no?-

Los hombres quieren que no los hagan de menos, no los insulten, no los discriminen y digan que ellos son buenos, son cabrones, machos, no se dejan, son golpeadores. Prefieren llevar eso a que digan: ese chavo qué trabajador. En lugar de ser un hombre de

---

<sup>16</sup> Se refiere a la Agencia 57 del Ministerio Público del Distrito Federal, especializada en asuntos del menor.

<sup>17</sup> Corregendo es un adolescente que ya ha estado en internamiento. Se le llama corregendo porque estuvo en 'la correccional', término con el que anteriormente se hacía referencia a los centros de internamiento para adolescentes.

bien para que no les digan nada, se dedican a robar para que les digan mucho, que son aquellos, que son buenos rateros y nada más para ganar su respeto.

-¿Y cómo te lo ganas?-

Muchos de ellos así lo llevan por el robo, las peleas, la venta de drogas, nada más así.

-¿Alguna vez han hecho algo para demostrar que son valientes? -  
Con tus amigos para que no digan que eres joto y así. Pero luego nada más cuando llegan a pararte de culo<sup>18</sup> y pues va, te trezas y ya estuvo, no hay falla.

-¿Pero entonces eso lo haces nada más para demostrar que eres valiente o te tienes que defender?-

Nada más porque eres valiente, porque ni te están haciendo nada, nada más llegan y te dicen: “¡Ah, pinche chamaco puto!” y acá. Y ya, te pegas y ya. Pero no porque te tengas así que pelear, ‘nomás’ por demostrar que no te dejas, que eres valiente y eso. Yo digo que sería para que vean que no se te abre y que te sabes defender.

La gente piensa que a uno no lo hace agresivo algo, pero luego es al revés. Luego uno es tranquilo pero te están mazapaneando, un golpe o algo. Y pues llega un momento en que uno lo intolerera (sic), das el golpe igual, te acatarras. Uno también tiene que tomar esas defensas, por eso luego a la vez la gente se vuelve agresiva. (...) Y ahora sí que yo soy más amigable que buscar problemas.

Y también como para sentirse igual que los amigos y que no los hagan de menos, para que digan ‘no ese wey sí toma, ese wey sí se droga’ y no para que digan lo contrario de ellos.

Pues andan diciendo: “no pues eres niña, te pega tu mamá, no tomas”. Y pues para que vean que no soy niña, pues tomo.

Respecto a las prohibiciones, las que más se evidencian en las historias de vida de los adolescentes son las que hacen referencia a la demostración de afecto, expresión de sentimientos y solicitud de ayuda. Sus historias familiares incluyen rupturas, violencia, enfermedades terminales de familiares cercanos y pérdidas constantes de lazos afectivos. En los grupos focales, los adolescentes comentaron

---

<sup>18</sup> A retarte o provocarte.

que en lugar de expresar lo que sienten por la situación familiar, prefieren evadir los problemas estando fuera de casa el mayor tiempo posible, ir a fiestas o consumir drogas y alcohol. El consumo es identificado como un indicador de adultez y masculinidad: consumir te hace sentirte grande, te hace hombre, te hace valiente. Pero también permite que, durante los efectos del alcohol o las drogas, los hombres expresen lo que en otros momentos tienen prohibido.

A veces tienen problemas en su familia y los hombres, o la mayoría, son los que nunca lloran y se portan así como que no les duele nada. Yo creo que se hacen los valientes para no contagiar del mismo dolor que sufran, a su familia.

Cuando son cosas de sentimientos no lloran por lo mismo de que se sienten machistas, piensan que al llorar van a ser viejas, niñas. No tanto por ellos sino por lo que le vayan a decir sus amigos, le dicen maricón por llorar.

Los hombres se guardan todo el rencor que sufren y a veces no lo sacan, pero es más fácil sacarlo con la mujer.

-Eso a la vez los hace como agresivos ¿no? Responden de una manera muy violenta a lo que les hagan.-

Somos peleoneros cuando debemos sacar lo que traes dentro, el coraje, cuando te hacen enojar.

Porque cuando no están borrachines o motorlos<sup>19</sup> no se atreven a hacer muchas cosas, ya cuando se meten algo: “Ora sí, déjame le voy a hablar a esa chava, que no sé qué”, “Que vamos a robar” y todo eso.

Por lo mismo de que guardan las emociones y no las expulsan, los hombres tienen problemas en su trabajo o en su casa. Luego caen en el vicio del alcohol, se emborrachan y por eso salen de pleito con las personas. Hay muchos que sacan su coraje, cuando ya estás bajo la influencia del alcohol, agarras a un amigo y le cuentas todo. Chillas pero luego ya no te acuerdas de nada. Al menos ya lo sacaste en una parte.

-¿Qué harías para que los menores no caigan en las drogas? -

---

<sup>19</sup> Que han consumido marihuana.

Pues hablar con ellos cuando están chicos, ya de grandes ya cada uno sabe lo que hace y si uno se droga es porque quiere. ¿No?

Un elemento indirecto que el personal de psicología de la comunidad externa identifica constantemente, según pude observar en sus informes, es que la debilidad de las relaciones afectivas entre los adolescentes y sus padres (varones), a causa de las prohibiciones sociales que impiden la demostración pública de cariño, los hace propensos a buscar el afecto -ahora en forma de respeto- del grupo de pares, el barrio o los grupos delictivos. La necesidad de pertenencia a estos grupos también hace que los adolescentes acepten ponerse en situaciones de riesgo con tal de conseguir su aprobación.

Muchas veces tú quieres platicar con tu papá, supongamos de hombre a hombre. De que quieres un consejo de la novia o algo, y si él es indiferente pues después, si él te pide que le cuentes algo, obviamente no le tienes la misma confianza y te cuesta trabajo el simple hecho de platicar con él.

Mis padres son divorciados, ahorita vivo con mi madre y perdí comunicación con mi papá. Es una pérdida tanto emocional como física, porque ya no tienes esa misma autoridad del que te dice “no hagas eso” y te da un consejo. Son cosas que también así nos puede dar pena y decimos “no pues es que necesito tener una figura masculina”, para hacerle preguntas que uno no tiene la misma confianza para preguntarle a la mamá.

Regularmente ellos se excusan en que “tengo que trabajar para mantenerlos” y no les dedican tiempo a sus hijos. Y ellos, para buscar un cariño y sentirse bien en un lugar, lo hacen [cometen delitos]. Luego pueden cometer muchos errores y llegar aquí a la CEAA. (Risas)

El ejercicio de la delincuencia juvenil es una puesta en escena que demuestra la relevancia de la aceptación del grupo de pares para la conformación de la identidad masculina. En las condiciones de marginación y cercanía con la criminalidad, representa un medio de movilidad social para instalarse en la jerarquía

masculina que les brinda reconocimiento y sentido a partir de sus propios códigos de honor y lealtad.

## **II. El espacio/escenario: el barrio.**

La regulación de los ámbitos público y privado de la vida social a partir del orden de género es un tema ampliamente trabajado por el brazo académico del feminismo y ha sido puesto en la agenda de gobierno gracias a la lucha histórica del movimiento social. De acuerdo con Amorós, el espacio público es el del reconocimiento porque está expuesto a la mirada pública, el de los grados de competencia, donde se produce el principio de individuación y todos tienen posibilidades de acceder al poder. En oposición, define al espacio privado como el “espacio de las idénticas”:

...porque es un espacio en el cual no hay nada sustantivo que repartir en cuanto a poder ni en cuanto a prestigio ni en cuanto a reconocimiento, porque son las mujeres las repartidas ya en este espacio. No hay razón suficiente de discernibilidad que produzca individuación. No hay razón para marcar el *ubi* diferencial: éste ya está marcado por la privaticidad de los espacios o que la mujer está adjudicada de una u otra forma, mientras que en el espacio público uno se ha de sellar respecto al otro, y al tercero, que no es yo porque es otro, pero es otro que es como yo (Amorós, 1994, pág. 26).

La autora describe al patriarcado como un pacto que, a pesar de las diferencias de clase, se hace entre hombres para mantener las condiciones de dominio sobre las mujeres y que, por lo tanto, tiene el poder de asignar espacios y eliminar el valor de lo privado al nombrarlo como un espacio de confinamiento y límites. Esta tesis ha permeado al pensamiento feminista que intenta señalar las situaciones de opresión y el poder que ejercen los hombres hacia las mujeres; sin embargo, no permite

observar las relaciones de poder que, así como orillan a las mujeres al ámbito privado, también obligan a los varones a salir al ámbito público.

Simone de Beauvoir encontraba en la filosofía existencial una explicación convincente de la subordinación de la mujer porque para ella, dadas las circunstancias de la vida primitiva, los hombres han tenido más oportunidades para realizarse porque no están supeditados a las funciones biológicas que atan a las mujeres al ámbito privado. La maternidad es vista, desde esta postura, como una forma de opresión ya que ser madre no es trascenderse, es reproducir vida (López Pardina, 1994). Esta postura nuevamente sitúa al ámbito privado como un espacio donde no es posible trascender y, por lo tanto, inferior simbólicamente.

A pesar del reconocimiento de la necesidad de que hombres y mujeres compartan de manera equitativa las responsabilidades políticas y domésticas (Amorós, 1994), las propuestas para transformar las relaciones de género que producen la subordinación de las mujeres han estado enfocadas en permitir la salida de las mujeres al ámbito público y su participación equitativa en cuestiones políticas y económicas. Marta Lamas propone, en el prólogo del texto de Amorós, que para el proceso de igualdad es necesario:

...un marco jurídico pero acompañado de transformaciones en la sociedad, el ingreso de las mujeres al trabajo asalariado, el avance de la secularización y la influencia de lo que sucede en el resto del mundo; todo esto a la par de una sistemática labor de crítica cultural que pueda mover las costumbres, que para ella representan las fronteras simbólicas entre lo público y lo privado (Lamas, 1994, pág.15).

Chantal Mouffe intenta construir una alternativa democrática que articule distintas luchas, en donde la diferencia sexual no sea una distinción pertinente para el dominio político y la ciudadanía. Su propuesta entiende la ciudadanía “como una forma de identidad política que consiste en la identificación con los principios políticos de la democracia moderna pluralista, es decir, en afirmación de la libertad y la igualdad para todos.” (Mouffe, 1993, pág. 15).

Los análisis feministas que acabo de describir niegan la capacidad de trascendencia en el espacio privado y reproducen los valores del patriarcado que posicionan al espacio público en una condición de mayor jerarquía. Retomando a Bourdieu, reafirmar la supremacía del espacio público es reproducir los esquemas de pensamiento generados desde los dominadores y, por lo tanto, un acto de reconocimiento y de sumisión: “Cuando los pensamientos [de los dominados] y sus percepciones están estructuradas de acuerdo con las propias estructuras de relación de dominación que se les ha impuesto, sus actos de conocimiento son, inevitablemente, unos actos de reconocimiento, de sumisión.” (Bourdieu, 1998, pág. 26).

Para poder hacer un análisis que se aleje del pensamiento binario que observa el asunto como una conflicto entre hombres y mujeres, me parece necesario comprender los esquemas simbólicos que han orientado la concepción del espacio privado como un lugar no deseable para los varones, del cual tienen que salir y distanciarse para poder ocupar un lugar en la lógica de poder masculina, aunque continúen ejerciendo poder en la esfera privada a partir de la disciplina y el control de los recursos. De esta manera podemos observar las luchas de poder que suceden también entre las masculinidades.

Las teorías del primer feminismo orientadas hacia el marxismo entendieron la opresión de las mujeres como una necesidad para mantener las condiciones de alimentación, vestido y otros cuidados que permitieran la salida de los varones al ámbito público (Valcárcel, 1995). Estas teorías, sin embargo, daban por un hecho casi natural el rol masculino sin reflexionar sobre los mecanismos simbólicos que existen en él.

La carga negativa que se ha asignado simbólicamente al espacio privado genera un rechazo de la subjetividad masculina que busca distanciarse de él por medio de su incorporación a las relaciones de producción características de la esfera pública. La inferioridad simbólica del espacio privado no sólo somete a aquellas personas que a causa de sus condiciones biológicas han sido orientadas a la reproducción, también obliga a salir al espacio público a quienes han sido relacionados históricamente con el trabajo físico y la productividad económica

En “La Dominación Masculina” Bourdieu (1998) explica cómo la lógica de la relación de dominación consigue inculcar en las mujeres la misma visión negativa que desde la lógica dominante se les imputa, pero también describe la necesidad de los varones de distanciarse de la esfera privada, asociada con lo femenino, y reforzar su posición de poder respecto a las mujeres, pero sobre todo respecto a otros hombres que ocupan posiciones de dominación dentro del orden económico y político.

Es esta violencia simbólica la que explica la necesidad exacerbada de cumplir de manera satisfactoria los ritos de paso que demuestren la capacidad de los varones para incorporarse al ámbito público de la competencia, las relaciones de producción, el poder y la política, y dejar el ámbito privado entendido como femenino,



débil, afectivo o infantil, arriesgando incluso la vida y la libertad. Sólo esa demostración, avalada por los otros hombres, les permitirá triunfar en la esfera pública y considerarse apto para ocupar un espacio privilegiado de poder.

Los estudios de masculinidad han logrado describir que la transición del espacio privado al espacio público sucede a partir de diferentes pruebas, que se cumplen sobre todo durante la adolescencia y cuyo público específico es el grupo de pares. Los adolescentes deben mostrar que han dejado de ser niños y que son capaces de alejarse de la esfera doméstica entendida como femenina, tanto por el establecimiento de roles femenino en el mundo privado, como por la cercanía que el niño tiene con la madre.

En la medida en que la adolescencia y primera juventud se caracterizan por oponerse a los mundos de los que proceden (familia) y a los que aspiran (instituciones formales de la esfera pública), las pruebas que marcan estos pasajes dramatizan el contrapunto entre los valores domésticos y los públicos a los que descomponen para ensayar sus roles futuros como padres, esposos o trabajadores, ciudadanos. Por ello tienen lugar en ámbitos informales y aparentemente espontáneos como la calle o en espacios definidos como marginales a la familia y a las instituciones formales: el burdel, el patio trasero de la escuela, un viaje (Fuller, 2003, pág. 75).

Las pruebas para la apropiación de la calle en la delincuencia implican tareas menores sin mucha responsabilidad, pero que demuestren que los actores son capaces de incorporarse a la esfera pública del barrio y la banda. Algunas de las actividades implican ser 'farderos', es decir, robar productos en las tiendas de autoservicio o departamentales para una banda más grande, generalmente dirigida

por adultos. También son los responsables de 'echar aguas' o avisar si alguien se acerca, mientras otros se encargan de robar.

Los actos performativos de la masculinidad suelen incluir violencia en forma de peleas, violencia de género, prácticas sexuales de riesgo y accidentes relacionados con el consumo de alcohol y drogas. Ramírez Rodríguez (2010) y Rivas Sánchez (2004) demuestran la relación entre la masculinidad y la mortalidad juvenil, que tiene como causas principales las lesiones provocadas por riñas, los homicidios con armas de fuego, accidentes de tránsito vinculados al consumo de alcohol y el exceso de velocidad, y los suicidios.

Todo esto ocurre en el espacio público y tiene una relación directa con la masculinidad, la presión del grupo de pares para demostrar valentía y asumir riesgos innecesarios para establecer jerarquías dentro del grupo. En el caso del suicidio, está implícita la frustración de no poder cumplir con las exigencias de las estructuras de género y la prohibición social de demostrar sensibilidad y debilidad ante los amigos o de pedir ayuda, ya que se teme que se cuestione la masculinidad del individuo (Seidler, 2006).

Simone de Beauvoir afirmaba que una de las posibilidades más importantes que tienen los sujetos para trascender en el orden de género implica sacrificar la vida o, como en el caso de los sujetos de esta investigación, la libertad (López Pardina, 1994). La posibilidad de morir o de ser detenido está siempre presente en la mente de los adolescentes, pero es asimilada como un sacrificio que vale la pena asumir.

La incursión en el mundo público tiene otra influencia importante en la vida de los jóvenes. Al alejarse de la esfera privada se distancian también de las relaciones

familiares afectivas comprendidas dentro del hogar, por lo que las relaciones sociales que se establecen con el grupo de pares se vuelven de vital importancia en la conformación de la identidad juvenil. Éste es el encargado de establecer las conductas que serán consideradas masculinas, así como de rechazar y castigar - simbólica y físicamente- a aquellas que se acerquen a la infancia o a lo femenino. Además, en él se establecen una serie de alianzas y vínculos afectivos que se construyen a partir de la complicidad que implica el trasgredir juntos las reglas y normas establecidas por el mundo adulto.

Entre los jóvenes varones marginados, el barrio representa el principal grupo de pares con el cual se construyen alianzas, jerarquías, significaciones e identidades. De acuerdo con Valenzuela, el barrio es uno de los espacios más importantes para la socialización juvenil:

El barrio es un espacio estructurado y estructurante de relaciones de poder (Valenzuela, 1988, 1997<sup>a</sup>). La calle o el barrio son los lugares importantes de encuentro juvenil. Entre los jóvenes de los sectores populares y medios, el barrio participa como uno de los componentes fundamentales de socialización secundaria, donde se construyen códigos, sentidos, rutinas y, en general, praxis culturales desde las cuales los jóvenes significan la vida y conforman sus estilos y formaciones de vida (Valenzuela Arce, 2009, pág. 31).

Olavarría (2006) asegura que el acceso a los espacios públicos es uno de los múltiples ámbitos en los que los varones tienen recursos de poder superiores a las mujeres. Desde niños tienen más libertades para salir, se les requiere menos para las actividades domésticas y son impulsados por sus padres para apropiarse de la

calle, la cual es entendida como un espacio masculino donde los hombres socializan y llevan a cabo las pruebas que les permiten ubicarse en la jerarquía masculina.

El dominio de la calle y los espacios físicos públicos por parte de los varones, transforma estos espacios en lugares de encuentro masculinos –homosociables- y de competencias, en donde pueden mostrar sus atributos: competir para tratar de ganar; ser valiente ante él mismo y frente a terceros/as; correr riesgos y no mostrar miedo; iniciarse en el sexismo, en el heterosexismo y en la homofobia. (Olavarría, 2006, pág. 118)

La superioridad respecto a lo femenino y a los cuerpos femeninos o feminizados, se presenta en forma de burlas, humillaciones y apodos hacia los otros varones que se niegan a participar en las prácticas masculinas o incluso como una manera de presionar a la acción, por la sola amenaza de ser feminizado. En una conversación que se presentó en uno de los grupos focales respecto a la dificultad de abandonar los grupos de pares que los orillan a las prácticas delictivas, los adolescentes lo expusieron de la siguiente manera:

-¿Tú por dónde vives?

Por la colonia Morelos

-¿Y por allá no hay otro chavo que destaque?-

No, la verdad no. Casi todos ahí tienen esa noción de ser violentos, golpeadores, rateros, drogadictos, vender vicio, asaltar, secuestrar, nada más.

-¿Y tú qué piensas? ¿Creciste con la misma mentalidad que ellos?-

Ahorita lo he sobrepasado y he tenido muchas cosas que hacer como para pensar en eso, la verdad no me ha dado tiempo de estar con ellos, los amigos de ahí. Si salgo y todo pero no mucho tiempo, me pierdo todo lo de los asaltos y la venta de droga.

-¿Y por qué será difícil salir de ahí?-

Pues más que nada cómo les empiezan a decir “no pues es que tú eres niña y nunca vas a lograr eso, mejor quédate aquí con nosotros.”

-Yo digo que está bien que no te dejes llevar por tus amigos que te dicen de que “no te salgas, esas son puterías, quédate con nosotros.”-

La apropiación de la calle se vuelve central para la conformación de la identidad masculina marginada, que no puede competir por el espacio público en las esferas productivas y políticas. Las pruebas para lograr la transición involucran conductas de riesgo relacionadas con la protesta masculina, que constantemente tienen como desenlace la violación de la ley ya sea de manera premeditada o por accidente. Por otro lado, el control y la defensa del territorio cobra una importancia tan grande que merece arriesgar la vida y la libertad, cuando se ve amenazado por los grupos rivales.

Los adolescentes dijeron que había calles de su barrio por las que no podían pasar porque tenían problemas con los chavos que se juntan ahí. También explicaron que lo que los podía salvar de la violencia cotidiana eran las alianzas y lealtades con otros hombres reconocidos dentro de la jerarquía masculina. Para conseguir estas alianzas había que pasar por las pruebas, que en ocasiones implicaban una pelea o algún acto de violencia, pero les aseguraba la protección del grupo para otras ocasiones. Otra forma de librar la violencia era la relación familiar con algún hombre que tuviera una posición alta en la jerarquía masculina.

Vivo en una vecindad, por ahí no entra nadie desconocido. Cerca de mi casa se juntan unos borrachos y si pasas por ahí te gritan de cosas. Pero a mí no me hacen nada porque mi tío está con ellos y si me hacen algo se la ven con él.

El barrio es el escenario donde los adolescentes en conflicto con la ley presentan el performance masculino relacionado con la violencia. En sus dos connotaciones –como espacio y como grupo de pares- se construye a partir de los códigos culturales de la masculinidad pero a su vez otorga sentido y construye identidades. Es la representación física del hábitus y la expresión material de la normatividad de género que se hace presente a través del grupo de pares para evaluar, premiar o castigar física y simbólicamente los actos performativos de sus miembros.

### **III. La construcción de un “cuerpo que da miedo”**

El feminismo de los años sesenta fue duramente criticado por las mujeres que se sentían excluidas de los debates feministas y de las conceptualizaciones que de la cuestión de género se hacían, porque consideraban que hablaba de un sistema patriarcal “universal” que en realidad describía únicamente al modelo occidental. Otra de las críticas fuertes que ha generado un cambio de paradigma en el movimiento feminista, provino de Judith Butler quien agregó al debate a principios de los años noventa, la necesidad de modificar la noción generalizada del concepto “mujeres” (Butler, 2007).

El problema político que se reconocía como subyacente a toda discusión académica sobre las diferencias entre hombres y mujeres, era el hecho de que la diferencia biológica marcara el destino de las personas y les asignara roles establecidos (Lamas, 1986). Según Judith Butler, esta conceptualización del género presenta al sexo (lo biológico) como algo estático y rígido que depende de un sistema binario, mientras que lo único que puede variar es el género:

Si el género es los significados culturales que acepta el cuerpo sexuado, entonces no puede afirmarse que un género únicamente sea producto de un sexo [...]

La hipótesis de un sistema binario de géneros sostiene de manera implícita la idea de una relación mimética entre género y sexo, en la cual el género refleja al sexo o, de lo contrario, está limitado por él (Butler, 2007, pág.54).

La autora propone teorizar al género como algo completamente independiente del sexo para poder comprender que, tal vez, el último es tan culturalmente construido como el primero. Reconociendo que el cuerpo no es un medio pasivo o un mero instrumento para la inscripción de significados culturales, Butler propone entender al género como:

...la estilización repetida del cuerpo, una sucesión de acciones repetidas -dentro de un marco regulador muy estricto- que se inmoviliza con el tiempo para crear la apariencia de sustancia, de una especie natural de ser. [...]

Puesto que el sexo ya no se puede considerar una «verdad» interior de disposiciones e identidad, se argumentará que es una significación performativamente realizada (y, por tanto que no «es») (Butler 2007, pág. 98).

A partir de la concepción del género como un performance, Butler pone atención en la teatralidad de los actos y la importancia de la experiencia de los actores. Con base en los fundamentos de la teoría *queer* propuestos por esta autora, las teorías de las masculinidades performativas establecen que el ser hombre consiste en una serie de actos -regulados por la normatividad de género- que hacen parecer natural el resultado de un gran esfuerzo performativo y que son castigados o

premiados con capital simbólico, que después se puede intercambiar por otro tipo de capitales (Nuñez Noriega, 2008, pág. 55).

Esta postura teórica permite observar a la masculinidad no como algo natural, esencial o fijo, sino como el resultado de un complejo proceso de actos performativos cotidianos que ponen en escena las dimensiones simbólicas y normativas de la masculinidad y que construyen en el proceso al cuerpo que forma parte del performance. A partir de esta explicación, es más fácil entender la relevancia del acto performativo y de su aceptación por el grupo de pares, ya que sin ella la construcción de la identidad, del espacio y del cuerpo pierde sentido.

Respecto a la condición de juventud-otro elemento considerado biológico por naturaleza-, José Manuel Valenzuela también reconoce la necesidad de cuestionar qué elementos biológicos de las juventudes están condicionados socialmente y de qué manera las condiciones de existencia modifican las formas en las que los cuerpos transitan por las diferentes etapas biológicas. Por ejemplo, la tendencia de los jóvenes campesinos o de las colonias populares a incorporarse a la vida adulta con más rapidez que los jóvenes urbanos de las clases altas (Valenzuela Arce, 1988, pág. 22).

El autor identifica dos elementos principales que generan procesos diferenciados de envejecimiento: el tiempo social y la intensidad del tiempo social. El tiempo social es la condición diversa, desigual y no homogénea de la vida social, que se expresa de manera diacrónica en el tiempo histórico, pero también en la simultaneidad del tiempo sincrónico a partir de la desigualdad social, mientras que la intensidad del tiempo social hace referencia a la experiencia individual del tiempo social y su inscripción en el cuerpo.



La intensidad del tiempo nos permite identificar formas desiguales de envejecimiento, pues el tiempo se inscribe en el rostro y en el cuerpo, y participa en la definición de proyectos y expectativas personales y sociales. El concepto de intensidad del tiempo social permite romper con la perspectiva de un tiempo lineal y comprender procesos sociales o individuales que marcan las discontinuidades sociales... (Valenzuela Arce, 2009, pág. 24).

El caso de los adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México es un ejemplo claro; los cuerpos, los rostros y las expresiones se modifican y endurecen ante la necesidad de demostrar valentía, fuerza y rudeza. La constante cercanía con el peligro, la marginalidad y la concepción de la muerte como una posibilidad cotidiana, modifica la noción del tiempo vital y provoca un envejecimiento acelerado que puede observarse claramente al comparar la apariencia física de un adolescente de Iztapalapa con la de uno de Polanco.

Además de los elementos considerados biológicos como el género y la edad, el cuerpo de los jóvenes varones marginados está cargado de significados. La vida cotidiana en el barrio exige un despliegue de poder masculino que exalte la fuerza y la valentía. El lenguaje corporal busca conseguir el respeto del grupo de pares e intimidar a las figuras de autoridad de las instituciones. Así lo muestra la descripción que hace Roxana Martel sobre la importancia que tiene el cuerpo para los miembros de las maras salvadoreñas:

El cuerpo individual y colectivo de los jóvenes de pandillas es un cuerpo que muestra, desafía, interpela. Es el cuerpo que genera miedo. Sus emblemas son el rostro y el cuerpo tatuados. Los tatuajes han sido [...] un símbolo de adscripción. El cuerpo es una forma de reconocimiento y control tanto de ellos sobre sí mismos como de la

para sobre los que pertenecen a ella (Martel Tigueros, 2007, pág. 115).

El cuerpo es la única posesión material sobre la cual los jóvenes varones marginados pueden tener cierto tipo de autonomía. Aunque siempre restringidos por el control social, utilizan su piel para resistir a la opresión del mundo adulto, para llevar el barrio a donde vayan y para enviar mensajes claros, como especifica Alfredo Nateras: “Si el cuerpo es un territorio y un espacio habitados, entonces interesa situarlo también como un lenguaje o una discursividad; es decir, el cuerpo habla y es una especie de mapa susceptible a la lectura e interpretación por su valor heurístico.” (Nateras Domínguez, 2010, pág. 233).

Los adolescentes utilizan el cuerpo y la fuerza física en prácticas específicas como la llave china, una técnica de sometimiento que consiste en sorprender a la víctima por la espalda e inmovilizarla poniendo el brazo alrededor de su cuello. Esta práctica supone un riesgo elevado al entrar en contacto físico con la víctima, a diferencia de los eventos en los que se utilizan armas y que el victimario puede mantener una distancia considerable entre su cuerpo y el de la otra persona.

La propuesta foucaultiana de biopoder establece que los mecanismos de poder intentan orientar o someter la voluntad de las personas sobre sus propios cuerpos. Valenzuela argumenta que a pesar de la existencia de este tipo de control, las personas no asimilan el poder de manera automática, sino que generan procesos de resistencia y significación a través de los mismos cuerpos: La utilización del cuerpo para la construcción de oposiciones, resistencias e identidades es definida por Valenzuela Arce como biocultura:

La biocultura implica la dimensión biopolítica definida desde el conjunto de dispositivos establecidos por los grupos dominantes para controlar, disciplinar y generar cuerpos disciplinados que actúan de acuerdo con sus intereses, en el sentido que le otorgan Foucault, Heller y Agamben, pero también implica biorresistencia, definida como el conjunto de formas de vivir y significar el cuerpo por parte de personas o actores y grupos sociales en clara resistencia, disputa o desafío a las disposiciones biopolíticas (Valenzuela Arce, 2009, pág. 27).

Las resistencias de los adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México consisten en elementos performativos que decoran el cuerpo del actor: perforaciones, cortes de cabello, marcas de ropa específicas, búsqueda del desarrollo muscular. Muchos de ellos portan pulseras tejidas con hilos de colores que aprenden a hacer en los talleres de artesanías que les dan en internamiento, son una marca indiscutible de los ex 'corregendos', codiciada incluso por quienes no han pasado por la correccional.

Los tatuajes no aparecen con tanta frecuencia como sucede con otros grupos, muchos de los jóvenes con los que trabajé comentaron que les gustaría hacerse uno pero creen que podría ser difícil conseguir un trabajo si quien los contrata se diera cuenta de que están tatuados. También es probable que muchos de los adolescentes los escondieran en el contexto del sistema penitenciario donde realizamos la investigación, principalmente para evitar fricciones con las personas encargadas de evaluar su proceso jurídico de reinserción.

Hay otros accesorios que acompañan al cuerpo aunque no estén inscritos en él. Por ejemplo, usar motonetas y portar imágenes de San Judas Tadeo o de la Santa Muerte son símbolos de estatus entre las colectividades juveniles de las

colonias del centro de la Ciudad de México, pero que fuera de ellas están relacionadas con la delincuencia. Como se ha mostrado en los fragmentos de discusiones entre los adolescentes que participaron en la investigación, el lenguaje también distingue a los jóvenes varones marginados que construyen sus propios discursos y códigos lingüísticos.

La decoración del cuerpo genera discriminación contra los grupos juveniles urbanos. En la Ciudad de México, los rockeros, los chavos banda y ahora los reggaetoneros, son relacionados con la delincuencia a causa de su apariencia. Los jóvenes punks también son fuertemente criminalizados y detenidos arbitrariamente, aunque por razones políticas. En otras zonas del país, los cholos son un referente de delincuencia y violencia social, mientras que en años más recientes, el aspecto 'buchón' relacionado con la apariencia de los narcotraficantes nortños, se ha convertido en una imagen social peligrosa que genera miedo. Sin embargo, esos mismos elementos que marginan y excluyen ante la sociedad, aportan reconocimiento y ubican en los lugares más altos de la jerarquía masculina del grupo de pares, a los jóvenes varones marginados.

El cuerpo es además víctima de la violencia que los jóvenes varones marginados ejercen sobre sí mismos, los adolescentes y jóvenes adoptan conductas de riesgo que ponen en peligro a su propio cuerpo a través de "la cultura del aguante" (Maffia, 2008, pág. 195), que consiste en utilizar el cuerpo para demostrar su fidelidad al barrio o para probar a los otros que ya están listos para dejar de ser niños. Incluye también competencias de resistencia física, consumo excesivo de alcohol y drogas, las prácticas sexuales de riesgo.

Los cuerpos de los adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México constantemente presentan ojos morados o labios hinchados por los cotidianos enfrentamientos físicos, tienen cicatrices que delatan peleas y accidentes antiguos, y portan marcas de heridas autoinflingidas, sobre todo en los brazos y piernas, a consecuencia de la descarga de ira, frustración o depresión, sobre sí mismos. También suelen marcarse líneas en la piel que simbolizan el tiempo de permanencia en internamiento.

Con una frecuencia alarmante, los adolescentes tienen daños neuronales que se reflejan en el habla y las habilidades motrices como resultado del consumo de solventes, que pasaron de ser drogas consumidas principalmente por personas en situación de calle a ponerse de moda en las tardeadas de los barrios con el nombre de 'monas' y se pueden conseguir incluso de diferentes colores y sabores.

Finalmente, muchos de los jóvenes son padres de hijos no deseados, productos de prácticas sexuales sin protección, pero también de condicionamientos sociales que dan valor a la paternidad. Los adolescentes dijeron que las formas de salir de la delincuencia eran conocer a una mujer por la que valga la pena dejarlo, o tener un hijo. La ilusión de la paternidad es una forma 'hacerse hombre' que puede llegar a superar las pruebas que se relacionan con la violencia, sin embargo, la construcción social de la misma suele excluirlos del proceso afectivo y de las responsabilidades que conlleva.

Olavarría (2006) señala que las políticas públicas suelen olvidar que en gran parte de los embarazos adolescentes hay a un padre adolescente. Esto genera condiciones de desigualdad para las madres, pero a los hombres "se les invisibiliza, "no existen" y, por tanto, no tienen que asumir obligaciones, y en caso de querer

hacerlo, se les considera como inmaduros para tal responsabilidad.” (Olavarría, 2006, pág. 120). Así lo describió uno de los adolescentes en un grupo de discusión, donde describía la frustración que siente de que no se le considere listo para asumir la responsabilidad de ser padre:

Hace tres días me enteré que voy a ser papá y quiero cambiar, y yo nomás digo que quiero cambiar, no les quiero decir cosas más. Y hay mucha gente que -hasta mi esposa, mi mamá- no me tienen la confianza y siento feo, a pesar de que soy chamaco, de que no me tengan la confianza. Yo sé que tengo que reparar esos daños.

Después de analizar los componentes performativos de la delincuencia juvenil, es posible observar la existencia de un sistema de comunicación compuesto de códigos culturales de masculinidad, a partir de los cuales los jóvenes varones marginados que comenten delitos en la Ciudad de México, emiten mensajes para obtener el reconocimiento del grupo de pares, el estatus de hombre en contraste con el de niño y posicionarse en la jerarquía masculina en la cual se desenvuelven.

Estos códigos de comunicación están relacionados con los conceptos normativos y simbólicos del orden de género, que establecen las formas de ser hombre o ser mujer. La efectividad del performance puesto en escena por los actores es avalada o rechazada por el grupo de pares y las instituciones sociales, quienes otorgan premios o castigos sociales, físicos y económicos. Esto demuestra que los actos violentos que cometen los sujetos, no son actos individuales aislados sino la puesta en escena de una estructura cultural más amplia compuesta por normas de género, códigos de masculinidad y de relaciones de poder que condicionan la acción.

## CONCLUSIONES

*La precariedad y el “no hay opción”  
entran juntos en la vida  
y sólo juntos pueden salir.*

Bourdieu

A lo largo de esta investigación he intentado demostrar que existe una lógica de género y masculinidad en el ejercicio de la delincuencia juvenil de la Ciudad de México, que establece normas y códigos para la construcción cultural de una identidad masculina relacionada con la violencia.

La propuesta de Raewyn Connel sobre la protesta masculina de las masculinidades marginadas ha sido útil para describir los actos performativos que conforman los delitos cometidos por los adolescentes en conflicto por la ley de la Ciudad de México. También observamos que su condición de juventud los ubica en una posición de subordinación respecto a los otros varones de su grupo social, ya que aún no logran incorporarse a la condición de adultez. En la dinámica del delito encontrada en los expedientes jurídicos, así como en las narraciones de los adolescentes, encontramos que el acto delictivo está orientado por la búsqueda de la exaltación de las características consideradas masculinas a las que estos varones tienen acceso: valentía, violencia, fuerza, honra, lealtad.

Los datos estadísticos globales muestran que las condiciones estructurales de marginación en América Latina y países subdesarrollados, configuran un escenario donde la protesta masculina que describe Connell, se presenta con mayores niveles de violencia y tiene costos sociales más altos debido a que involucran a porcentajes más elevados de la población. Los jóvenes varones marginados son las principales

víctimas y los principales victimarios de la violencia social, lo que ubica a la delincuencia juvenil como un problema social relacionado con el género, la edad y la condición de marginación.

La construcción cultural de la masculinidad marginada relacionada con la violencia, establece discursos sociales que configuran la manera en la que los sujetos se comprenden a sí mismos. Por lo tanto, la identidad masculina relacionada con la violencia es producida socialmente, “no es un asunto privado ni una preocupación privada” (Bauman, 2007, pág. 165). Se construye en base a los códigos culturales normativos que establecen cómo debe ser un hombre, pero también en base a las relaciones de poder y desigualdad que exigen inalcanzables muestras de masculinidad, sin ofrecer las condiciones y los medios para lograrlo.

La identidad de los adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México se conforma en gran parte desde de la percepción que tienen de ellos los grupos dominantes y se compone de una compleja combinación de atributos estigmatizados: pobreza, masculinidad, delincuencia, violencia. Mientras que los esquemas de dominación sigan reproduciendo esta percepción negativa, los adolescentes no contarán con otras categorías para definirse a sí mismos.

La autopercepción negativa, como vimos a lo largo de esta investigación, tiene importantes repercusiones en las trayectorias de vida de los adolescentes en conflicto con la ley y sus familias. Por un lado, la discriminación que reciben a causa de la condición de marginación genera que los jóvenes perciban a la escuela como un espacio que no les corresponde, por lo que deciden abandonarla y dedicarse a las actividades que según los discursos hegemónicos, corresponden con su lugar en la estructura. Además, se autoexcluyen de la competencia en las esferas productivas y



son excluidos de ellas gracias a los discursos de criminalización que los describen como flojos, apáticos, conflictivos, irresponsables y ladrones. Y finalmente, como describí a partir de sus testimonios, una buena parte de los adolescentes y sus familiares han dejado de considerarse sujetos de derecho. A causa de su condición de marginación, por su edad o porque consumen drogas y alcohol, se culpan a sí mismos y asumen la responsabilidad de su detención aunque no existiera razón para que sucediera. En otros casos, aunque consideren que han sufrido una injusticia tienen temor de enfrentarse al poder del Estado o no confían en él. Esto representa un grave problema ya que por estas razones, gran parte de los abusos de autoridad no son denunciados.

La construcción cultural de la identidad masculina relacionada con la violencia configura también la percepción que los otros tienen de ellos. La imagen colectiva que existe sobre los delincuentes está ligada a los discursos sobre la masculinidad, la condición de juventud y la marginalidad. Esta idea construida culturalmente e instalada en el imaginario colectivo justifica la represión contra los jóvenes varones marginados, ya que se les entiende como una amenaza para la seguridad y la tranquilidad del resto de la población. Esta violencia estructural es trasladada a las instituciones y permea la visión de las autoridades escolares, de docentes, empleadores y funcionarios de seguridad pública.

Los estudios de masculinidades y el análisis cultural de la antropología de la violencia, permiten analizar los contenidos simbólicos que participan en la construcción de identidades y los códigos de comunicación para la obtención de estatus, prestigio y poder, que le dan sentido a la acción. En ese sentido, esta

investigación buscó comprender los textos sociales que cargan de significado a la violencia y entender el sentido que le dan al acto delictivo quienes lo cometen.

Observamos en primer lugar que la falta de credibilidad en un sistema hegemónico desgastado que les excluye y que no les ha otorgado beneficios, facilita la búsqueda de significación en otros espacios, con otros códigos. Los testimonios de los adolescentes muestran que aquello que se rechaza desde los modelos hegemónicos -como retar a las instituciones, las conductas de riesgo y el infringir la ley- otorga prestigio y reconocimiento social a los sujetos que se desenvuelven en el entorno criminalizado. De esta manera, el acto de la delincuencia juvenil representa para los jóvenes varones marginados una forma de acceder al poder del patriarcado del cual han sido excluidos, en la cual los recursos simbólicos tienen tanto valor como los económicos o más.

También describí que los actos performativos construyen la identidad de género y el cuerpo de los adolescentes en conflicto con la ley. En las narraciones de los adolescentes observamos que robar genera el sentimiento de valentía que produce la sensación de haber cumplido con las exigencias de la normatividad de género y que ser reconocido por el grupo de pares da la posibilidad de trascender. El cuerpo se construye a partir de los actos performativos repetidos y de las condiciones materiales de existencia, y es la única posesión material sobre la cual los jóvenes varones marginados tienen cierto tipo de autonomía, por eso resisten a través de él. Sin embargo, el cuerpo también es víctima de la violencia que los adolescentes ejercen contra él a partir de las competencias de resistencia física, el consumo excesivo de alcohol y drogas, las prácticas sexuales de riesgo y las heridas autoinfligidas.

Las narraciones de los adolescentes en conflicto con la ley definen al barrio en dos sentidos, uno para referirse al espacio físico y otro para referirse al grupo social. En el primer caso, ya que la condición de marginación les complica la competencia en las esferas productivas y políticas en las que se desenvuelve la masculinidad hegemónica, la apropiación del barrio se convierte en la vía para la incorporación al ámbito público masculino y salir del espacio privado femenino. Los jóvenes varones marginados se aferran a estos territorios de significación, ya que su control sobre ellos representa la posibilidad de mantener su dignidad y poder, por eso son capaces de defenderlos hasta la muerte.

El barrio es también el grupo de pares, la banda, los amigos. Representa el ingreso a un grupo social en el espacio público, lejos de la familia que representa al espacio privado femenino. Pero además, el grupo de pares es una parte fundamental del acto performativo ya que es el principal receptor del mensaje que se envía y es el encargado de evaluarlo, premiarlo o castigarlo. Pertenecer a un barrio o a una banda es además una estrategia de sobrevivencia en los entornos de violencia extrema, ya que las relaciones de alianza con varones que ocupan posiciones altas en la jerarquía masculina, brindan protección para los varones subordinados.

El futuro existe, en la concepción de los adolescentes en conflicto con la ley, a tal grado que es capaz de moldear su presente y modificar sus trayectorias de vida. Un individuo o todo un grupo social que percibe un futuro incierto, puede perder las motivaciones para trabajar sobre un presente que le permita alcanzarlo. Mientras las instituciones escolares y el mercado laboral muestran fallas para asegurar la movilidad social, las organizaciones criminales, las bandas o el barrio, ofrecen vías simbólicas y materiales para cumplir con las exigencias de las estructuras de género

y el sistema económico global. Las políticas de juventud que se enfocan únicamente en el momento de la juventud, atienden las necesidades inmediatas de los jóvenes pero no ayudan a construir un futuro por el que valga la pena alejarse de la violencia.

A partir del análisis teórico y los aportes empíricos de esta investigación, es posible comprender al ejercicio de la delincuencia juvenil como un sistema de comunicación compuesto de códigos culturales de masculinidad, a partir del cual los adolescentes en conflicto con la ley de la Ciudad de México emiten mensajes para obtener el reconocimiento del grupo de pares, adquirir el estatus de hombre y dejar la condición infantil, y posicionarse en la jerarquía masculina en la cual se desenvuelven. Por lo tanto, los actos violentos que cometen los sujetos no son actos individuales aislados sino una puesta en escena de una estructura cultural más amplia que depende de normas de género y relaciones de poder que condicionan la acción.

Este análisis sugiere que para que los resultados tengan un impacto de largo plazo, el enfoque de la acción pública que busque atender la delincuencia juvenil debe dejar de centrarse en el individuo para trasladarse a la estructura social y simbólica que configura sus condiciones materiales de existencia, la forma en la que entiende su mundo y las relaciones sociales que construye.

## NOTA

Como habrá notado quien lee este trabajo, no mencioné el tema de la familia en este apartado sobre instituciones sociales. No lo abordé en la investigación porque, como muestro en el primer párrafo de este capítulo, son instancias como la escuela o el Estado donde se elaboran los principios de dominación, no sólo en familia. Considero que la relevancia que se ha dado sobre la responsabilidad familiar en las acciones delictivas de los jóvenes, abona al problema de la criminalización y la explicación de la delincuencia a partir de argumentos morales. Incluso en los casos donde es posible comprobar violencia familiar o abandono, es importante notar que los padres también están inmersos en las mismas estructuras simbólicas y económicas que los jóvenes.

Por ejemplo, a diferencia de los discursos oficiales respecto a la pertenencia a familias violentas o “disfuncionales”, en la mayoría de los casos de los adolescentes en conflicto con la ley que participaron en esta investigación, encontré a familias con padres (varones) ausentes emocionalmente pero preocupados por atender las necesidades económicas de sus hijos. Esto es un reflejo del modelo tradicional de masculinidad en el que la figura paterna tiene la responsabilidad de proveer, proteger y disciplinar, mientras que la encargada del ámbito afectivo es la madre.

A pesar de esto, los adolescentes tienen fuertes vínculos familiares que frecuentemente les ayudan a cubrir las necesidades que el Estado no está cubriendo en cuanto a vivienda, alimentación y trabajo (Lomnitz, 2003). Inclusive en el ámbito de la educación, muchos de los adolescentes participan como aprendices de sus tíos, abuelos o primos en los oficios a los que se dedican.

Al contrario de las imágenes negativas que se construyen sobre las familias de los adolescentes en conflicto con la ley, cuando se propone que la delincuencia juvenil es el resultado de “deficiencias de la familia” y que, por lo tanto, la solución a la delincuencia juvenil es la “reinserción sociofamiliar” (Azaola, 2014), los padres y las madres de los jóvenes con los que tuve oportunidad de convivir son personas preocupadas por sus hijos, que están envueltas en entramados culturales que los llevaron a situaciones sumamente complicadas, por razones que ni ellos mismos comprenden a cabalidad. A continuación presento una serie de testimonios que reflejan cómo las familias reflexionan sobre ellas mismas durante el proceso jurídico.

Estoy aquí, siento que por un descuido. Mi esposo tiene apenas 7 meses de ser fallecido, a mi hijo lo agarran después de 2 meses de que falleció mi esposo. Entonces no me la creo, ni una ni la otra. Que me haya pasado todo esto... ¡no supe ni cómo! Pero aquí estoy.

Mi hijo y yo tomamos una vida hecha pedacitos y, como rompecabezas, la estamos armando con la convicción de que algo bueno nos tiene que pasar. Yo esperaré que después de esto, pueda yo hacer algo mejor, algo importante para mí y para mi hijo. Tener la oportunidad de que la voz que cada uno de nosotros como papás tenemos, pueda trascender y ayudar a otros.

Agradezco por lo que he aprendido en los talleres, porque nosotros ignorábamos muchos puntos que provocaban violencia, como la violencia verbal. Es una proyección muy fuerte a uno porque no lo esperaba.

Luego dice uno ‘¡Híjole! ¿Esto por qué me pasa a mí?’ Piensa uno que a nadie le pasa, que no lo merece y no sabe uno realmente por qué estamos aquí. Da la pauta para entender que cometes muchos errores con los hijos sin darte cuenta.

Queremos decirles que nosotros alguna vez fuimos jóvenes y tuvimos las mismas necesidades que ustedes. Sepan que las mejores personas

para apoyarlos son sus padres. Esos que ustedes llaman rucos. Con todo y que ustedes creen que no se les valora, pues no es así. Es cierto que a veces no somos los mejores padres pero lo que hacemos es por el cariño que tenemos por ustedes, esa es la base de una familia.

Los adolescentes también narran la importancia que tuvo la familia para superar el proceso de internamiento y lo que significó para ellos tener que enfrentar a sus padres después de haber cometido el delito.

Mientras me pasaban a disposición pensaba en mi familia, en el dolor que les había causado, la molestia y desesperación.

Lo que yo sentí cuando me agarraron pues feo y dije dentro de mí: ya la cagué. Mi familia me fue a visitar y para mí fue muy doloroso porque ellos me tienen mucha confianza y en ese momento yo los defraudé. Me dijeron que todo iba a estar bien y que yo sólo le echara huevos para salir adelante, que pronto iba a pasar esto. Estuve dos semanas internado pero en ese tiempo aprendí a valorar todas las cosas que me da mi familia, ellos estuvieron siempre ahí.

Yo no pensaba en nada cuando me detuvieron más que en mi mamá y mi papá ¿qué iban a decir?

Después llegó mi mamá a visitarme y me dijo que le echara ganas, que todo iba a estar bien. Después me bajaron a piso y mi mamá, mi esposa y mi papá me visitaban, y lo que aprendí es que nunca me iban a dejar solo.

El día que me detuvieron sentí tristeza porque me puse a pensar qué iban a decir mis amigos y mi familia de mí. Iban a hablar mal de mí. Me sentí mal cuando vi a mi mamá triste y llorando.

Allá adentro aprendes a valorar a tu familia y tu libertad, antes de haber estado allá adentro a la mejor no lo hacías. Lo único que les puedo decir es que valoren a su familia y todo lo que tienen.

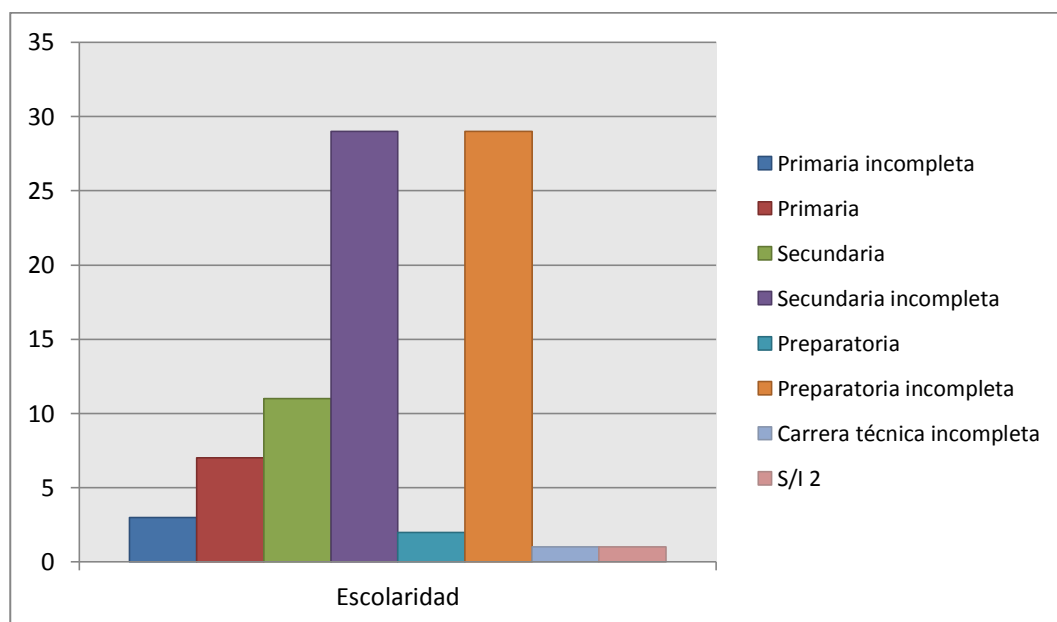
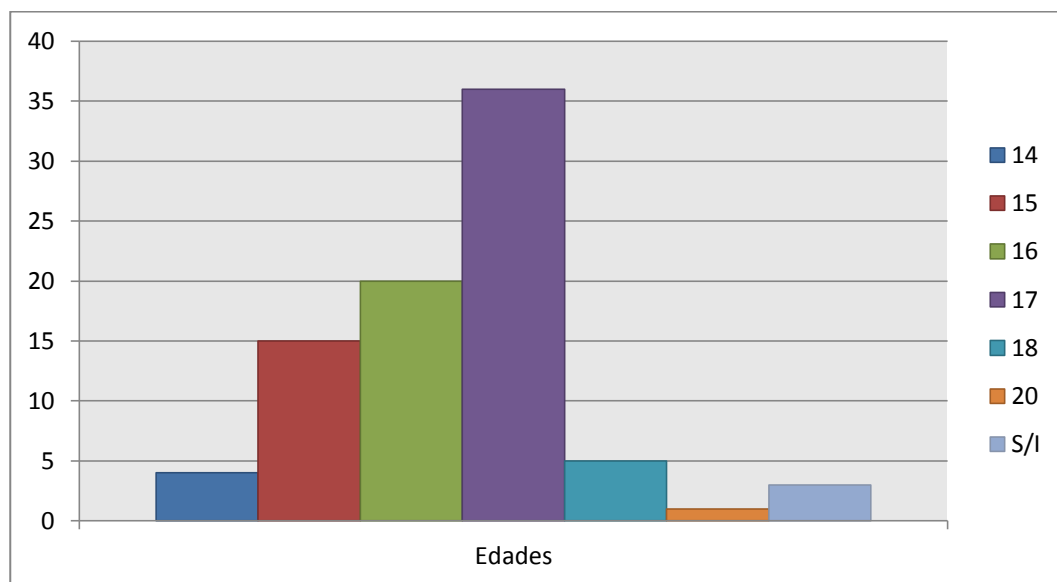
La familia está presente siempre en los testimonios de los adolescentes, quienes dijeron que lo que más aprendieron en el proceso jurídico fue a valorarla. Lejos de juzgarlas, en esta investigación quiero dar mi reconocimiento a estas personas que, pese a las contradicciones sistémicas, no paran de buscar soluciones biográficas para resolver sus vidas y las de sus hijos.

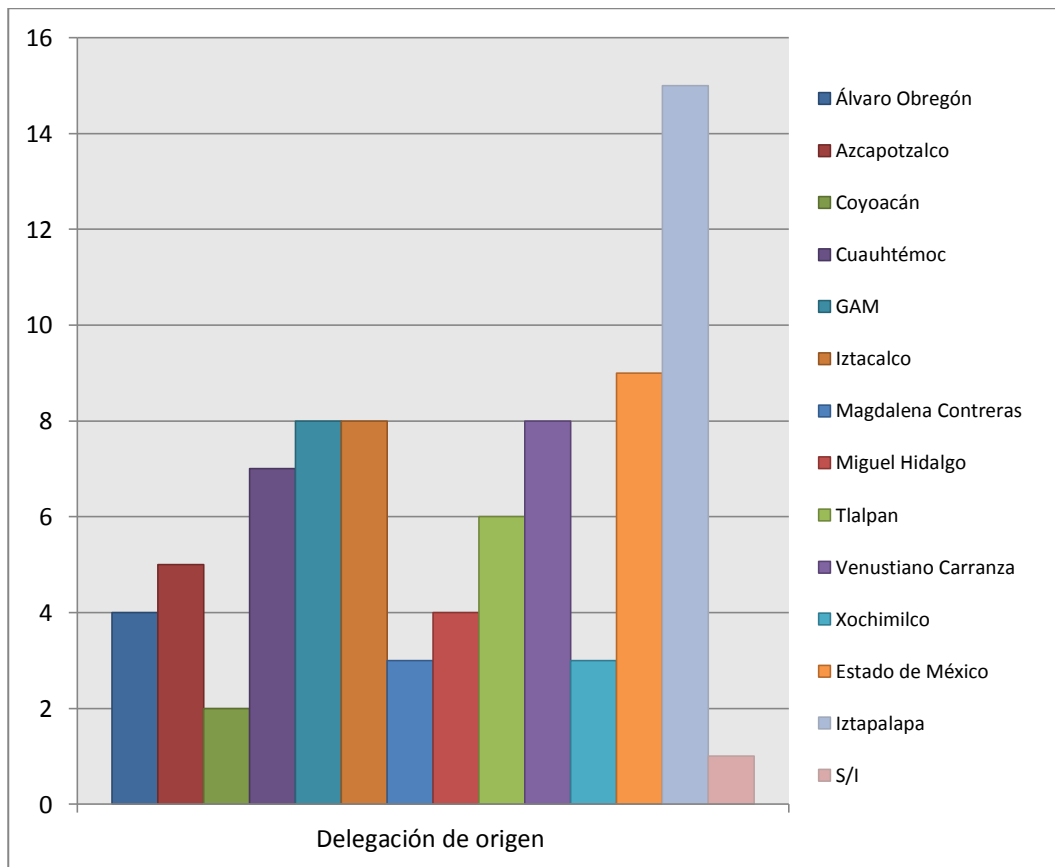
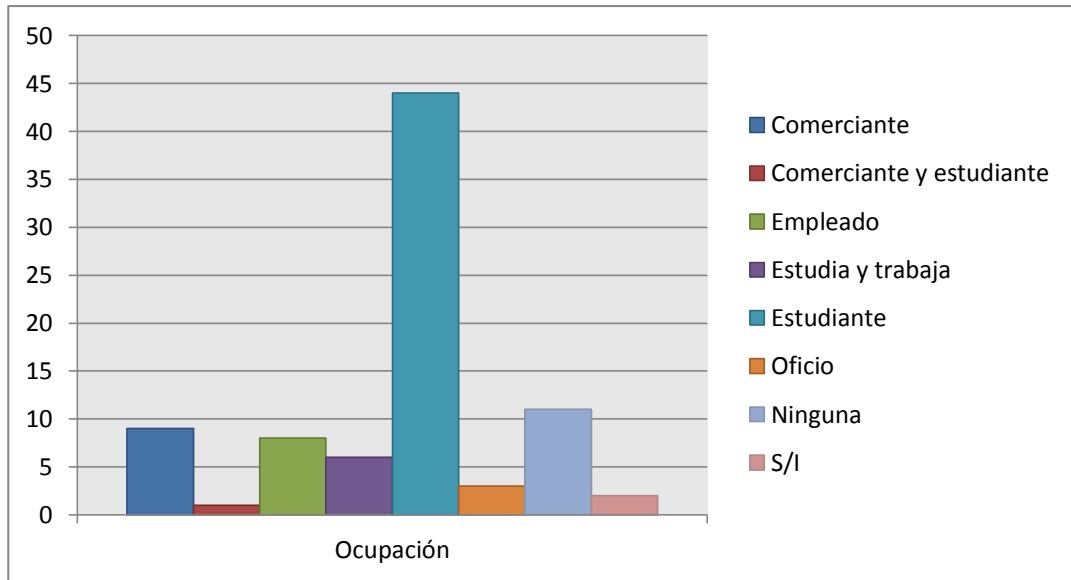


## ANEXO 1 “Características sociodemográficas de la población”

Elaboración de las gráficas: Laura Talina Hernández Baca a partir de los expedientes jurídicos de los 84 adolescentes varones que participaron en la investigación.

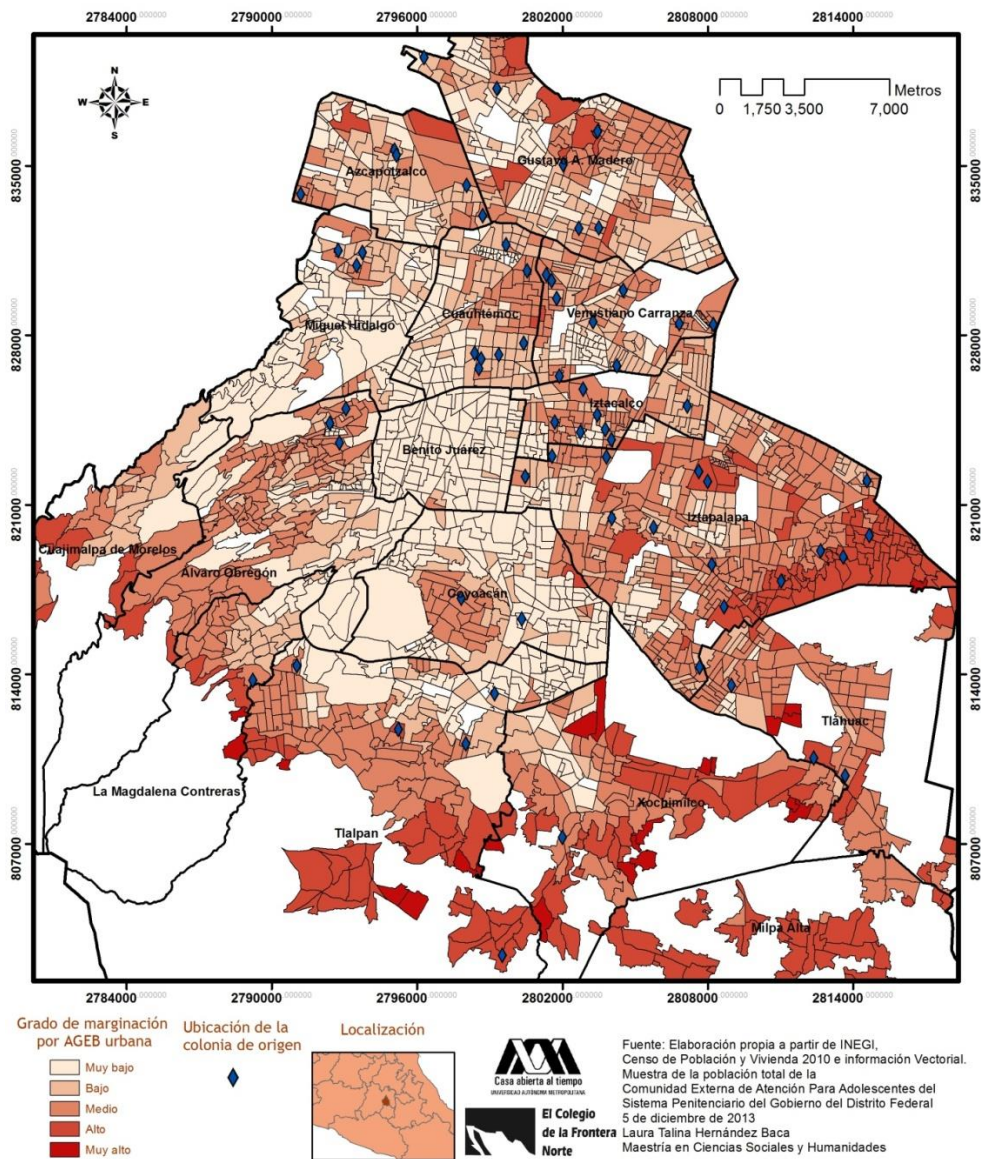
S/I: Sin Información





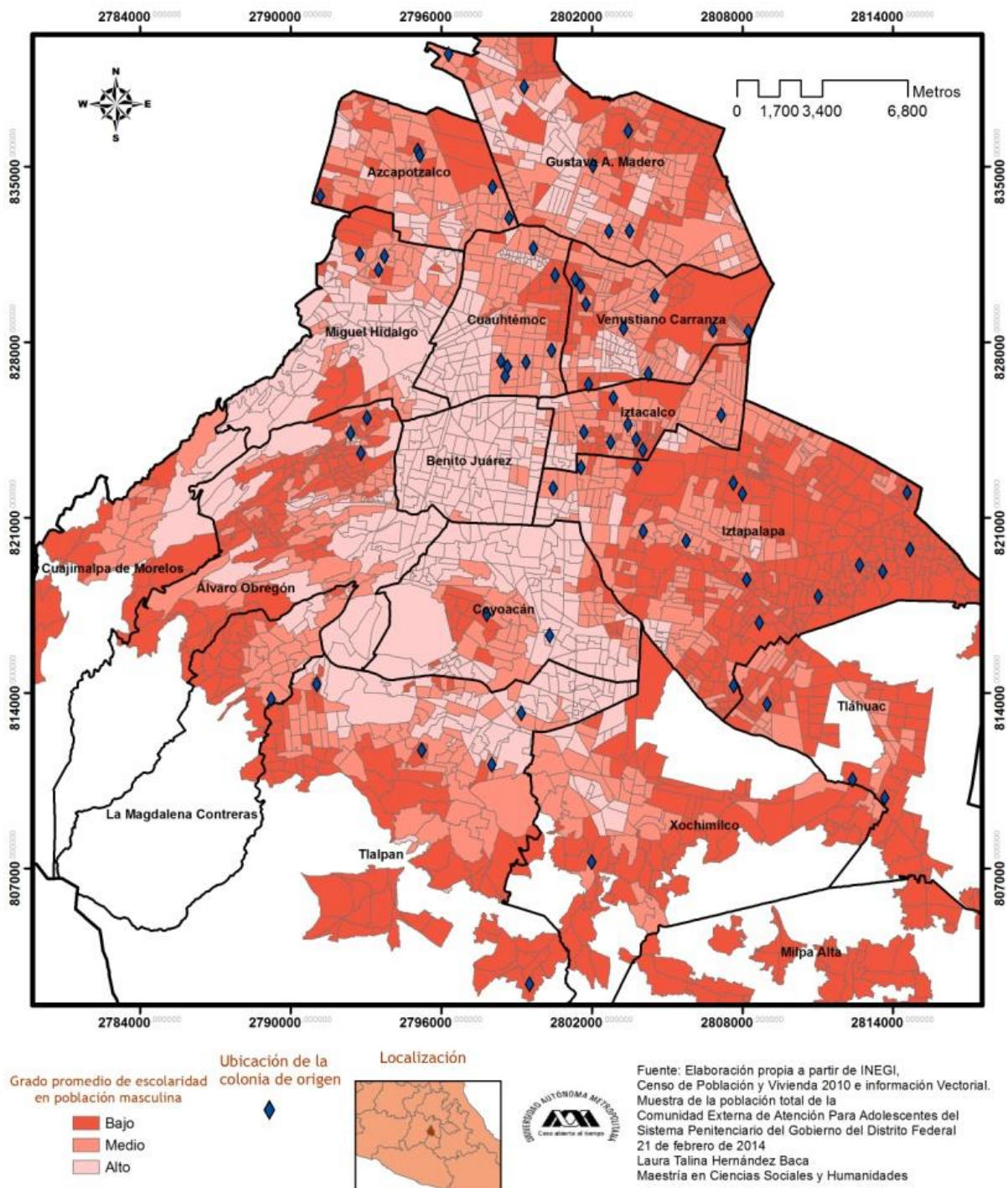
**ANEXO 2 “Análisis georreferenciado de las condiciones de marginación de la población en base a tres variables: grado de marginación urbana, promedio de escolaridad de la población masculina e índice de desocupación masculina.”**

**COLONIA DE ORIGEN DE LOS ADOLESCENTES EN CONFLICTO CON LA LEY DE LA CIUDAD DE MÉXICO CON ÍNDICE DE MARGINACIÓN URBANA**



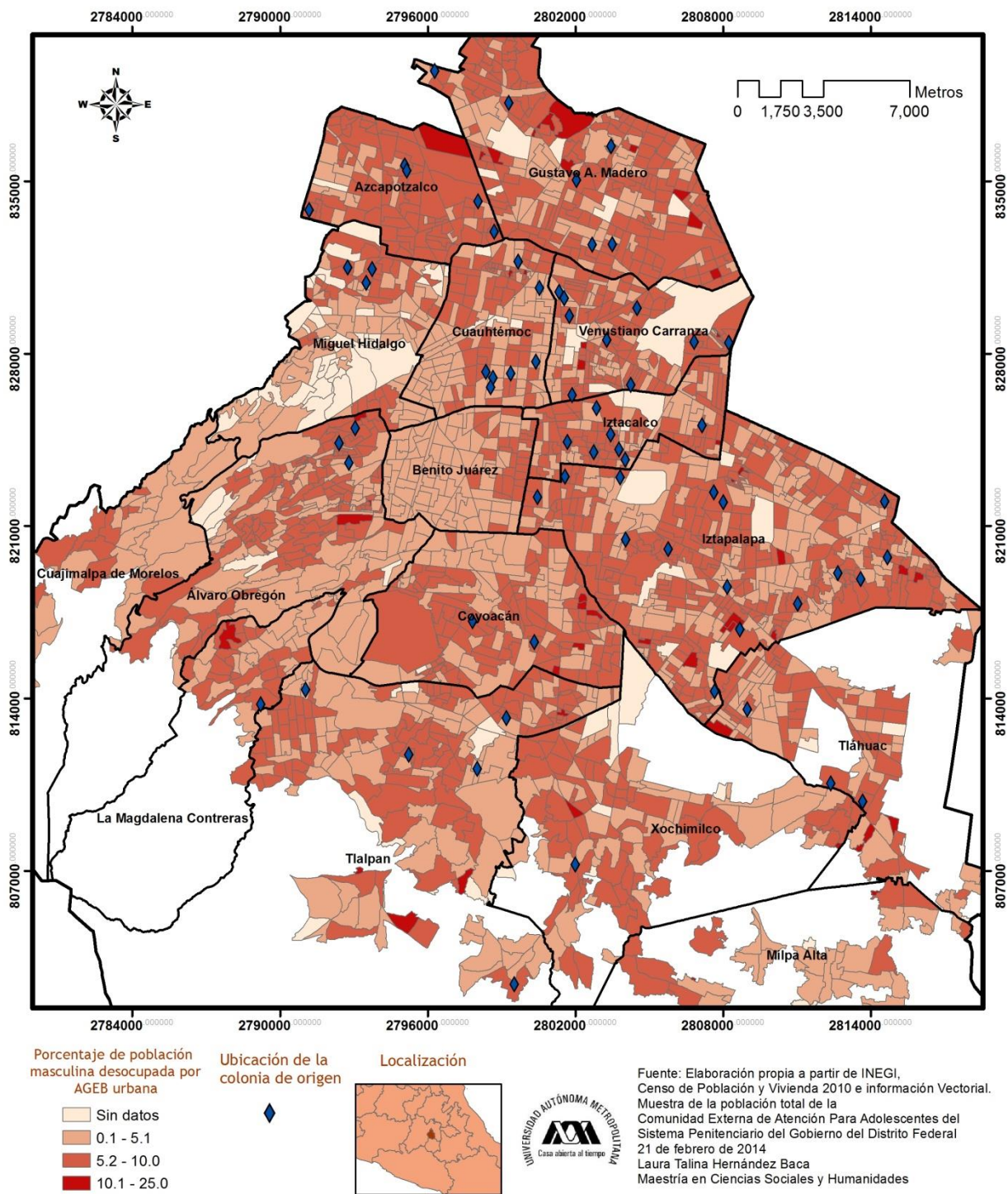
Mapa 1. Relación entre el lugar de origen y el grado de marginación urbana.

## COLONIA DE ORIGEN DE LOS ADOLESCENTES CON GRADO PROMEDIO DE EDUCACIÓN EN POBLACIÓN MASCULINA



Mapa 2. Relación entre el lugar de origen y el grado promedio de escolaridad en población masculina.

## COLONIA DE ORIGEN DE LOS ADOLESCENTES CON INDICADOR DE POBLACIÓN MASCULINA DESOCUPADA



Mapa 3. Relación entre el lugar de origen y el porcentaje de población masculina desocupada.

## Bibliografía

- Aguado, J. C., & Portal, M. A. (1991). Tiempo, espacio e identidad social. *Alteridades*(2), 31-41.
- Amorós Puente, C. (2005). Dimensiones de poder en la teoría feminista. *Revista internacional de filosofía política*(25), 11-34.
- Amorós, C. (1994). *Feminismo. Igualdad y diferencia*. México: PUEG, UNAM.
- Amuchástegui Herrera, A. (2006). ¿Masculinidad (es)?: los riesgos de una categoría en construcción. En G. Careaga, & S. Cruz Sierra, *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México: PUEG, UNAM.
- Azaola, E. (2008). *Crimen, castigo y violencias en México*. Quito: FLACSO-MDMQ.
- Azaola, E. (2014). Reinserción sociofamiliar de los adolescentes en conflicto con la ley. *Seminario sobre violencia en México*. México: Colmex.
- Banco Mundial. (2012). *Informe del Banco Mundial sobre la Violencia Juvenil*.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona/México: Paidós.
- Bauman, Z. (2007). *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra .
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Blair, E. (mayo/agosto de 2005). La violencia frente a los nuevos lugares y/o los otros de la cultura. *Nueva Antropología*, XX(065), 13-28.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y Cultura*. México: Grijalbo, Conaculta.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Butler, J. (1998). Actos performativos y la constitución de género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Debate feminista*, 18.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. España: Paidós.
- Cardoso, F. H. (Nov.- Dic. de 1970). Impedimentos estructurales e institucionales para el desarrollo. *Revista Mexicana de Sociología*, 32(6), 1461-1482.
- Castells, M. (1997). *El poder de la identidad* (Vol. II. La sociedad Red ). México: Siglo XXI.
- Connell, R. (1987). *Gender and Power*. Stanford University Press.
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. México: PUEG, UNAM.

- Connell, R. (2006). Desarrollo, globalización y masculinidades. . En G. Careaga, & S. Cruz Sierra, *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México: PUEG, UNAM.
- Connell, R. ( 26 de octubre de 2012). Conferencia Magistral. VI Congreso de la AMEGH "Hombres y políticas de violencia. Práctica histórica, problema contemporáneo de agenda mundial". Ciudad Juárez, Chihuahua.
- Cruz Sierra, S. ( 2011). Homicidio masculino en Ciudad Juárez. Costos de las masculinidades subordinadas. *Frontera norte*, 239-262.
- De Sousa Santos, B., & Rodríguez Garavito, C. A. (2007). *El derecho y la globalización desde abajo: Hacia una legalidad cosmopolita*. México: Antropos, Rubí, UAM.
- Dube, S. (2010). Identidades culturales y sujetos históricos: estudios subalternos y perspectivas poscoloniales. *Estudios de Asia y África*, XLV(2).
- Fanon, F. (1973). *Piel negra, máscaras blancas*. Buenos Aires: Abraxas.
- Ferrándiz Martín, F., & Feixa Pampols, C. (2004). Una mirada antropológica sobre las violencias. *Alteridades*(14 (20)), 159-174.
- Flood, M. (2008). Prevención de la violecia masculina: estrategias y retos. En J. C. Ramírez Rodríguez, & G. C. Uribe Vázquez, *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Plaza y Valdéz.
- Fuller, N. (2003). Adolescencia y riesgo: reflexiones desde la antropología y los estudios de género. En J. e. Olavarría, *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile, FNUAP, Red de masculinidades.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Germani, G. (1980). *El concepto de marginalidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Giménez, G. (Octubre de 2004). Culturas e identidades. *Revista Mexicana de Sociología*, 66(especial), 77-99.
- Goffman, E. (2006). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (2006). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hacking, I. (1999). *The social construction of What?* Cambridge: Harvard University Press.
- Hacking, I. (2002). *Historical Ontology*. Cambridge: Harvard University Press.
- Hale, C. R. (2008). *Engaging Contradictions. Theory, politics, and methods of activist scholarship*. Berkley, Los Angeles, London: University of California Press.

- Harvey, D. (2003). *Espacios de esperanza*. Madrid: Ediciones Akal.
- INEGI. (2013). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2013*.
- INEGI. (2013). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública*.
- Instituto Mexicano de la Juventud. (6 de marzo de 2014). *Encuesta Nacional de Juventud 2005*.  
Obtenido de <http://cendoc.imjuventud.gob.mx/investigacion/encuesta.html>
- Jiménez Guzmán, M., & Tena Guerrero, O. (. (2007). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*.  
México: UNAM, CRIM.
- Klein, N. (2001). *No Logo*. Barcelona: Paidós.
- Lamas, M. (noviembre de 1986). la antropología feminista y la categoría "género". *Revista Nueva Antropología*, VIII(030), 173-198.
- Lamas, M. (1996). Violencia simbólica, mujeres y prostitución. En H. Tejera Gaona, *Antropología política. Enfoques contemporáneos* (págs. 391-408). México: Plaza y Valdés, INAH.
- Leigh Star, S. (1991). Power, technology and phenomenology of conventions: on being allergic to onions. En J. Law, *A sociology of monsters. Essays on power, technology and domination*. London/NY: Routledge.
- López Pardina, M. T. (1994). El feminismo de Simone de Beauvoir. En C. Amorós, *Historia de la Teoría Feminista* (págs. 109-122). Madrid.
- Maffia, D. (2008). Políticas públicas, varones y masculinidades: una ventana de oportunidad. En J. C. Ramírez Rodríguez, & G. Uribe Vázquez, *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres* (págs. 187-200). México: Plaza y Valdes.
- Mancini, F. (2012). Narrativas de la contingencia: experiencias de riesgo laboral en procesos de transición a la adultez. En M. L. Jiménez Guzmán, *Juventud precarizada. De la formación al trabajo, una transición riesgosa*. Cuernavaca: CRIM/UNAM.
- Martel Tigueros, R. (2007). Las Maras Salvadoreñas. En J. M. Valenzuela Arce, A. Nateras Domínguez, & R. Reguillo Cruz, *Las Maras. Identidades juveniles al límite*. México: UAM, COLEF, Casa Juan Pablos.
- Mouffe, C. (1993). Feminismo, ciudadanía y política democrática radical. *Debate feminista, Año 4, vol. 7*.
- Nateras Domínguez, A. (2010). Performatividad. Cuerpos juveniles y violencias sociales. En R. Reguillo, *Los jóvenes en México* (págs. 225-261). México: Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.



- Nateras, A. (2013). Identidades infanto-juveniles. En S. (. Cruz Sierra, *Vuda, muerte y resistencia en Ciudad Juárez. Una aproximación desde la violencia, el género y la cultura.* (págs. 57-87). México: El Colegio de la Frontera Norte / Juan Pablos Editor.
- Nordstrom, C., & Robben, A. (1995). *Fieldwork under fire. Contemporary Studies of Violence and Survival.* Berkley, Los Angeles, London: University of California Press.
- Nun, J. (Enero- Marzo de 1999). El futuro del empleo y la tesis de la masa marginal. (I. d. social, Ed.) *Desarrollo Económico*, 38(152), 985-1004.
- Nuñez Noriega, G. (2008). Los "hombres" en los estudios de género de los "hombres": un reto desde los estudios queer. En J. C. Ramírez Rodríguez, & G. Uribe Vázquez, *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres.* México: Universidad de Guadalajara /CUCEA/PIEGE/Departamento de Estudios Regionales-INESER/Academia Jalisciense de las Ciencias A.C./AMEGH/UNFPA/Plaza y Valdés.
- OIT. (2013). *Informe sobre tendencias mundiales del empleo juvenil.*
- Olavarría, J. (2006). Hombres e identidad de género: algunos elementos sobre los recursos de poder y violencia masculina. En S. Cruz Sierra, & G. Careaga, *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía.* México: PUEG/UNAM.
- Pérez Islas, J. A. (2010). Las transformaciones en las edades sociales. En R. Reguillo, *Los jóvenes en México.* México: Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- PNUD. (2013). *Informe Regional de Desarrollo Humano 2013-2014.*
- Ramírez Rodríguez, J. C. (2010). Jóvenes y violencias. En R. Reguillo, *Los jóvenes en México.* México: Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Reguillo, R. (2008). Las múltiples fronteras de la violencia: jóvenes latinoamericanos entre la precarización y el desencanto. *Pensamiento Iberoamericano.*
- Reguillo, R. (2010). La condición juvenil en el México contemporáneo. En R. Reguillo, *Los jóvenes en México.* México: FCE/CNCA.
- Reguillo, R. (2010). *Los jóvenes en México.* México: Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Rivas Sánchez, H. E. (otoño-invierno de 2004). Masculinidad, riesgo y mortalidad por violencia en la sierra de sonora. *Desacatos*(15-16), 69-89.
- Rubio, M. J., & Monteros, S. (2002). *Teoría y práctica de la intervención.* Madrid: CCS.
- Sanford, V., & Angel-Ajani, A. (2006). *Engaged Observer. Anthropology, advocacy, and activism.* New Brunswick, New Jersey, and London: Rutgers.

- Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG, Porrúa.
- Scully, P. (2008). Vulnerable women: a critical reflection on human rights discourse and sexual violence. *Emory International Law Review*, 23, 113-123.
- Segato, R. L. (2004). Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. *Nova Versao*.
- Seidler, V. (2006). *Young men and masculinities: global cultures and intimate lives*. London: Zed Books.
- Sleider, V. (2008). Prevención de la violencia masculina: estrategias y retos. En J. C. Ramírez Rodríguez, & G. Uribe Vázquez, *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Plaza y Valdes.
- Sluka, J. A. (1992). "The anthropology of conflict". En C. Nordstrom, & M. J. (eds.), *Paths to domination, resistance and terror* (págs. 18-36). Berkley, Los Angeles, Oxford: University of California Press.
- Solórzano, G. (2012). Los jóvenes ante la precariedad laboral. En J. G. Lucero, *Juventud precarizada. De la formación al trabajo, una transición riesgosa*. Cuernavaca: CRIM/UNAM.
- Sousa Santos, B. (2009). Más allá del pensamiento abismal: de las líneas globales a una ecología de saberes. En L. Olivé, *Pluralismo epistemológico*. Bolivia: CLACSO/Muela del diablo editores/comunas/CIDES/UMSA.
- Strauss, A., & Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquía.
- Suárez, Z. M. (2010). Desafíos de una relación en crisis. En R. Reguillo, *Los jóvenes en México*. México: FCE/CNCA.
- Taylor, C. (1993). *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*. México: FCE.
- Todorov, T. (2007). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.
- Urrea Giraldo, F. (2003). El grupo de pares en la construcción masculina de identidades subalternas. En J. Olavarría, *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile, FNUAP, Red de Masculinidad/es.
- Urteaga, M. (2010). Género, clase y etnia. En R. Reguillo, *Los jóvenes en México*. México: Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Valcárcel, A. (octubre de 1995). ¿Es el feminismo una teoría política o una ética? *Debate feminista*, 12, año 6.
- Valenzuela Arce, J. M. (1988). *¡A la brava ése!* México: El Colegio de la Frontera Norte.

Valenzuela Arce, J. M. (2009). *El futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. México: El Colegio de la Frontera Norte/Casa Juan Pablos.

Valenzuela Arce, J. M. (2010). Juventudes demediadas. Desigualdad, violencia y criminalización de los jóvenes en México. En R. Reguillo, *Los jóvenes en México*. México: Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Valenzuela Arce, J. M. (2012). *Sed de mal. Femicidio, jóvenes y exclusión social*. Tijuana/Monterrey: Colef/UANL/Conacyt.

Ziccardi, A. (2008). Pobreza y exclusion social en las ciudades del siglo XXI. *Procesos de urbanización*.